Seix Barral Biblioteca Breve

Luciana De Mello

Mandinga de amor

Mandinga de amor

Luciana De Mello

Mandinga de amor

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Dedicatoria
Cita
I. El viaje
II. La salida
Agradecimientos

Mello, Luciana de
Mandinga de amor / Luciana de Melo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2016.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-731-864-1
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© © Luciana De Mello, 2016

Imagen de cubierta: Nora Lezano, exclusivamente para esta edición

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2015, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Seix Barral
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar
Primera edición en formato digital: marzo de 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-731-864-1

A Romeo, Iona y Michael

Es otra
acaso es otra
la que va recobrando
su pelo su vestido su manera
la que ahora retoma
su vertical su peso
y después de sesiones lujuriosas y tiernas
se sale por la puerta entera y pura
y no busca saber
no necesita
y no quiere saber
nada de nadie

Poemas de amor
Idea Vilariño, «Después».

I
EL VIAJE

1

Mi madre decía que él no volvía porque tenía una mujer afuera, así la ubicaba dividiendo el mundo en dos. Adentro y afuera. Adentro estábamos nosotras y afuera estaba ella, la que tocara ese día, ella con él que entraba y salía. Pero mi madre lloraba por esa mujer y también lloraba porque la asociaba a otras cosas, cosas que me iba contando cuando yo me despertaba con hambre y la encontraba despierta haciéndose la dormida en su lado sola de la cama. Cuando mi padre no volvía, ella se acostaba del lado de él y se quedaba así, con los ojos como platos hasta que yo me despertaba con hambre y ella se levantaba al escucharme deambular en la cocina. Las dos nos sentábamos a la mesa y ella me contaba su vida mientras yo comía pan mojado con leche y azúcar. Cuando él no aparecía en casa hasta el mediodía, mi madre volvía a lo que pasó allá. Así era como ella lo nombraba. Lo que pasó allá fue antes que nacieras, lo que pasó allá estragó a tu padre para siempre, decía. Ah, gurisa, tu padre era reservado mismo, las cosas que él nunca me contó… Pero de algo sí estate segura: la tortura no es para cualquiera, ellos sabían muy bien a quién llamaban para eso, a tu padre nunca lo llamaron, para aquello no, meu deus do céu, para aquello nunca.

Ella hablaba sola, entre dientes, y al mismo tiempo asegurándose de que yo pudiera escuchar el torrente de cosas que lanzaba como una maldición cuando estaba furiosa con mi padre.

Sus palabras me hacían sentir cada vez más hambre. Yo terminaba una taza y ella me preparaba otra más, y otra, todas las que le pidiera hasta que ella se cansara de hablar y me mandara a la cama. Mientras tanto yo escuchaba, y en cada cuadrado de pan azucarado que me tragaba me comía también la culpa de no llegar a correr toda la maratón. Yo escuchaba a mi madre y pensaba en el lunes, cuando él tuviera su franco y saliéramos a correr juntos, él me iba a entrenar y yo iba a llegar. Voy a llegar, voy a llegar para él, me decía a mí misma mientras tragaba el pan mojado en leche.

Si él hubiera torturado, nosotros no pasaríamos la malaria que pasamos ahora, gurisa, nosotros vinimos escapando de la pobreza y de la Marina y yo lo acompañé en todo para qué, para esto, para que el hombre vuelva a casa cuando le da la gana, para que yo le planche la ropa como si él todavía fuese el milico que era en el setenta y tres… porque ahí sí que era un hombre tu padre, y yo me se sentí orgullosa de que él saliera a defender la democracia como lo hizo. Hasta el día que él me obligó a quemar todo, yo guardé el recorte del diario.

Cuando el ejército y la Fuerza Aérea bajaron a Bordaberry, la Marina uruguaya se mantuvo leal al Presidente. Tu padre pensó bien: ese era un momento justo para subir y cambiar de rango. Después de todo lo que le había costado…el dichoso camino por delante iba a dejar de ser una promesa a futuro para nosotros. La oportunidad estaba frente a él en ese febrero del setenta y tres cuando le disparó a un hombre por primera vez, tu padre lo vio caer sobre el asfalto de la Ciudad Vieja cuando todo el puerto y el centro de Montevideo fueron un campo de batalla. Y no fue un tiro al azar, unos segundos antes le sudaban las manos y tuvo que fregárselas en el pantalón de fajina para volver a ajustar la mirilla, entonces apuntó con su rifle como en las prácticas: buscar a un punto y concentrarse, sacar cuentas, era solo un cálculo y después gatillar. Lo que no le habían enseñado en las prácticas era que ahora iba a escuchar hasta aturdirse el disparo convertido en estruendo, todas las balas, los perdigones, las bombas de gases, todas las municiones estallaban en su cabeza como si salieran al mismo tiempo de su propia arma. Y cuando estuvo listo, disparó sin pensar en nada, el hombre caía muerto sobre los adoquines de la Ciudad Vieja y él seguía por la mirilla el rebote de ese cuerpo. Y yo sabía que ese iba a ser solo el primero, luego había que seguir, en esos días en los que había comenzado a matar, aprendiendo a esconderse, agudizando la visión y el pulso, tu padre siempre pensó en lo que yo le dije después de aquello, que para salir con vida tenía que fijar en su cabeza una sola idea, algo que fuera como una promesa, algo que nadie pudiera encontrar. Yo iba tejiendo la promesa cada vez que lo veía, decilo, dale, repetí conmigo: esta guerra es mi casa propia, esta guerra es mi casa propia. Yo fabriqué ese amuleto para él. Uno siempre tiene que tener su propia causa. Pero el tiro nos salió por la culata, mirá cómo nos fue, mirá dónde estamos, alquilando esta porquería donde casi no entramos los tres. Sí, bueno, tu padre está vivo y bien que podrían haberlo bajado enseguida. Cuando la cosa se puso fea, a tu padre le gustaba pensar en ese día en el que había peleado por Bordaberry, que el Presidente se había achicado, que había terminado arreglando con los milicos, decía, y era bien cierto, que había sido un cobarde al entregarles el país. Él decía que los marinos habían peleado como héroes durante la toma de Montevideo, pero más tarde salieron de caza y bueno, el resto ya te lo conté. Yo ya no supe tantas cosas, él se guardaba mucho, todavía se lo guarda, andá a saber lo que tiene ese hombre ahora en la cabeza. Al principio a mí me embobeció ese marino que patrullaba la playa, y eso que el color caqui del uniforme no le queda pintado a cualquiera, pero a tu padre sí… el hombre caminaba por la arena como si marchara sobre asfalto, la mirada en alto, ignorando a la gente que se tiraba al sol o pescaba en la rambla como si ahí mismo no hubiese pasado nada, aunque poco tiempo

después todo se transformara en otra cosa. Él miraba con desdén, y a mí eso nunca me pareció mal. Cuando uno está arriba, está arriba y es imposible no saberlo, uno sabe, como sabe cuando está por debajo de los demás y hay que aguantársela, así como estamos aguantando nosotros ahora. Uno nunca sabe cómo y cuándo va a virar la cosa, por eso hay que aprovechar cuando se puede. Mirá a tu padre ahora, no le da el cuero ni para carajear al jefe. Sabés la alegría que tenía el día que salió de la playa y subió a Inteligencia, cuando por fin dejó atrás el uniforme que lo identificaba y pasó a ser un servicio, vestido de civil, patrullando de noche las calles de la ciudad. Ah, muchacha, tu padre tenía un ojo de lince bárbaro, era calladito, sin familia cerca, alta tolerancia a la humillación siempre y cuando le conviniera… y eso otro, que a la legua se le veía: tu padre es tan empecinado como traidor. Ellos lo vieron y seguro que así como les servía también los habrá hecho dudar, a mí me pasó. Porque la traición es reversible, no tiene un solo lado, entendés. Esto que hace tu padre de irse con cualquier loca, qué te pensás, que si mañana se queda con alguna de esas le va a ser fiel. No, hoy acá, mañana allá, traición no tiene dirección, más vale que se te grabe eso. Sí, tu padre era un buen perfil para pasar a Inteligencia, a los dieciocho años ya era un hombre resentido y en ese silencio que lo rodeaba siempre hubo olor a podre, a boca cocida con hilo de matambre y a foto recortada por la mitad, como de macumba. Ellos sabían verlo en la gente, ese poro apenas abierto por donde se escapa, como gotera, la dignidad de un hombre. Pero no te vayas a creer, todos lo tenemos, de esa gotera no zafa nadie, alguien o algo en algún momento de la vida te pincha despacito, tiene que ser así, sin que te des cuenta y ahí está, abierta para siempre, para que vaya soltando esa parte viva mientras uno trata de taparla y olvidarse en vano de que existe, de que ahí está para bien y para mal. Y en el caso de tu padre, se le veía de lejos, como también se le veía esa pretensión escondida de llegar a ser alguien, si la imagen de tu abuelo se le vino encima apenas recibió la noticia del ascenso. El viejo también había sido milico, era policía de campaña, recorría los campos de Minas buscando cuatreros. Cuando se emborrachaba lindo, el desgraciado llegaba a la casa acompañado a la hora de la cena. Al viejo se le antojaba que tu abuela les sirviera la comida a esas mujeres a las que después se cogía en el galpón del fondo. Y sus botijas miraban el mantel para no levantar la cabeza y ver cómo a la vieja le temblaban las manos. Cuando terminaba de apoyar el último plato en la mesa seguía de largo para su cuarto y se encerraba a llorar a gritos. Cala a boca, muier, el marido la mandaba callar así como me manda tu padre, la diferencia es que yo no me callo, mirá si me voy a callar. El viejo la maldecía y maldecía su comida también mientras metía mano entre las piernas de la mujer

que había sentado a su lado esa noche. Tu padre lo odiaba de una manera… y en una de esas noches no aguantó más y se le fue encima. El viejo, borracho como estaba, tuvo el reflejo de sacar el arma y apuntarle directo a la cabeza. Reventaba de orgullo tu padre cuando le informaron del pase a Inteligencia. Que viniera, me decía, que viniera ahora con su revólver oxidado a apuntarle a quién a la cabeza. Es así, la espina sale por donde entró, no hay vuelta que darle… Ya una vez que fue servicio, tu padre volvió a la playa pero solo para entrenar, y entrenaba para ser el primero en disparar cuando los tupas caían en una ratonera, para que no lo vieran cuando le tocaba perseguir a un punto, para pasar desapercibido un día entero tras los pasos de alguien. Ahora que te lo cuento lo veo mejor, así fue, en eso se fue convirtiendo con el tiempo tu padre: en una sombra que perseguía a otra con un nombre de guerra. Porque tu padre era El canario, y no lo llamaron así solo por ser del interior, no, si la Inteligencia comenzaba puertas adentro y desde el primerísimo día tu padre cantó todo. Cualquier falta que cometiera alguno de sus compañeros: desde el retraso en un cambio de guardia hasta marcar a los que se sacudían el frío con un poco de alcohol durante la noche. Tu padre hablaba más que pobre bajo la lluvia, muchacha. El canario era vivo, aprendió rápido a cantar más que cualquiera, eso sí, sin que lo oyera nadie.

Mi madre hablaba sin dolor pero con prisa, como si la aceleración de sus palabras pudiera conjurar esos recuerdos. Las imágenes de un pasado que relataba como se relata un sueño, un mal sueño que se cuenta ni bien abiertos los ojos para que quede del lado de afuera. Pero mi madre me lo contaba para que quedara en mí. Y esa noche ella habló durante tres tazas de leche, hasta las dos de la madrugada, hasta que le pedí que ya no me contara más, que ya entendía y ella me contestó no hay nada que entender, muchacha, las cosas son así, tu padre es un buen hombre. Y entonces mi madre me llevó a la cama que estaba junto a nosotras, al lado de la mesa, y me tapó hasta el cuello y cuando le dije que tenía frío trajo el poncho tejido en telar por la abuela, y sentí el peso y el viento de esa lana con olor a ropero que caía sobre mi cuerpo, y cómo me gustaba que las frazadas hicieran su peso de caparazón sobre mí. Mi madre me tapó y se fue a su cama y yo me dormí así, haciendo el trabajo que le seguía a las noches desveladas con mi madre, cuando yo recortaba de su historia las partes que más me gustaban. Me dormí pensando en mi padre peleando una batalla, esa en la que él había sido un héroe entre las calles de una Ciudad Vieja, y hasta le fabriqué una espada y un caballo como el de San Martín o Artigas, porque el resto no lo entendía, no podía recordarlo. En esos días, las palabras se caían de la boca de mi madre e iban a parar a un lugar que puedo reconocer recién ahora, mucho tiempo después de todo aquello, una cavidad, un

recipiente más grande que toda mi persona, con una hendidura que se fue haciendo de todos mis miedos, de todo mi odio, del por qué, del dónde, del quién es mi padre, esa gotera de la que no zafa nadie, esa que sin que te des cuenta ahí está, abierta para siempre.

2

Escucho su voz del otro lado del teléfono. Su voz apurada pronunciando mi nombre. Al principio no puedo contestarle. Y sin embargo tengo tanto que decirle. Emilio vuelve a entrar a la casa como una voz que llega de lejos.

Dónde estás.

Anotá esta dirección. Y no lo hables con nadie.

Qué hiciste, Emilio, qué hiciste.

Yo había dudado en atender cuando escuché el teléfono, pero a último momento salí de la ducha chorreando agua antes de que se cortara la llamada. Fue una casualidad que me encontrara ese día, estaba llegando tarde al restaurante y mientras escuchaba mi nombre en la boca de Emilio se iba formando un charco de agua alrededor de mis pies.

Apenas dije que sí, que iría a buscarlo, él cortó la llamada. Me quedé unos segundos mirando el tubo y temblando de frío. Habían pasado ya dos años desde que nos habíamos visto por última vez en Rivera, cuando yo imaginé que en algún momento íbamos a apartarnos de la fiesta para hablar de nosotros.

Y por qué me llamaste a mí.

Porque sabés que te quiero.

Yo también te quiero, Emilio.

Vas a venir.

Jurás que es por eso.

Juro. Cuándo.

En unos días salgo para allá.

3

Dónde vivís.

Miralla dos cinco siete cuatro.

Miralla dos cinco siete cuatro. Bien. Ya está. Documento.

Treinta y dos millones doscientos ochenta y tres mil ciento…

Vamos… No sabés quién sos.

Treinta y dos millones doscientos ochenta y tres mil ciento dieciséis.

Muy bien.

Dejá a la gurisa en paz, interrumpió mi madre.

No, no, seguí, insistí yo.

Mi padre la miró con satisfacción. Ella terminaba de planchar el pantalón de su uniforme. Se lo pasó recomendándole el bolsillo:

Tratá de no meter tanto la mano que ya lo cosí tres veces.

Ella no fallaba nunca, apuntaba a donde a él más le dolía. Hombre con mano en bolsillo no es hombre, decía. Mi padre, ex servicio de Inteligencia, ahora se pasaba las noches en el Bajo, contando los pasos que iban del puesto de vigilancia a la entrada de una compañía de seguros.

Mi padre se acercó a paso corto y en silencio, sin bajarle la mirada, a ella se le vio primero el miedo y en su media sonrisa, el arrepentimiento. Él, con la delicadeza que solo le reservaba a su ropa, agarró el pantalón recién planchado y la camisa de la percha que ella había colgado en el respaldo de una silla.

Yo lo seguí hasta el dormitorio donde mi padre se vestía de vigilancia: pantalón negro y camisa blanca con escudo bordado a la altura del corazón. Dentro del escudo, un águila dorada y letras azules en hilo de bordar. Yo buscaba sus camisas sucias en el canasto de la ropa solo para recorrer la suavidad de esas letras con el dedo y leerlas en voz alta, para respirar su transpiración y sentir cómo me inflamaba de orgullo saber que mi padre había sido militar: ARGENSEC. SEGURIDAD PRIVADA. Él se peinaba frente al espejo de la cómoda, se hacía una raya perfecta al costado y su pelo negro reflejaba la luz.

Mi padre me miró a través del espejo y me indicó en un gesto que le pasara la camisa.

No la manches.

Tengo las manos limpias.

Yo la agarré con la punta de los dedos por los extremos de la espalda y se la pasé ya abierta. Él usaba una musculosa por debajo, tan blanca como la camisa que se abotonaba hasta arriba, donde

empezaba a molestarle, apretándole la nuez. Después de la camisa venía la corbata con cuello de elástico que ya traía el nudo hecho. Mi padre se puso los pantalones con el bolsillo recién cosido, el cinturón de hebilla plateada y los zapatos negros a los que yo le sacaba brillo.

Alcanzame, me dijo señalando la cama.

Con el movimiento cuidado de las ceremonias, me acerqué a su cama, agarré el cinturón con el portaarmas y se lo pasé.

Andá, preguntale a tu madre si terminó con el saco.

Apenas salí del dormitorio, mi padre agarró la browning de arriba del placard y se la calzó en la cintura pensando que yo no sabía lo que él escondía ahí arriba.

Volví con el saco negro. Él se lo puso y pasó por mi lado mirándome de reojo la panza que asomaba entre la remera y el short.

Mañana tengo franco, vamos a ir a correr.

Asentí con la cabeza y le sonreí desde abajo. La posibilidad de hacer algo sola con mi padre me alegraba más de lo que me dolía que él me viera gorda.

Hay una maratón interescuelas para los de cuarto. Es en septiembre.

Mi padre me palmeó la espalda.

A partir de mañana comenzamos a entrenar, dijo, y siguió hablando camino a la cocina.

Mi madre se le acercó buscándole la boca. Él le corrió la cara, ella lo agarró del brazo y lo besó de prepo.

A entrenar qué, preguntó ella.

Quiero correr en la maratón.

No va a ganar pero está bien tener objetivos, dijo él.

Mi padre me guiñó un ojo y besó a mi madre en el cachete.

Encerrate bien que hoy vuelvo tarde.

Ella esperó a que él saliera para cerrar la puerta con llave y pasar las trabas. Cerró los ojos y respiró profundo.

Dos trabas y una cerradura. La comida en la mesa, mi cama armada al lado de la mesa, frente al televisor que daba el noticiero de las nueve y que mi madre miraba sin escuchar porque estaba viendo otra cosa, algo que yo no podía ver pero que sentía, como la noche y los balazos atravesando el barrio, al otro lado de la puerta.

4

Me despertaron los golpes en la puerta, era mi padre que volvía del trabajo. Me levanté de un salto y corrí las trabas. Del otro lado, él escondía la cara entre la solapa levantada de su saco. Afuera todavía era de noche aunque estuviera amaneciendo, y el olor a frío de la calle entró con él en su ropa, en el bolso que traía colgado de un hombro y que apoyó en el piso con cuidado para no hacer ruido

Tu madre duerme, preguntó.

Sí, se acostó tarde.

Haciendo qué.

Nada.

Mi padre vio la taza sucia de leche y restos de azúcar sobre el mantel, las migas de pan en la mesada me delataban.

Cuántas te tomaste.

Tres.

Así nunca vas a ganar nada.

No le contesté, qué podía decirle si yo tampoco creía más en mí. Me había prometido a mí misma dejar de comer durante la noche, se lo prometí a la Virgen de Pompeya y a la Iemanjá, pero les había fallado. Me volví a acostar y me tapé la cara con la frazada para que la luz de la cocina no me molestara. Mi padre preparaba el mate y aunque cuidaba de no hacer ruido, el silbido del agua, la lata de yerba, sus pasos a un metro de mi cabeza, no me dejaban salir de ahí, y él lo sabía. Se acercó a mi cama y se sentó despacio. Corrió la frazada de mi cara, lo miré.

A qué hora tenés escuela.

Doce y cuarto.

Levantate, vamos a entrenar ahora.

Pero es de noche.

En un rato ya es de día. Vamos. Esta es la hora en la que entrenan los campeones.

Al cerrar la puerta escuchamos el grito de mi madre queriendo saber adónde íbamos. Mi padre se sonrió y me indicó con la cabeza el largo pasillo del ph hasta la puerta de salida. Yo corrí y me llevé puesto al vecino de al lado que salía a trabajar. El tipo iba a putearme, pero cuando vio que mi padre estaba ahí, bajó la cabeza y se apuró hacia la puerta.

Bajamos hasta la Avenida Roca, pasamos la segunda puerta del Autódromo esquivando a la gente que hacía fila en las paradas de los colectivos sobre la avenida. El aire entraba helado por la nariz y

llegaba como un ardor a la altura de la garganta. Después de unos minutos pude diferenciar el olor a los eucaliptus que bordeaban el alambrado del Autódromo. El color rojizo del cielo sobre los edificios que se levantaban más adelante, llegando a Lugano uno y dos, me pareció el paisaje más hermoso que había visto hasta entonces. Todo el gris de ese cemento interrumpido por el verde del Parque de la Victoria, del Autódromo que se convertía más adelante en el Parque Roca, la cancha de golf donde mi madre vendía sus tortas, las vías del premetro, la gente cruzando los puentes que comunicaban un bloque con otro. Todo lo que formaba parte de Lugano uno y dos parecía la mismísima ciudad gótica, recortada y puesta en medio de un paisaje verde que en su contraste la hacía todavía más oscura. Los vecinos decían que esas tierras donde se levantaba ahora el barrio de cemento habían sido un vasto pantano y el arquitecto que lo diseñó, un alemán que se vino escapando luego de la caída de los nazis. Decían que el hombre dibujó el proyecto de tal manera que a todas las ventanas de los monoblocks le diera el sol en algún momento del día. Una obra perfecta, decían, sin embargo a la gente de afuera del barrio le causaba pavor. La gente que no era del barrio te preguntaba: ¿vivís en Lugano uno o en Lugano dos? Entonces había que explicarles que tal cosa no existía, que Lugano uno y dos era un solo barrio, el de los monoblocks, que estaba dentro de Lugano y que limitaba con la Avenida Roca, la Avenida Cruz, las vías del premetro, la comisaría 38 y las torres de los policías, que eran más altas que los monoblocks. La gente de afuera comentaba que en Lugano uno y dos le inyectaban sida a los que osaban meterse dentro del barrio, que en sus pasillos vivía la mafia del narcotráfico y que por una chupada podías comprar camperas y zapatillas robadas. A mí me gustaban esos edificios y siempre quise vivir en uno de sus pisos más altos desde donde se podía ver casi todo Lugano.

Ahora amanecía sobre el barrio y mi padre corría atrás de mí, lo hacía para controlar mi postura, pero yo sabía que era también para cuidarme, para tenerme a la vista, como a él le gustaba. Siempre hay que tener la panorámica para poder controlar las cosas, decía. Pero yo había bajado la cabeza, la puntada al costado volvía a atacarme, ya no podía ver el barrio ni la arboleda.

Inhalar en dos tiempos; si mantenía el ritmo, él no podría pisarme; exhalar también en dos tiempos, así me había enseñado mi padre

Subí la cabeza, sin visión no se gana, me gritó desde atrás.

Ya había terminado de amanecer, el sol estaba más alto. Levanté la cabeza y la luz me quemó en los ojos.

No puedo más, le dije cuando llegamos a la Escuela de Policía Ramón Falcón, pero él me remarcó que ya habíamos parado dos veces, que así no se quemaba ninguna grasa. Emilio dice que la grasa de los

niños se va con el crecimiento.

Tu tío de niños no sabe nada.

Eso no era cierto. Emilio sabía mucho mejor que nadie cómo hacerme reír, qué cosas decirme para que toda la porquería que me rodeaba en casa se convirtiera en una selva del Amazonas, en una fiesta bahiana, en una serpiente hirviendo viva dentro de una olla.

Si sigo corriendo, se me va a explotar el corazón.

Llamalo a tu tío a ver si puede ayudarte.

Mi padre me pasó haciéndome burla con la lengua. Yo me quedé atrás y paré de correr, no me alcanzaban los agujeros de la nariz para respirar todo el aire que necesitaba. Me fui recuperando mientras miraba a los cadetes del otro lado de la reja. Ellos también corrían con sus remeras blancas, sus shorts azules y las medias hasta las rodillas, a la distancia eran todos iguales, todos perfectos, parecían no cansarse, corrían erguidos y yo pensaba en mi padre, él habrá sido igual a ellos, así de hermoso y sin saberlo. Yo pensaba en mi padre y deseaba que él me viera como yo lo veía a él, como lo recordaba en mi imaginación antes de haberlo conocido.

Corrí lo más rápido que pude hasta casi alcanzarlo y le grité a su espalda. Cuando sea grande quiero ser policía.

Mi padre se frenó de golpe clavándose al suelo como una estaca. Se dio vuelta, yo le sonreía esperando su aprobación pero su cara se había endurecido.

No digas pavadas, gurisa, querés.

Los cadetes ya habían quedado atrás. Mi padre se dio vuelta y siguió caminando sin hablarme hasta que llegamos a la casa. En el portón de entrada a la escuela de cadetes alguien había escrito «Radowitzky vive» en letras mayúsculas. Se notaba que habían tratado de borrar el aerosol pero la marca había quedado como un borrón esfumado e indeleble. Quién sería Radowitzky. Pensé en preguntarle a mi padre aunque sabía que no había caso, su silencio duraría todo el día. Íbamos a llegar a casa, él se bañaría en dos minutos y se acostaría a dormir. Si mi madre accedía, iban a tener sexo y yo iba a escucharlos desde mi cama en la cocina. O tal vez saliera al pasillo con una taza de leche, repleta de pan. El movimiento ansioso de una cuchara. Subiendo y bajando, de ida y vuelta a mi boca.

5

El micro sale a la costanera. Los puestos y algún pescador cada tanto evitan que la balaustrada blanca sea solo una guarda de papel calado. Frágil, ese cemento parece ridículo queriendo contener tanta oscuridad del otro lado, donde el río y la noche son una sola mancha negra. Aeroparque Jorge Newbery. Las letras fluorescentes de la señalización pasan a mi lado a la velocidad del micro y un avión despega siguiendo la ruta de luces azules que le marcan el camino. Las partidas. Qué breve puede llegar a ser el momento de despegarse de algo, de alguien, de todo. Quedarse, en cambio, lleva una vida de pequeñas decisiones que pesan toneladas. Hay que tener espalda para quedarse, o una fe ciega en aquello que pensamos que vale la pena, una fe que cada tanto nos recuerde el valor de nuestro sacrificio. Pienso en mi padre, él fue el primero en irse de la casa. Esa casa que se fue construyendo en todos los lugares en los que vivimos. En todos los lugares que abandonamos juntos, la familia. Ahora sé que voy a tener que encontrar la casa muy lejos. Y este viaje es el principio. Cuento con veinticinco años y un nombre. Todos tenemos un nombre. Pero en esta historia no importan. Lo que importa es qué se hizo, lo que se dijo y lo que se calló. Y eso que se calló es lo que cuenta, siempre va a ser así.

Estoy sentada en un bar de ruta. Es la ruta que va al Brasil y el calor ya empezó a anunciarse unos cuantos kilómetros antes. No es el mismo calor de la ciudad, el calor del Brasil viene cargado. Se va haciendo más y más denso a medida que se sube. El calor se va pegando en los pulmones hasta hacerse uno con la respiración. Inhalás y exhalás. Eso te convierte en parte de la misma masa hirviente que todo lo envuelve. Es noche cerrada, enfrente a esta estación de servicio solo hay yuyales, y atrás de eso debe estar el río que nos acompaña desde que salimos de Buenos Aires. Por los ventanales del bar veo a los choferes. Uno va al baño y el otro se queda charlando con un hombre que baja a fumar. La mayoría duerme dentro del micro aunque hayan apagado el aire. Los que duermen son turistas, son los que viajan al Brasil de los sueños, los que no sienten el peligro. En cambio, los que se bajan son pocos. Al igual que yo, buscan el pretexto del cigarrillo pero están bajando por otra cosa. Son los que van mirando por la ventanilla el paisaje y el reflejo. Los que llevan una carga mucho más pesada que esa valija que va ahí abajo. En este bar cargado de fórmica y cuadros con caballos, la luz del ambiente está

dada por tubos fluorescentes que opacan cualquier intento de color. Todo parece sintético bajo esta luz blanca. Un póster pegado sobre la puerta de entrada anuncia una peña folklórica para este fin de semana y el cigarrillo se me termina. Aplasto con el pie lo que queda de la llama. Ahora es ceniza que mancha el suelo.

A pesar de la oscuridad del camino puedo reconocer el lugar. El micro está entrando en Rivera. Me reclino y mi espalda transpirada se despega de la cuerina verde del asiento. El ambiente acá adentro se transformó con las horas en un aire espeso y caldeado, una mezcla rancia de olor a pis y cuerpos dormidos. Las sombras de los árboles a cada lado de las ventanillas parecen una procesión que se repite. Más adelante pasamos el cartel y las luces del micro iluminan el saludo: Bienvenidos a Rivera.

Enseguida el cementerio con sus cruces en lo alto y las raíces de sus árboles que parecen a punto de caerse por el paredón que da a la ruta. Este es el lugar donde empezó la historia. Una ciudad sin orillas, una ciudad de frontera. Rivera está al norte de Uruguay y al sur de Brasil. Hay una calle con intención de avenida que oficia de agua divisoria. De un lado de la calle está Rivera, del otro, Santana do Livramento. Ese pueblo brasilero es el último rincón del único Imperio que tuvo el continente. Todo el espacio que rodea a esa calle se llama Línea de Frontera, pero en Rivera solo la llaman La Línea. Prestando mucha atención se puede ver cada tanto algunos monolitos que de un lado tienen el escudo brasilero y del otro el uruguayo. Están despintados y son petisos, parecen boyas desteñidas flotando entre la corriente de gente que pasa de un lado al otro sin recordar sobre qué país va pisando. Los monolitos quieren orientar aunque a estas personas eso no les importe, traen desde su nacimiento la marca de los que no tienen cauce.

Tengo las manos agarradas a las tiras de la mochila y camino por una calle empinada. Con la espalda doblada voy mirando el calor que emana de este asfalto de laja. Tengo hambre y sed, sin embargo puedo seguir caminando indefinidamente siempre que no levante la vista del piso.

Sé que estoy yendo hacia La Línea y que una vez que termine de subir va a aparecer un tumulto de gente. Apenas sale el sol y ya las calles del centro son un hervidero. Quién puede dormir con este calor húmedo y sin sombra. Aunque la noche no es mejor cosa que el día, la madrugada tampoco es buena para andar vagando por estas calles, por eso esperé a que terminara de amanecer cuando bajé del micro. Me senté en un banco de la terminal, abrazada a mis piernas me hice un bollo y me quedé quieta.

Quizás algún pariente pase caminando frente a mí y no me

reconozca. Somos muchos acá en Rivera, en este lado de la tierra nos reproducimos por decenas. Primos, tíos, hermanos, cuñados. Del otro lado del río, en cambio, solo estábamos nosotros tres y Emilio.

Este ha sido un lugar de paso obligado para la familia, porque si uno va camino a Brasil siempre es mejor esta frontera abierta. Cuando hay algo que esconder conviene no dejar rastro por donde uno anda, decía mi padre, y él bien que lo sabía. Por acá salió a Montevideo para alistarse en la Marina, por acá entraba como servicio y pasaba a Brasil para marcar gente, por esta frontera habrá entrado con la otra familia cuando se fue de casa. Por esta línea cruzó Emilio y ahora quien la cruza soy yo. Vine o volví, a esta altura ya no sé cuál es el punto de partida.

Me asomo a la avenida principal, necesito cambiar algo de plata. Hay un reloj en La Línea que tiene dos caras. De un lado marca las doce y media del mediodía: hora de Brasil. Del otro, las once y media para los castellanos. Este lugar es una locura, La Línea por ejemplo, todos esos hombres cambiando reales por pesos y pesos por reales. Están parados y con las piernas un poco separadas. Algunos se sientan debajo de una sombrilla, transpirando el verano, mirando a ambos lados de la calle con esos anteojos verdes de marco fino y dorado. La mayoría de los cambistas están ahí, con sus sombreros de paja al rayo del sol. El reflejo cegador que les devuelve el asfalto parece que no los afectara. Tratan de parecer confiables. Esta es una ciudad donde la gente se saluda y los cambistas hablan a los gritos entre ellos, se pasan un mate, miran a las mujeres, a los hombres, a los niños. Todos son sus clientes. En esta ciudad siempre hay que cambiar algo de lo que se tiene. Y hay que estar atento, el que te hizo un buen cambio ayer puede darte un billete falso hoy.

La mayoría de los cambistas se viste igual, quieren distinguirse del resto de los hombres que anda por las calles del centro en shorts, musculosa y chancletas. Los cambistas usan una camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho y un pantalón gris de vestir de otra época que se les pega por el sudor a la entrepierna. Esas piernas separadas las sacuden como en un tic, el mismo tic que les permite escurrir los billetes falsos por el agujero del bolsillo del pantalón, así los desechan cuando viene la policía, cuando no llegaron a un arreglo y entonces los milicos vigilan. Los cambistas meten la mano en el bolsillo del pantalón que está agujereado y los billetes bajan por la pierna hasta la botamanga. Se acercan a la zanja, ahí van a parar los falsos y así se deshacen de la prueba. Si logran zafar a tiempo, los levantan y los secan con secador de pelo. Solos, sentados al borde de la cama del cuarto de pensión donde vivan. O en la casa mientras esperan la cena, rodeados de sus hijos que les preguntan cómo estuvo el día en La

Línea.

Es resistente la tinta, están bien hechos, me contaba Emilio. Y yo todavía era muy chica para darme cuenta de que Emilio sabía porque era él mismo quien los fabricaba.

Uno de los cambistas me mira desde que aparecí en la avenida. Se sacude el cuerpo doblando y estirando apenas la rodilla, por la camisa agarrada de dos botones aparece el pecho lampiño. Tiene los ojos como dos manchas negras. Más negras que su cuerpo cubierto de esa ropa gastada. El hombre está seguro de que voy a ir hacia él. Pasa de una mano a la otra su billetera de cuero marrón que rebasa de dinero. Yo cruzo la calle que nos separa. Me acerco y me quedo parada frente a él sin decir nada, espero que hable primero.

Un anillo dorado le aprieta en el meñique y su camisa está mojada en las axilas. El hombre se seca la transpiración bajando su mano abierta desde la frente hasta la barbilla y se limpia la comisura de los labios con los dedos.

Quer câmbio, moza, pregunta.

No puede dejar las manos quietas, se estira un poco la camisa y se acerca aún más a mí. Le entrego el dinero y él chequea billete por billete.

Argentina, me dice y se sonríe.

Entonces el hombre abre un fajo y sin dejar de mirarme cuenta los billetes que va a darme a cambio. Yo agarro la plata y nuestras manos se rozan. Sus dedos son suaves. No vuelvo a contarlo, doblo el dinero y me lo meto en el bolsillo trasero del pantalón.

Él me sigue hablando pero no lo escucho, solo registro que en la comisura de los labios se le forman unos puntos blancos de saliva seca y que exagera el español cuando pronuncia las eses. Sin embargo, me gusta tanto cómo mueve la boca, cómo se la toca todo el tiempo, que no puedo prestar atención a lo que me está diciendo.

Tengo sed, lo interrumpo.

Él se calla, vuelve a sonreír y se agacha de a poco para agarrar la botella de cerveza que está en el piso. Se queda en cuclillas y me observa desde abajo. Su sonrisa ahora se expande y deja ver el diente que le falta. Todo lo que nos rodea está lleno de gritos y movimiento, no alcanzo a escuchar su voz.

Você é bonita.

Eso es lo que él dice, se lo leo en los labios. Entonces vuelve a erguirse delante de mí, me pasa la botella y tomo un trago que no termina nunca. El líquido baja y se asienta pesado en mi estómago vacío.

Los gritos de los puesteros cruzan a mis espaldas. Ofrecen estatuillas de Ogum y velones de Iemanjá. Ahora yo soy la que apoya la botella en el piso.

Sabés dónde hay un hotel, le pregunto desde abajo.

6

¿Sabés cuántos de sus compañeros se fueron a los cursos?

Pero lo que mi madre nunca me dijo fue cuánto deseó ella que Panamá se les hubiera dado. Porque Panamá significaba ganar en dólares y cada vez que mi madre lo evocaba, lo primero que numeraba como perdido era la casa, esa que los otros se habían comprado. Los otros eran los que se habían quedado en la Marina, los otros servicios que no desertaron, y otro hubiera sido el cantar, se le escapaba a mi madre cuando después de la casa seguía por la estabilidad económica y los grados militares que él se había perdido. Mi padre no fue a Panamá y no porque le hubiesen faltado las ganas. Ella decía que él había estudiado cada noche, hasta los días de franco se quedaba en la biblioteca del cuartel repasando para los exámenes. Porque aquello no era para cualquiera, remarcaba mi madre, no todos los que se anotaban lograban llegar hasta el Canal.

Primero había que pasar la prueba a nivel nacional y después, allá en medio de la selva, se quedaba el que la sobrevivía. Tu padre fue pasando prueba tras prueba hasta que empató en puntaje con un gurí de Rivera. Tuvieron que tirar la moneda y la suerte no lo acompañó, viajó el otro, no te digo yo, tu padre nunca tuvo suerte, porque uno puede hacer todo para llegar a donde quiere pero cuando te trabajan bien no hay caboclo que pueda deshacer aquello. Y yo estoy segura de que a tu padre le hicieron un trabajo, alguna de las locas con las que andaba debió de haber sido. Ojo, yo siempre agradecí que no le saliera lo de Panamá, porque después de todo quién te ayuda con el sueño, cómo dormís de noche con esa culpa cayéndote encima. Ay, muchacha, las cosas que supe más tarde, lo que iban a aprender allá… cosa del demonio, horrible aquello. Pero hacer qué, militar está hecho para obedecer y una vez allá, tenías que aprender. Tu padre se quedó en Montevideo y a partir de entonces lo que veíamos como un horizonte a futuro se nos fue achicando día tras día. Después de la ratonera en José Ignacio él empezó a pensar en la retirada, si era horrible de incómodo aquello: dejaron de asignarle operativos y lo pasaron a actividades administrativas dentro de Inteligencia. Que se lo querían sacar de encima, se decía en el cuartel, pero conseguir la baja no era fácil, él sabía demasiado y el paisito estaba en guerra. Yo lo veía poco en ese tiempo y no sabía nada, pero podía verle la cara de frustrado, se la pisaba mismo, igual a la cara que tiene ahora pero más joven. Cuando lo conocí, cuando luego empezó en la Marina, tu padre era un hombre orgulloso, tenía planes, vos no sabés lo que era él en

ese momento. Después nunca más, el hombre se fue apagando. Y ellos que no lo querían soltar, tres veces le rechazaron el pedido de baja. Hasta que tuvo que ir al reglamento. Andá a saber lo que pasó en esa ratonera, tu padre nunca una palabra de eso y yo prometí no preguntar nada esa noche que él volvió con el anillo. Yo viajé sola hasta Buenos Aires mientras él cumplía su castigo por desertor. Un mes preso en el calabozo donde día y noche tu padre solo pensaba en qué iba a hacer en Buenos Aires cuando llegara, si no sabía ser otra cosa más que servicio, tu padre. Acostumbrado a cumplir órdenes, imaginate, iba a tener que inventarse una nueva vida acá. Para mí era más fácil, siempre la misma persona las veinticuatro horas del día, ojo, que yo era tan cobarde como él, la diferencia estaba en que él había intentado ser algo más y yo no, yo enseguida me bajé de la carrera, pero tu padre había querido ser un hombre de acción y ahora estaba encerrado en ese calabozo mientras yo lloraba subida a un barco que me cruzaba a Argentina. Me la pasé todo el viaje parada en la cubierta, no quería encontrarme con ninguna mirada, tenía miedo de cruzarme con alguien, si eran cientos por día que se venían para acá. Yo nunca había viajado por agua y le tenía miedo, pero la cubierta era linnnda, y ahí se podía llorar tranquila, el viento soplaba con fuerza y yo sentía que se estaba llevando mi llanto a otra parte, la frontera iba quedando cada vez más atrás. Había empezado a quedar atrás desde el día en que tu padre y yo decidimos mudarnos a Montevideo, yo me había ido para recibirme de médica aunque todos en mi familia se me rieron en la cara. Bah, qué ocurrencia, primero o soño da médica, mas a coisa depois de un tempo vai ser só bagacera, así dijo mi madre, la primera en augurarme lo peor. Que iba a acabar llena de hijos y ojalá aprendiera por lo menos a hacerme abortos. Una maldición aquello que me dijo, pero a mí me dio todavía más fuerza, tenía que dar cierto, tenía que salir de la frontera para ser alguien, algo un poco mejor de lo que era. Y en eso, mirá, yo no me equivoqué porque por más pobres que seamos ahora, al menos vi algo del mundo. Mis hermanas allá solo se ven la barriga que se les cae como se les caen las tetas, un fiasco andando son. En aquel barco yo pensaba en mi familia, los traía a mi mente para poder dejarlos bien atrás. Yo iba mirando la costa que se aproximaba cuando el capitán anunció que estábamos llegando a puerto argentino. Ese día del desembarco caminé como maluca toda la tarde alrededor de Plaza Miserere buscando Plaza Once, me había cruzado el cincho del bolso por la espalda y del peso andaba toda ladeada, podés creer que pasé por la misma cuadra tres veces hasta que un vendedor de panchos me vio perdida y me preguntó si necesitaba ayuda… aprendí rápido, apenas llegué, que también en esta ciudad todo podía tener dos nombres. La madre del preto, un vecino mío de Rivera, me pasó el dato del hotel donde había

parado el preto apenas llegó a Buenos Aires, no me voy a olvidar más: Hotel Alcázar, sonaba importante, pero al final quedaba frente a Plaza Once, lo que yo tenía en mente no tenía nada que ver con esa puerta angosta de hierro pesado y pasillos oscuros, yo esperaba más brillo, no ese olor a fritura y humo de colectivo. Y cuando vi la habitación, muchacha… entre la cama y el armario quedaba un espacio solo de costado para poder pasar. La ventana tapiada y acá en la nuca, como un tapa, la voz de la gallega que me dice: nada de meter hombres en la habitación, la puerta se cierra a las once de la noche y cualquier sospecha de cosa sucia, llamo enseguida a la policía. Me mordí el labio que casi me lo lastimo para que el dolor no me dejara llorar… y así, con esa angustia atragantada fue que conocí el almacén de la esquina, a la pareja paraguaya de la habitación de al lado y al albañil con un tajo que le cruzaba toda esta parte de la cara, el que salía temprano y volvía a la madrugada solo para dormir. Con esa angustia, que me fue bajando hasta el pecho, llegué hasta la Avenida Corrientes y me animé a entrar a los negocios a mirar la ropa, las carteras, una cosa más bonita que la otra y yo sin un peso para comprarme nada, esperando a tu padre para que me trajera algo, pero no te vayas a creer, yo siempre era la más arregladita de la fila cuando iba a buscar trabajo. Me miraban, si vieras cómo, las faldas a la cintura me quedaban pintadas en esa época y conseguí trabajo rápido, empecé de limpieza y al poco tiempo ya estaba cortando camisas en Polaris. Durante la jornada en la fábrica estaba bien, no pensaba en nada más que en lo que estaba haciendo, el problema era cuando volvía a la pensión, porque con el albañil me cruzaba poco, apenas lo veía, pero con la paraguaya había empezado a discutir día por medio, yo estaba segura, esa mujer era la que me comía el queso, una tarde la vi salir de la cocina con un sándwiche abajo del brazo, envuelto en papel de diario, era zorra pero yo le había descubierto el truco. Mujer zorra conmigo no puede, me fui derecho a la heladera y apenas la abrí me di cuenta de que el queso estaba por la mitad, la perseguí hasta la habitación, que abriera frente a mí el paquete que llevaba bajo el brazo y si no la obligué ese día fue porque me agarró la duda… ¿y si no era mi queso esa vez? ¿y si le había sacado algo a otro? La dejé ir y me armé de paciencia, esperé vigilante hasta el día en que la pesqué justo, ahí estaba la paraguaya comiendo como una rata, refugiada en la poca luz que entraba por la ventanita de la cocina de la pensión, ahí estaba la zorra, comiendo lo que era mío. Me le fui encima, la levanté del brazo y se lo hice escupir de un sopapo en la cabeza hasta que intervino el marido, cobarde, de un solo empujón me estampó al lado del tacho de basura. La tal de Arací, así se llamaba la paraguaya, me la juró desde ese día y yo me encerré en la habitación hasta que llegara tu padre. Faltaban unos días nomás, y si le vieras la cara cuando le conté el

episodio de la cocina… tuve que frenarlo, tu padre quería ir a golpearle la puerta y ponerse a pelear ahí mismo. No podemos, le decía yo, en otros hoteles te arrancan la cabeza, tenemos todo el derecho de vivir acá, se los esquiva y pronto. Pero él ya traía demasiada desgracia como para no aprovechar y descargarse con el marido de la paraguaya, iba a haber un desempate y ese día llegó. Se agarraron con la excusa del baño, el tipo no salía más de la ducha y tu padre empezó a golpearle la puerta, pensé que se la tiraba abajo, y el otro que como respuesta se puso a cantar valsecitos a toda voz… tu padre estaba que explotaba y recién salido de la Marina, imaginate el corpacho que tenía, la hizo de calladito y no le gritó más, se quedó al lado de la puerta controlando y apenas el paraguayo puso un pie afuera voló de una patada en el estómago, la cabeza le fue a dar contra el filo de la bañadera, podés creer que si el golpe lo alcanzaba un centímetro más arriba, el tipo no la contaba más. Quedó inconsciente por un rato en el piso del baño hasta que Arací salió en corpiño de la habitación para agarrarle la cabeza al marido, le peinaba el pelo mojado hacia atrás, consolaba al desmayado entre sus tetas mientras le besaba la frente. Y ahí a mí me dio pena de la pobre mujer, yo me puse en su lugar y que te dejen así a tu marido… Sabés el miedo que yo tenía con tu padre allá en la Marina, pero la cosa terminó en que por más que le pedí disculpas a la dueña de la pensión, ese mismo día estábamos con los bolsos en la calle. Tuvimos que aguantar que nos tratara peor que a bichicomes, que no quería camorra ahí adentro, gritaba la gallega, que encima que veníamos a matar el hambre en Argentina ni siquiera éramos gente decente. Una vergüenza aquello. Y tu padre, si quería, bien que podía haberles hecho un daño pero no, él no es así, lo que pasó allá lo dejó allá y nunca más quiso saber de aquello. Un poco porque a él lo venían siguiendo, lo controlaban de cerca a tu padre y por eso esa fue la primera pero no la última vez que nos cambiamos de pensión. Había que despistarlos a los servicios que mandaban desde Uruguay. A tu padre lo controlaban de cerca y él lo sabía, mirá si justo a uno que estuvo en eso lo van a pasar. Yo de que nos controlaban me enteré un tiempo después, el día que nos llegó la primera revista de Tupamaros. Pero no fue todo feo, no, a los dos nos gustó la ciudad más de lo que pensábamos que nos gustaría. La cantidad de taxis que tomamos acá para ir a cualquier lado, ya solo eso era todo un lujo nuevo que el salario de acá nos permitía, a todo el mundo, eh, no solo nosotros, y por las noches nos internábamos en La Boca, íbamos a las cantinas todos los viernes con los compañeros de la fábrica, ahí estaban siempre Mabel y Horacio, otra pareja de uruguayos que también eran cortadores de camisas en Polaris. Estaba colmado de uruguayos acá porque si no eras tupa, allá te morías de hambre, es que tenían razón

cuando nos decían que veníamos a matar el hambre, claro cómo no íbamos a venir si allá trabajo no había. Lo nuestro fue un exilio económico, acá con los milicos por lo menos se trabajaba, pero allá fue peor, allá no había ni que quisieras. En la primera salida con Mabel y Horacio ellos nos contaron que habían venido por falta de oportunidades, eran de Canelones, pero tu padre no les creía. Y ellos andá a saber si nos creyeron a nosotros, tu padre era reservado, ellos también, por milico o por tupa nadie hablaba mucho de su vida anterior en aquella época. Uno se medía, aunque estoy segura de que ellos nunca desconfiaron de nosotros, al contrario. Si no, nunca hubiésemos recibido el diario tupamaro todos los meses, porque era alguno de ellos que lo mandaba, estaba clarito. Después había que volver a mandárselo a otro uruguayo que estuviera dando vueltas por la ciudad. Y conocíamos a unos cuantos nosotros, gente del hotel y de las fábricas, porque en esa época cambiábamos mucho de trabajo, sabías que al otro día conseguías otro, era cuestión de horas. Había tanto que lo desperdiciábamos, por eso siempre pensé que bunda y abundancia vienen de la mano, porque uno piensa con el culo cuando algo le sobra demasiado, la abundancia es a lo que uno se acostumbra más rápido. Y entonces no nos aguantábamos una, a la primera que nos llamaban uruguayos muertos de hambre o que nos decían volvete a tu país, tu padre pegaba la primera piña y de ahí a hacer el bolso y a la calle. Al otro día buscabas trabajo y encontrabas. Pero después se puso más fea la cosa, estaba más dura la calle y ya no sobró tanto nada, nosotros no ahorrábamos, peso que agarrábamos lo gastábamos enseguida, pero después del golpe se fue poniendo cada vez peor. Una vez llegamos a deber tres meses de pensión porque yo me había ido de Polaris, el encargado me volvía loca y con lo de tu padre no llegábamos a cubrir todo. Esa tarde yo llegaba de buscar trabajo y tu padre no estaba, yo voy llegando a la pensión y el dueño del hotelucho ese de mierda estaba con unos milicos en la puerta y todas nuestras cosas afuera. Me quedé parada en mitad de la calle y sentí que me bajaba el pis entre las piernas, solo embarazada me volvió a pasar eso. Yo sabía bien que podían llevarme por esos diarios que todavía no habíamos pasado, en el cajón de la mesa de luz estaban, si los encontraban nos llevaban, y el pis que me bajaba calentito por las piernas, era verano y yo tenía ese solero con flores, igual seguí caminando hacia la puerta de la pensión, ni se me ocurrió volverme para atrás, el tipo ya me había visto y si me volvía iba a ser peor, recordé a tu padre diciendo que correr nunca, que si corrías ellos tiraban, entonces ahí nomás me acerqué y armé una discusión, que el alquiler se lo íbamos a pagar, que era una falta de respeto lo que me estaba haciendo, mientras los milicos miraban y no decían nada yo me puse a llorar como si fuera por el desalojo y así calmé un poco los

nervios y fue ahí que pasó. No sé si me habrán visto meada pero yo le pedí permiso a uno para pasar al baño, al tipo le habré dado pena porque me dejó pasar y no sé cómo fue que hice para abrir ese cajón tan rápido, piqué el papel con las manos, con los dientes, como loca lo rompí, todo lo rompí y lo tiré por el inodoro porque por suerte en ese momento teníamos una habitación con baño. Justo nosotros, imaginate, que tu padre era de la Marina y que por eso se había ido, justo nosotros acusados de tupas por tener allí esos diarios que nos pasaban los otros que seguramente sí, seguro se habían ido por eso, porque al tiempo ya no supimos nada de ellos. Horrible sí, era horrible que eso pasara. Ese grupo de uruguayos eran nuestros únicos amigos, aunque también fue cierto el alivio que sentimos cuando dejamos de recibir esa mierda tupamara.

7

El cambista que camina a mi lado se llama João y me dice que el hotel donde él para queda bem perto da línea. Estamos yendo para preguntarle a la encargada si hay alguna habitación libre para mí. João insistió en acompañarme, me dijo que está difícil conseguir lugar porque su hotel es bien barato y en cuanto se libera alguna habitación enseguida cae alguéin.

La frontera está siempre henchida de gente. Los friyopis, recalca João, tem de todas partes que vienen a comprar.

João debe tener mi edad pero parece más viejo. Aunque esta apariencia no está dada por la piel sino por la ropa y todo lo que lleva puesto. Me pregunto qué pasaría si le sacara ese reloj con malla metálica y fondo azul brillante, el anillo dorado del meñique y esos mocasines marrones sin medias. La actitud provocadora con la que me trató en La Línea se convirtió, en la intimidad de nuestra caminata, en una amabilidad inofensiva.

Perro que ladra no muerde, pienso. Este es como cualquiera de los camareros del restaurante: te apuran bien machitos frente a la cocina hasta que un día los encarás vos y se descolocan. João camina ligero, con la vista en el piso y la boca abierta como perro contento. Pero no se calla, quiere saber todo. Una pregunta tras otra. Argentina de dónde, cómo es que no soy brasilera con la cara y el nombre que tengo, qué estoy haciendo en la frontera. A cada pregunta le contesto con una sonrisa para que no piense que estoy enojada pero para que entienda que tiene que dejar de preguntar tanto.

Pero él me mira consternado y se detiene de repente

Você fala, me pregunta.

Falo, pero no contesto interrogatorios.

João se esfuerza por sonar más castellano. Me cuenta que él es de Pernambuco pero que se vino para acá hace ya varios años. Que le gusta más vivir del lado brasilero y que a esta frontera no la cambiaría por nada del mundo.

Aqui tem vida que arde, dice.

Cuando llegamos a la puerta se detiene frente a mí.

Te corres, com licença, tengo que pasar a llave, me dice.

Perdón, no me di cuenta. Y me corro midiendo hasta qué punto le hago un espacio para que nuestros cuerpos igual se rocen.

Me coloco atrás de él y me alejo un poco para mirarlo de espalda. Tiene un culo que adivino bien firme debajo de esos pantalones viejos.

Entra. João sostiene la puerta para que yo pase.

Hay un corredor profundo con puertas a ambos lados y al fondo una escalera de madera. Yo avanzo adelante. De pronto João me agarra de la mano para que me detenga. Cuando me vuelvo y lo miro, él me suelta. Se disculpa enseguida.

Apenas lo conozco y ya sé qué es lo que más me fastidia de él. Es su miedo a molestarme, que me sostenga la puerta, que pida disculpas por nada.

Me dice que me agarró la mano porque me pasé de largo, que no lo malinterprete. Se vuelve y golpea una puerta pero no contesta nadie.

Possivelmente salió, me dice.

Yo me hago la que no le creo.

Qué querés, João.

Nada. Me pidiste ayuda y estoy te ayudando.

Me cruzo de brazos, incrédula.

Claro, te creés que soy una porteña tonta.

Yo no dije isso.

De la escalera del fondo baja una mujer que debe ser su vecina. João le pregunta si sabe de alguna habitación disponível. La mujer, que lleva una pollera negra hasta los tobillos, se le acerca sosteniéndose el vientre con las dos manos.

Não tem nada, le contesta ella, sosegada. Ontem chegou o meu irmão e alugó a única que tinham livre.

La mujer nos saluda, pide permiso para pasar y sigue hasta la puerta de entrada. Al llegar se da vuelta y pregunta.

Tua namorada, Joãocinho.

No, le digo. Nada que ver.

Parada en la puerta, con un pie ya en la calle, la mujer nos bendice en el nombre de dios.

Quién era esa vieja, a qué viene su cara de contenta.

João me cuenta que ella es de los evangélicos, pero que antes de eso tuvo una vida terrible.

Todos tenemos una vida terrible, le digo.

Sim, é verdad. Mas nessa vida terrível muita gente faz mal y no se importa. Ela está ahora remediando o dano que fez. Eu gusto mucho dela, é quase como uma mãe pra mim.

No quiero preguntarle por su madre, si tiene, si no, si tiene, dónde es que está. No me interesa saber mucho de él ni de su pasado.

No te fíes, João, las madres no son de fiar. De sangre, adoptiva, cabocla o evangélica, siempre te van a pedir algo a cambio.

Você está muy sozinha, o estoy errado.

Errado. Pero no nos vayamos de tema. Dónde voy a dormir esta noche.

João saca una lapicera y un papel arrugado del bolsillo de su camisa y anota.

Tenga, el endereço de Don Paulinho.
Agarro la dirección y con ella su mano.
Mañana Don Paulinho, esta noche me quedo con vos.

8

Emilio llegó cuando mi padre ya había salido para el trabajo. Cenamos los tres juntos y enseguida me mandaron a dormir, bajaron la voz y hablaron de una casa que no quedaba lejos, estaba dentro del barrio, una manzana de profundidad, es la oportunidad ahora, si no lo hacen ustedes cualquier otro avivado les gana de mano. Mi madre le hacía preguntas, hablaban cada vez más en susurros. Ella decía que mi padre no iba a querer, que no iba a animarse. Emilio se ofrecía a ayudar, que por limpiar y sacar basura no se hiciera problema, él le conseguiría a la gente. Esa noche Emilio se fue temprano, me besó antes de salir y se dio cuenta de que yo estaba despierta. Gurisita sinvergüenza, me dijo muy bajito para que mi madre no lo escuchara. Yo le sonreí y días más tarde lo acribillé a preguntas cuando me llevó a ver el Circo de Moscú.

Viajamos una hora en colectivo y cuando llegamos no había un alma. Vi las figuras grabadas de los boxeadores que adornan el techo, las luces cursivas y azules del Luna Park, pensé en la camisa de mi padre. Ya terminó, le dije a Emilio. Pero él no me contestó y se acercó a una de las puertas de las que dan al río. Un hombre vestido de acomodador parecía estar esperándonos. Le hizo unos gestos con la mano y nos acercamos. Él es Oribe, me dijo. Oribe tenía un bigote negro muy tupido que me pinchó cuando se agachó para besarme. Atrás de mí entró Emilio y Oribe nos mostró con la luz de su linterna dónde nos teníamos que acomodar. Interrogué a Emilio con la mirada cuando la linterna marcó un círculo en el piso.

Sí, sentate ahí, dijo.

No, mejor me quedo parada.

Yo no quería ensuciarme el vestido que me había puesto para salir pero Emilio, que ya estaba sentado, me convenció a fuerza de hacerme cosquillas en las piernas. Terminé sentada en el piso junto a él, acomodados en el espacio que quedaba entre dos gradas cargadas de asientos, repletas todas de gente. La función ya había empezado y todos aplaudían en ese momento a un payaso enano que caía con los dos pies, lanzado como de un trampolín, dentro de unas botas gigantes.

Oribe, me contó Emilio, también era uruguayo, lo conocía porque hacía la recepción en el restaurante donde trabajaba y cuando le salía una changa, era acomodador. Gracias a Oribe estábamos ahí, Emilio le había pedido que le hiciera la gauchada apenas se enteró de que venía

el Circo de Moscú al Luna Park. Estas funciones cuestan un ojo de la cara, me dijo Emilio. Esta gente viene de Rusia y eso queda muy lejos, encima allá se mueren de hambre, la pasan mal los rusos, pero son buenos. Mirá, son unos crac, de chiquitos ya empiezan a entrenarlos. En el viaje de vuelta, Emilio me pidió que no le contara a mis padres que habíamos entrado de polizón.

Es nuestro secreto, me dijo.

Y lo de la casa también es secreto nuestro.

Qué casa.

Te vas a mudar con nosotros, Emilio.

Crucé los dedos para que me dijera que sí, que se venía conmigo, pero Emilio se hizo el desentendido hasta que habló de una mudanza cercana pero que no sabía bien cuándo iba a ser. Cuando insistí, soltó que era una casa solo para mis padres y para mí, que él iba a venir a verme como siempre, que la casa era mucho más grande que el pañuelito ese donde vivíamos ahora y que seguro me iba a encantar.

Qué te pasa, qué es esa cara.

No me importa la casa, yo quiero vivir con vos.

Emilio se palmeó la pierna invitándome a apoyar mi cabeza y recostarme. El viaje es largo, gurisita, dormí que yo te despierto.

9

Ahora la levanto, que venga a ayudarnos, dijo mi madre.

Yo ya estaba despierta cuando ella se acercó a mi cama y me llamó sacudiéndome del brazo. Había escuchado la voz de mi padre dando instrucciones mientras alguien arrastraba el aparador de la cocina.

Abrí los ojos y me tapé la cara con las dos manos. Qué pasa.

Ya tenemos que dejar la casa, nos mudamos. Dale, cambiate rapidito que necesitamos tu ayuda. Todavía hay muchas bolsas para llevar al camión.

Mi madre pasó su mano por mi pelo y me lo acomodó detrás de las orejas. Después me dijo que tenía que volver al camión para hacerle lugar a lo que faltaba subir. Yo no entendía por qué teníamos que hacer la mudanza de noche, ni siquiera entendía por qué nos mudábamos. De la cocina ya se habían llevado todo menos mi sillón-cama y una silla donde dejaba la ropa que me sacaba antes de irme a dormir. Me calcé primero las zapatillas y me terminé de vestir todavía balanceándome por el sueño. Hacía frío y la puerta estaba abierta, el dormitorio de mis padres estaba vacío y mis pasos sobre el piso de madera retumbaron con un eco. Vi las marcas de los muebles sobre las paredes. El aparador de madera verde con puertas de vidrio por donde se veían los vasos y los platos que nunca llegaron a ser todos del mismo juego. Ahora solo quedaba su contorno impreso en la pared, y el de la máquina de coser al lado de mi cama.

Salí al pasillo y corrí hasta la vereda. Mi madre estaba adentro del camión, tenía una caja de cartón en las manos y se estiraba para apoyarla sobre otra caja más grande que le quedaba demasiado alta. Mi madre perdía el equilibrio y yo sentí ganas de que se le cayera todo encima. Pero ella lo logró, llegó en puntas de pie hasta lo más alto y la pila de cajas que hacían de tarima dejó de oscilar. Ella percibió que yo la estaba mirando desde abajo y se agachó sobre una de las bolsas de consorcio, la desató y revolvió nerviosa hasta sacar del fondo mi pulóver de lana azul. Me lo alcanzó estirando el brazo.

Ponete esto que está fresco, tu tío y tu padre están adentro, andá a ver qué necesitan.

Por qué nos estamos mudando de noche, adónde vamos.

Tu padre no te habló, me preguntó sin esperar respuesta.

Mi madre se volvió a las cajas para seguir formando pilas mientras se quejaba entre dientes cuando levantaba algo pesado. Volví a la casa a buscar bolsas pero en la puerta me topé con mi padre que salía de espaldas cargando mi sofá-cama. Emilio apareció de frente,

agarrándolo desde la otra punta.

Cuidado con la nena, alcanzó a avisarle Emilio, y mi padre se frenó de golpe evitando llevarme puesta.

Yo me corrí del camino para darles paso. Cuando subían mi cama al camión, la punta de la sábana tocó la zanja y el agua trepó absorbida por la tela hasta formar un triángulo negro. La habían agarrado así como estaba sin sacarle las sábanas siquiera y la metieron de pie, entre el placard y la biblioteca.

En un par de viajes de la casa al camión, nuestra casa estuvo deshecha casi por completo. Mis padres volverían más tarde a limpiar y dejar todo listo para entregar la llave al día siguiente. En el último viaje, y con la excusa de fijarme si todas las luces quedaban apagadas, volví a entrar a la casa, sola.

Emilio se dio cuenta de que yo necesitaba despedirme.

Dale, te espero para cerrar, me dijo.

Fui directo al baño y abrí el botiquín de tres espejos en puntas de pie. No había nada adentro, solo los dos estantes de vidrio manchado. Enfrenté las dos puertas de espejos y me subí al bidet desde donde practiqué una sonrisa que me ocupara toda la cara, mi imagen se proyectaba por tres. Después me miré de perfil, otra vez de frente, y me puse seria. Me voy, me dije a todas las que yo era. Pero no pude bajarme enseguida, me quedé mirando lo que se reflejaba en ese espejo y que no podía reconocer. Fue la primera vez que percibí mi cuerpo como un envase de otra cosa. Era otra la nena que movía la boca y me sonreía.

Así que esta soy yo, pensé, y nadie me puede ver.

Con una nueva tranquilidad, la de saberme bien escondida, bajé del bidet y enfilé hacia la puerta.

10

Adentro de la caja de madera del camión, sin un centímetro de aire que separara una cosa de la otra, estaba encastrada nuestra casa. Mi madre me estiró su mano para que yo también subiera y la quedé mirando desde abajo sin poder decirle nada. Tenía los puños apretados y todo el llanto en estado sólido formando una piedra dentro de mi garganta.

Dale que está a punto de amanecer, me dijo.

Mi padre ya se había acomodado adelante con Emilio en la cabina. Se levantó un viento de golpe que me voló el pelo enredado hacia atrás. Metí las manos en los bolsillos del pulóver.

Está muy alto, no puedo subir.

Mi madre se acercó al borde del camión con su cara de no me la compliques.

Pisá en ese estribo y agarrate fuerte de mí, me dijo con la voz y los ojos endurecidos.

Mi madre esta vez estiraba las dos manos y yo subí al camión junto con las cosas.

Faltaba muy poco para que el cielo comenzase a aclarar cuando el camión estacionó frente a un portón antiguo de hierro oxidado.

Es ahí, señaló mi madre.

Las dos hojas del portón de la casa terminaban en unas flores de lis que se alzaban como puntas de flecha. Del otro lado del portón, subían nubes de humo.

Mi padre entró adelante, lo siguieron mi madre, Emilio detrás, dejaron la puerta trasera del camión abierta. Yo me enrosqué una bolsa a la muñeca y quedé última. Cuando vi lo que pasaba del otro lado del portón tuve que apoyar la bolsa en el piso otra vez: la casa nos recibía con un incendio y una cantidad de hombres trabajaban en el patio como si fuera una plantación en llamas. Gritaban, se daban órdenes, apenas si notaron que nosotros habíamos llegado, cortaban los pastizales que me doblaban en altura, cargaban carretillas de tierra con las caras sucias y las espaldas sudadas iluminadas por el fuego. El humo me entraba por la nariz y se convertía enseguida en un gusto dulce que iba bajando hasta la boca.

Emilio pasó por mi lado, ya de vuelta al camión para seguir bajando cosas.

Queman el pasto y la basura, no te asustes, me dijo.

No me asusto, le contesté y volví a agarrar la bolsa.

El camino hacia adentro de la casa estaba marcado por una senda de ladrillos enterrados en la tierra que hacían de baldosas.

Acá vamos a vivir, le pregunté a mi madre que se acercaba a ayudarme con una linterna.

Sí. Seguime que te voy mostrando. Esta casa es enorme, ya vas a ver.

Me incliné hacia un costado para no arrastrar la bolsa y la seguí hasta una galería con alero.

Emilio había quedado atrás junto al resto de los hombres. Se había sacado la remera y ahora cargaba las bolsas de basura que iban a parar a las llamas.

Mi padre nos guiaba, iba un poco más adelante que nosotras alumbrando el camino con otra linterna. Caminábamos en fila, por encima de las cabezas yo buscaba ver el fondo de la casa. A la izquierda del alero había una puerta de dos hojas y más adelante una puerta simple, todo de madera. A la derecha continuaba el patio de la entrada con sus pastos altos todavía sin quemar.

La madera de los pisos crujió cuando entramos a una de las habitaciones. Mi padre giró la linterna para darnos una idea del espacio. Las paredes también eran de madera y la oscuridad hacía que los techos se vieran inalcanzables. En las cuatro esquinas de la habitación, mi madre había prendido algunas velas sobre platos de té y las había apoyado en el piso.

Me hago pis, dije.

Vení que te muestro dónde está el baño. Hay que volver a salir al patio.

Mi madre agarró una de las velas y salimos de la habitación siguiendo el camino del alero. El baño estaba en el fondo y se despegaba del resto de la casa. Más atrás distinguí una construcción al mismo tiempo que mi madre la señaló. Afilé la mirada y pude ver un poco mejor. Era un galpón alto, las paredes eran de cemento pero, al igual que el baño, tampoco estaba unido a ninguna otra parte de la casa.

Esa va a ser la cocina, dijo ella. Pronto vamos a construir ahí una cocina de esas bien grandes.

No había un techo que cubriera todas las partes de esa casa, que le diera a la construcción algún tipo de continuidad, que la protegiera parejo de la intemperie.

Mirá, el baño es todo de material.

Mi madre iluminó con la vela el inodoro sin tapa, hizo un recorrido por la pileta, los azulejos. No bidet para lavarse, no botiquín para mirarse, una porquería de baño, pensé. La luz de la vela terminó en una bañadera honda y con pies. Cuando me asomé a verla mi madre me explicó que esa mancha que la recorría de una punta a la otra era

óxido nomás. Ella había querido desinfectarla bien, que se le había ido la mano con el ácido, dijo.

El ácido se comió el esmalte y por eso esa mancha que ves ahí.

Le dije que parecía sangre.

No, no es roja, muchacha, es marrón, mañana vas a ver mejor.

Mi madre me guió hacia afuera mientras yo torcía la cabeza para seguir mirando la bañadera iluminada por la vela. Me pareció que era como una ballena blanca, enorme y profunda que no tocaba el piso. Pero mi madre la había arruinado para siempre, le había hecho una grieta en el medio a la cosa más bonita de toda la casa.

Ahora apurémonos que todavía falta bajar un montón de cosas. Me marcó el camino para volver a la calle, ella se quedaría en la habitación, empezaría a acomodar lo más grande. Yo tenía que seguir derecho hasta entrar en la galería mirando siempre el fuego que crecía allá adelante. Miré la lumbre y reconocí la espalda de Emilio entre la de todos los hombres.

Ahí mismo donde está Emilio, lo ves, me preguntó ella. Ahí está la salida.

Al día siguiente de la mudanza pude ver mejor los límites de la casa. Del otro lado del portón, ese patio de tierra donde quedaron solo dos limoneros porque mi madre pidió que los respetaran. Árbol que da comida no se corta, decía, y no me dejaba arrancarle una sola hoja en vano. En el centro de la tierra se dibujaba un círculo negro hecho de cenizas y restos de basura, y ese olor a pasto quemado que inundó la casa y el aire por varios días. El patio lindaba con otra casa abandonada muy parecida a la nuestra. Un alambrado bajo y oxidado dividía una casa de la otra hasta donde comenzaba la casilla, donde montamos las habitaciones. Esa casilla consistía en dos piezas con paredes de madera y techos de chapa acanalada que terminaban en el alero. Cuando llovía, ese techo era una maravilla, un concierto que lejos de atemorizarme me acunaba mejor que nadie. Toda la fuerza del agua sobre mi cabeza y ese techo que me protegía. Ese techo de chapa, si bien tenía sus goteras, me dio a conocer la magnitud de una tormenta, el ritmo espaciado con el que comienzan a caer las primeras gotas, la aceleración que anuncia el temporal y luego la calma, el silencio total. Ni los perros ladraban después de la lluvia. Cada vez que comenzaba a llover yo corría a mi pieza para escucharla de cerca. Para mi madre, sin embargo, las tormentas eran otra cosa. Siempre se acordaba cuando allá en el cerro, de chica, un temporal les había volado la casilla. Esos techos de chapa la aterrorizaban. Metete abajo de la cama hasta que pase la tormenta, decía cada vez que el temporal era fuerte y ella salía temprano para la fábrica, que si se vuela alguna chapa puede cortarte la cabeza.

A las habitaciones de la casilla le seguían el baño y lo que luego fue la cocina.

Toda esta parte es de material, aclaraba mi madre como si no estuviera a la vista.

Nada en esa casa tenía las dimensiones o las condiciones necesarias de hogar: techos demasiado altos que hacían de los ambientes lugares imposibles de calefaccionar, paredes de madera por donde pasaba la humedad de esas lluvias, y la falta de gas natural. Había que cuidar que la garrafa alcanzara para cocinar hasta fin de mes y por eso el calefón del baño era eléctrico: cerrar la ducha para enjabonarse, volver a abrirla para enjuagarse y en el medio el chiflete que entraba por debajo de la puerta del baño. Cuando se hacía muy insoportable, mi madre volcaba alcohol de quemar en una ensaladera de loza y le prendía fuego. Apurate que esto consume el oxígeno del aire, decía. Lo cierto era que el miedo al ahogo hacía efecto y yo me apuraba tanto en terminar de bañarme que el frío pasaba a ser lo de menos.

El terreno de nuestra casa era estrecho y largo como un cajón. Tenía la profundidad de casi toda la manzana y terminaba en galpones con techos de ocho metros de alto. Ahí se alzaban las máquinas de cortar y pulir madera. Eran gigantes, preciosas hasta en el abandono. Ellas habían dado forma a los muebles que habitaron la casa antes que nosotros. Parecían estatuas protectoras del lugar, cubiertas de polvo y oxidadas, todavía conservaban algo majestuoso de su pasado. Por las tardes, cuando la luz entraba de color verde por el tinglado del techo, se iluminaban las fotos de Adriana Brodsky en corpiño que el antiguo dueño había pegado sobre la sierra de cinta. Esa máquina era como de carnicería, tenía dos ruedas en sentido vertical, una abajo y otra arriba de la mesa donde se apoyaba la madera. Al ponerse en funcionamiento, las ruedas giraban haciendo girar la sierra. Como en un tren invertido, las ruedas cortaban por dos lados a lo que se le pusiera en contacto. Era la máquina más alta, tendría casi el doble de mi altura. Había otra que ocupaba el centro del galpón principal y que tenía forma de mesa. Más tarde, Emilio me dijo que esa se llamaba garlopa mecánica y que se usaba para afinar las superficies de la madera. Lindo nombre le habían puesto, me gustaba decírselo a los amigos que venían a jugar. La garlopa tenía dos cuchillas enfrentadas en el medio. La cuchilla golpea la madera, se clava dentro de ella y levanta una viruta, corta en forma de círculo ¿entendés?

Emilio fue el primero en explorar a fondo el terreno. Para que nadie más se metiera, la noche anterior a la mudanza se había atrincherado con una botella de caña y sándwiches de salame y queso que le preparó mi madre para que él aguantara esas veinticuatro horas de guardia, cuando al fin llegaran los hombres que desmalezarían el

patio y él pudiera unirse a nosotros manejando un flete que nos había conseguido para trasladar nuestras cosas.

Tiempo después, Emilio me contaría del frío que había pasado durante esas horas que aseguró la casa. Se había llevado un machete con el que mató arañas del tamaño de tarántulas y a varias ratas que corrían en círculo enloquecidas como si supieran que se les venía el desalojo. Les había sacado la cabeza, a pura fuerza de machetazos, decía. Me daban pena las ratas. Habrán ido a parar junto al basural, habrán ardido con el resto de la maleza, convertidas ahora en ese olor del aire que estábamos respirando.

11

Terminaba mi primer día en la frontera y yo lo había olido todo desde la boca de João. Una vez adentro de su habitación ya no me importaron los dientes que le faltaban ni la saliva reseca del calor de gritar en La Línea cuál era su mejor cambio. No me importó ese agujero en su sonrisa. Yo le pedía que abriera bien grande la boca mientras me penetraba, le pedía que llegara más cerca de mi cara, quería conocer todo lo que faltaba dentro de esa boca, el color de su carne, la podre que había quedado ahí adentro después del dolor, cuando los restos de comida se amontonan en ese hueco abierto que primero se descompone y larga olor, aunque después la carne negra se cure sola y se haga dura.

João abría la boca mientras me entraba hasta que le dolían las comisuras y entonces sonreía y me preguntaba qué era lo que yo quería ver. Bajaba su boca otra vez abierta, se pegaba a la mía y yo sentía su aliento a cerveza, su lengua amarga, ese sabor alcalino de la cocaína al final de la garganta.

João era un miserable y no trataba de ocultarlo. Se le veía por todos lados, en la manera de caminar tirando los hombros para atrás, en su saberse impune a pesar de estafar a dos de cada tres turistas que le piden cambio en La Línea. Se le veía en el amarillo rancio de las axilas de su camisa, en cómo me penetraba sin forro mientras me contaba cómo era la concha de las últimas mujeres con las que se había acostado. Yo le pedía detalles. Quería saber sus sabores, sus contornos, sus texturas. Quería saber el gesto de cada una de ellas mientras él pensaba que era el mejor de todos. Hubiera querido conocerlas, estar desnuda con ellas en esa misma cama y ayudarlas a acabar, porque él no sabía cómo hacerlo.

João me daba pena. Le abracé la cabeza y le besé el pelo. Respiré profundo y le pedí que por favor dejara de moverse así. El asco me llegaba en forma de saliva entrando como un líquido frío en mi boca, un líquido ajeno que no llegaba a mezclarse con el mío.

Él levantó la cabeza, me mordió un pezón.

E isto o que você quer ¿né gostosa?

Lo observé en su seguridad de macho idiota y entendí lo que había que hacer para sobrevivir en esa frontera.

Respiré profundo, me puse arriba y me moví hasta que él explotó. Yo fingí un rato más pero no acabé. Lo hicimos dos veces y en el medio él me ofreció comida o un poco de coca para inhalar. Preferí la coca y el segundo polvo estuvo mejor.

Cuando anocheció João preparó unos fideos con queso en un calentador que tenía sobre la cómoda. Todavía desnudos, iluminados por la luz de la calle que entraba por la ventana de su habitación en el primer piso, comimos sentados en la cama junto a los ruidos de los vecinos que llegaban como si las paredes no existieran. Parejas, niños, los programas de radio de los solitarios, estaban todos presentes en medio de nuestra cena silenciosa. La habitación de João, más allá de sus modestas proporciones y del desorden acumulado en las esquinas, se me hizo más cálida que la que había compartido con mi madre después del desalojo.

En una de las paredes había fotos pegadas con cinta. Todas eran paisajes recortados de revistas. Una montaña nevada, la torre Eiffel de noche, el puente de San Francisco, un lago plateado espejando a cientos de pájaros volar.

Qué, esos son los lugares adonde querés ir, pregunté señalando las fotos con la barbilla.

João tragó y se limpió la boca con el puño antes de contestarme.

Não caberíam en toda esta habitación si fora por isso.

Entonces, por qué los pegaste ahí.

Não sei… Porque son bonitos, ¿no es?

Dejé el plato arriba de la cama y me levanté para mirar las fotos más de cerca.

Y… es una buena manera de no olvidar que existen otros lugares adonde ir, ¿no?

Cuando me di vuelta, João había dejado su plato a un lado y me observaba con una mirada lejana.

Sim, mas yo prefiero ir a você, me dijo mientras se levantaba de la cama y me rodeaba otra vez entre sus brazos.

Me dieron ganas de quedarme así, pensé por un segundo en volver a la cama con él pero un impulso hizo que, con delicadeza calculada, me saliera de su abrazo y me pusiera a levantar la ropa que había quedado desparramada en el piso.

Não vai te quedar aquí, me preguntó. Fica, fica a vontade, insistió João señalando la pieza como si se tratara de una casa.

Aquí no caben dos, João.

Entonces cuándo te encuentro de novo.

Pronto, le dije.

Pronto, castellana, me contestó él sonriendo, mientras encendía un cigarrillo, y volvía a echarse en la cama.

12

Cuando salgo de la pensión de João ya es de madrugada y las veredas están vacías, solo los malandras vagan a estas horas de la noche en la frontera. Llevan las manos en los bolsillos y la mirada de esa gente a la que ya no le sorprende nada. Lo mismo da. A veces el caño apunta a la cabeza de un hombre, otras a la de un perro rabioso, pero igual se camina sin apuro mirando por el rabillo del ojo a esta hora en la frontera. Son ojos de vidrio y de asfalto los que andan por la calle. Duros y filosos, cuando pasan y me miran puedo creer que desde hace unas horas yo tampoco tengo miedo. Me pregunto cuándo y dónde voy a encontrar a Emilio. Él también le pasó por arriba a un hombre muerto. Y no le disparó una sola vez, dicen que le dio con saña al negro, que se le acercó a la cabeza y terminó de vaciar el cartucho. Dicen, también, que la madre del negro muerto lo encontró por una cicatriz que le cruzaba la pierna. Las cicatrices siempre ayudan a reconocer a la gente.

13

La casa es chica y el corazón también.

Fue una de las primeras cosas que aprendí sin que nadie me lo enseñara, esas que una sabe aunque le lleve tiempo darse cuenta de que las sabe. Tan simple es que ni falta hace darse vuelta y mirar atrás para comprobar nada, está a la vista: el corazón fue y seguirá siendo mezquino y por eso mi madre repetía lo contrario.

¿Y si no, cómo se hacía? ¿Cómo se seguía con la vida de todos modos? Repetir una y otra vez todo lo opuesto a lo que en realidad estaba pasando no era cosa de locos. No, era parte del método para salir adelante.

Nada peor que la mentira, tu padre nos cuida, esta casa es nuestra, sola ya podés, pobres pero honrados, nuestro exilio fue económico, todo lo hacemos por vos.

Otro de los momentos necesarios de la familia era vislumbrar como cercano, como a la vuelta de la esquina, aquello que se anhelaba profundamente y sabíamos imposible: vacaciones en la playa, mudanza con cuarto propio, ropa nueva, mi carrera universitaria, y otros planes a futuro que de tanto enunciar se llegaba a pensar que eran posibles, que no solo se podía salir adelante sino que además se salía por la puerta grande. Imágenes que nos mantuvieron a flote hasta que la casa cambió de tamaño el día que ocupamos la del polaco muerto en la calle Montiel número 5749 en Villa Lugano, casi a punto de caerse del mapa pero todavía éramos parte de la capital, lindando a dos cuadras de la General Paz con la provincia. Para mi madre vivir en la capital era indispensable porque yo ya estaba en edad de escuela y ella porfiaba con que en la capital siempre habría más posibilidades para mí, y para mí ella quería lo mejor. Después de todo para eso había salido de la frontera, porque había que apuntar siempre más alto y yo iba a ser la mujer bala que saliera del cañón: Você mía fía, vai ser alguéin na vida, ¿sabe? Y yo asentía, sin saber y sabiendo que cuando ella tenía que darse fuerzas y tomarse a pecho lo que estaba diciendo, sentenciaba soberbia gesticulando con las manos, virando del español al portugués casi sin darse cuenta, como si tuviera todo un público espectador y no fuese solamente yo quien se paraba frente a ella y se llenaba de su bravura admirándola, creyendo cada palabra que profería.

Así fue que cuando empecé primer grado mi madre pidió una reunión con la directora para probarle que yo tranquilamente ya podía pasar a segundo. Que entendía el portugués perfecto pero que no lo

hablaba por vergüenza, que sabía casi todas las letras y escribía bastante bien. Las razones no fueron suficientes a los oídos de la directora y mi padre defendió el fallo de dejarme en primero durante un domingo en el que le explicó a mi madre que yo no pasaba del común denominador:

A gurisa é normalita, insistía él, não faz escândalo, muier, si tein más bunda que cabeza.

Mi padre se levantó de la mesa frotándome la cabeza con la mano y me guiñó un ojo. Pensaba que yo no entendía cuando él hablaba rápido. Pero yo estaba agradecida de que mi culo le ganara a mi cabeza porque ya había hecho amigos en primero y de ahí no me quería mover.

Sí, desde siempre supe que el corazón era mil veces más chico que la casa, pero cuando dejamos el ph de dos ambientes sin ventilación sobre la calle Miralla y nos fuimos a ocupar esa casa que tenía un terreno tan profundo como la manzana misma, llegué a pensar que si tener una casa así de grande había sido posible, entonces por qué no podría pasar que se ensanchara el corazón también y el amor entre nosotros creciera en igual proporción a los metros cuadrados que habíamos ganado con la ocupación de la calle Montiel. Quizá fuera posible. Si la casa crecía de tamaño, nosotros seríamos más felices, entrarían todos mis compañeros del grado cuando festejara mi cumpleaños, no solo los cuatro o cinco que se apretaban cada año alrededor de la mesa del ph. Descansaríamos bien los tres si la casa se agrandaba. Luego de la cena cada uno se iría a dormir a su propia habitación y yo dejaría el sofá-cama que preparábamos a pasos de la mesa donde acabábamos de comer, mis sábanas no olerían más a fritura, el sexo de mis padres sería solo de ellos y sus peleas también. Yo podría llorar sin que se me escuchara y tendría el espacio suficiente para correr lejos de mi padre cuando venía a castigarme con la hebilla del cinturón.

Pero por sobre todas las cosas, me animaba pensar que si la casa se agrandaba, Emilio iba a poder quedarse a vivir con nosotros y entonces los paseos y los cuentos de sus viajes por Brasil se repetirían cada vez que yo se lo pidiese. Cada vez que yo se lo pidiese, Emilio me enseñaría una nueva canción en portugués y cada madrugada que mi padre no volviera después de haber terminado su jornada, nosotras no estaríamos solas cuando los tiros en la villa de al lado nos hicieran cerrar la puerta con las dos trabas por miedo a que alguno, escapando, se quisiera meter.

Así decía mi padre, cerrá que se pueden meter. Pero fuimos nosotros los que terminamos metiéndonos en una casa que no era nuestra, aunque eso de que no era nuestra a mí me lo confirmaron mucho tiempo después.

La nueva casa que ocupamos era muy grande y pasaron muchas de las cosas que yo imaginé: tuve mi propio cuarto, a mis cumpleaños vinieron más amigos y si bien Emilio nunca se mudó del todo, cuando mi padre ya no volvió más a la casa, comenzó a quedarse a dormir con más frecuencia. Mi madre había hecho de todo para que mi padre no se fuera. Cuando salió a preguntar en el barrio si alguien sabía de algún trabajo que ella supiera hacer, la peruana de la esquina la llevó a una fábrica del Bajo Flores donde buscaban a alguien para la limpieza. Arrancó ese mismo día y con el primer sueldo se compró algo de ropa, se puso más linda, trató de darle celos con sus compañeros de trabajo, pero nada. Cuando mi padre se fue, Emilio comenzó a quedarse en casa para cuidarme por la mañana hasta que ella volvía del trabajo hediendo a lavandina y entonces él salía corriendo para el restaurante.

Al igual que yo, la casa había crecido de golpe. Quizá por eso el corazón de la familia no pudo soportarlo y entonces colapsó. Las desapariciones de mi padre terminaron en una retirada definitiva y aunque mi madre fue a buscarlo a Brasil, no consiguió traerlo de vuelta hacia nosotras. Sus nervios se fueron tensando hasta quebrarse por completo. Ella gritaba mi nombre desde la cocina para que me bajara del limonero del patio y le preparase urgente un té de tilo. Sus ataques se fueron volviendo más agudos a medida que las citaciones por usurpación iban llegando. Tuvimos que pagarle a un abogado para que nos representara y eso terminó de quebrarnos.

El amor no podía ser más grande, no. Ni bien nos convertimos en usurpadores, al corazón de la familia, que ya era chico, empezó a sobrarle casa por todos lados

Esa casa habría sido hermosa antes de que nosotros la usurpáramos. Pero quisimos hacerla nuestra a la fuerza y eso tuvo su precio.

Para entrar a la casa habíamos burlado sus muros, los ignoramos y saltamos a su interior para después poder entrar y salir cuando quisiéramos. Para ser sus dueños cortamos su maleza y la incendiamos, abrimos el baúl que había sido guardado en el fondo de la casa durante años, ocupamos los muebles con nuestra ropa, le quitamos el polvo y las telarañas aunque los bichos se quedaran escondidos reconstruyendo sus nidos dentro de las paredes. Luchamos contra la humedad hasta que nos acostumbramos a perder esa batalla, gritamos y saltamos entre las máquinas de carpintería, invitamos a los amigos de la cuadra para que las vieran, para que por fin conocieran el taller de ese viejo malhumorado que se había muerto hacía ya tantos años dejando una casa abandonada y sin herederos. El viejo era polaco y había vivido solo toda su vida fabricando muebles en el taller del fondo: camas y mesas con patas torneadas, aparadores y escritorios con persiana. Muebles de roble rojo laqueados en una casa

que se caía a pedazos. A nosotros esos muebles nos encantaban y los mostrábamos con orgullo cuando caía alguien de Rivera. Los cajones de la cómoda de mis padres eran tan grandes que yo podía jugar a sacar el último y meterme dentro, juntar las manos en forma de rezo y llamar a mi madre para que viniera a verme muerta como se había muerto el polaco. Ella me tironeaba de un brazo hasta sacarme y decía que eso era un pecado, que con la muerte no se jugaba, que de esa manera uno la estaba llamando. Los vecinos nos contaron más tarde los detalles: el carpintero se había muerto de un infarto cinco años antes de que nosotros entráramos a su casa. Mi madre no se cansaba de repetir que nosotros no le habíamos quitado la casa a nadie, que el viejo no tenía familiares en el país y de Polonia nadie había reclamado nada. ¿Y si en Polonia nunca se enteraron de su muerte? ¿Y si tenía a alguien que todavía lo estaba esperando? Cuando supe que éramos usurpadores, le pregunté a Emilio pero él razonó conmigo que si el viejo vivía solo era porque nadie lo había querido, y si nadie lo había querido era porque tan bueno el viejo no era.

En el barrio decían que se habían dado cuenta por el olor y las moscas y que, como en las películas, cuando entró la policía el cuerpo ya estaba descompuesto. No había podido llegar a la cama, decían, se había caído antes en el patio, cerca de lo que fue más tarde la habitación de mis padres.

Esa casa era hermosa antes de que nosotros la ocupáramos, sin embargo mi madre no pensaba lo mismo y se ensañaba con que la limpieza a fondo se hiciera todos los sábados sacando cada mueble, cada cama, cada adorno, pero por más que laváramos las cortinas y las paredes y las puertas, por más que se cocinaran guisos y asados y frituras, esa casa siempre tuvo el olor de antes de nosotros. Un olor a viruta mezclado con mugre vieja, un olor a colonia de hombre diluido entre la tierra y la lluvia.

14

La puerta de entrada está entreabierta. Escucho pasos que se arrastran a mi encuentro junto al ritmo de un bastón en su impacto contra el piso.

Quein anda ahí.

La puerta termina de abrirse y aparece la silueta de un viejo mulato recortada por la luz del patio que le pega en la espalda.

Estoy buscando habitación por una sola noche, que estoy de paso le digo.

El viejo se toma su tiempo para responder. No sé si es por la vejez o porque está calibrando cuánto de más va a cobrarme.

Cuánto cuesta una noche, insisto.

Cuarenta reais, larga por fin.

El viejo me manda pasar estirando el brazo. Cuando reclamo por el precio me dice que no voy a conseguir nada más barato en toda la frontera.

Este es um hospedáyeim respeitável, e isso aqui tein um preço.

Lo que dice es cierto, acaba de convencerme pero no por eso se la voy a hacer fácil. Me estira la mano.

Don Paulinho, e você.

Yo me presento. Él fija sus ojos en los míos. Sonríe. Le devuelvo la sonrisa, creo que finalmente nos caímos bien.

Le pregunto si no hay nadie más en el hotel y me dice que no, la temporada no ha comenzado. Yo me río, como si existiese la temporada alta en este lugar de mierda.

Con más razón, cuarenta reales me parece mucho fuera de temporada.

Al viejo no le gusta mi regateo. Se levanta los pantalones desde el cinturón con una mueca de disgusto.

É isso. Si gosta bem y sino também.

Entonces sigo buscando.

Doy unos pasos en dirección a la puerta, son dos segundos mientras el viejo me mide.

Ta bom, treinta y cinco.

Treinta.

Só si fica mínimo uma semana.

Listo.

Y tein que pagar adiantado.

Acepto.

Camino hacia él mientras voy sacando la billetera de la mochila.

Cuando llego frente a Don Paulinho le estiro la mano con el dinero justo.

Me dice que lo siga y entramos en el patio que comparten las tres únicas habitaciones de la pensión. Abre la puerta y comienza con la enumeración:

Tein cama bem limpinha, velador, armário, manta si faz frio de noite.

El viejo sigue hablando como si me estuviera presentando una suite ejecutiva.

Olia que bonitas as cortinas, comprei elas no Livramento, son bein noviñas.

De repente vuelve su cara hacia mí.

Está bien, Don Paulinho, no soy turista.

El viejo corta camino y va directo a lo que quiere saber desde que me vio llegar.

O qué que ta fazendo aquí.

Busco a alguien.

Él hace un silencio, se aparta un poco y me mira achicando los ojos.

A quein.

Le digo la verdad, tal vez hasta tenga suerte y el viejo pueda darme algún dato

A Emilio. Emilio Faura.

Pero Don Paulinho no dice nada, en cambio se acerca a la ventana y descorre la cortina de flores. Cruza las manos por la espalda, se queda mirando el limonero del patio.

Muita yeinchi anda se buscando aquí na frontera.

15

Dos meses después de haber entrado a la casa, mi padre me dijo la verdad.

Cuando me desperté ya era casi mediodía. La alarma del reloj estaba baja y yo pensé que la habría apagado medio dormida, sin darme cuenta. Agarré mi ropa doblada sobre la silla y me vestí lo más rápido que pude. La noche anterior mi madre me había pedido que dejara la cocina lavada pero no iba a llegar a tiempo a la escuela si me retrasaba con los platos. Hacía un mes que ella había empezado en la fábrica y a mí todavía me costaba arrancar el día sin ella. Yo me mareaba, repetía la lista de cosas que tenía que hacer antes de salir para la escuela pero siempre algo me faltaba: si no me olvidaba de la carpeta de dibujo, me ponía pollera cuando tenía gimnasia. Cuando mi padre volvía del trabajo en horario era más simple: me despertaba y se sentaba en silencio conmigo mientras yo tomaba la leche. Él controlaba la cantidad de pan que yo comía, me hacía limpiar las migas del mantel y lavar mi taza, cepillarme los dientes durante tres minutos controlados por reloj y mostrarle la sonrisa perfecta después de enjuagarme la boca con agua y bicarbonato de sodio. Me daba arcadas pero él decía que solo así iba a lograr tener los dientes más blancos. Después, mi padre se tiraba un rato a dormir mientras yo ordenaba la casa, hacía mi tarea y comía el almuerzo antes de salir para la escuela, cuando tenía que despertarlo para que me acompañara a la parada del ochenta. Eran solo un par de cuadras pero él insistía con que no era conveniente dejar a una nena de diez años andar sola por ahí.

Mujer tiene que aprender a andar sola, le decía mi madre, estás mal acostumbrando a la gurisa.

Está creciendo, queda muy vista, le contestaba él.

Lo que mi padre temía no era que me pasara algo en el camino a la parada del colectivo, sino el hecho de que en el barrio me vieran ir y venir varias veces en el día sin estar acompañada por alguien. Eso no era cosa de señoritas. Mi madre, cuando estábamos solas, lo corregía: nunca dependas de hombre. Hoy están, mañana no. Ya sos grande, sola podés.

Ese día yo estaba sola en casa, mi padre no había llegado del trabajo a pesar de que ya era casi mediodía, y los platos de la noche anterior estaban ahí amontonados, esperando que los lavara. Miré la hora, no llegaba por más que quisiera, los dejaría así y rezaría porque mi madre se retrasara al volver de la fábrica, así me daría tiempo de

limpiar todo a la vuelta. Abrí la mochila que hedía a mortadela y saqué el sándwiche de mi refrigerio del día anterior, lo guardé en el bolsillo del guardapolvo y cuando me acerqué al baño para lavarme los dientes y salir, escuché del otro lado de la puerta un sonido cavernoso. Lo reconocí enseguida, esos quejidos que salían de lo más adentro de su cuerpo y que me hacían sentir completamente desvalida era el llanto de mi madre.

Estás ahí, pregunté acercándome a la puerta del baño. Intenté abrirla pero ella le había pasado la traba. Por favor, abrime, má.

Empecé a empujar la puerta, ya sabía cómo hacer para que el gancho saltara. Al segundo empujón entré al baño con un envión contenido por la bañadera que tenía enfrente. Encontré a mi madre sentada en el inodoro, destrozada. Con una mano se sostenía la cabeza y en la otra mano, desvanecida entre sus piernas, tenía una carta. Me acerqué con cautela y empecé a interrogarla, despacio.

No, ninguno se murió, me contestó al fin.

Pasaban los minutos y mi madre no daba señales de recuperación, tampoco me explicaba nada, el aire dentro del baño era pesado y tuve el impulso de abrazarla, mi cuerpo quería acompañarla, arrodillarse al lado del inodoro y abrazarle las piernas, llorar junto con ella, decirle que yo estaba ahí, que estábamos juntas, pero al mismo tiempo me frenaba la rabia, yo no podía llorar ni tocarla aunque quisiese. Cada vez que la veía así, cada vez que yo estaba parada ahí frente a su llanto y ella actuaba como si yo no estuviese, como si verla en ese estado para mí no significara nada. Solo atiné a estirar el brazo.

Pasame la carta.

Ella obedeció sin decir una palabra. Ahora tenía las dos manos para agarrarse la cabeza que se le caía del cuerpo.

No fuiste a la fábrica.

No.

Y qué te dijeron.

Mentí que estaba enferma.

Hablarle de cualquier cosa hacía que mi madre se fuera tranquilizando de a poco.

Van a mandar un médico.

No me importa.

A pesar de esa fortaleza que yo me inventaba, su desinterés por las cosas que ella siempre había considerado importantes me daba más miedo que nada en el mundo, sin embargo le dije que se levantara de ahí, que ese no era lugar para encerrarse.

Mi madre me hizo caso y yo la acompañé a su pieza. Se recostó en la cama, le saqué los mocasines, las medias, y le puse dos almohadas debajo de los pies. No fuera que también le bajara la presión y se desmayara, cosa que le pasaba seguido, y mi padre, si no había vuelto

hasta esa hora, ya no llegaría hasta el día siguiente.

Me senté a su lado en la cama y empecé a leer en voz alta:

Por esta intimación se le concede un plazo de desalojo de treinta días…

Esa no era una carta normal como las que llegaban de Rivera escritas hasta en los márgenes, era una carta prolija, con letras mecanografiadas y una textura tan suave que no se parecía a ninguna de las cosas que formaban parte de nuestra casa.

Al escucharme leer, mi madre se despabiló de golpe y me arrancó la hoja de las manos

Es una carta-documento, dijo, nos quieren desalojar.

Ella se limpió los mocos pasándose la nariz por el brazo, dejando una estela plateada y asquerosa en la camisa turquesa que le habíamos regalado para el día de la madre.

Después se secó el llanto y se peinó hacia atrás con las dos manos levantándose muy resuelta de la cama.

Siempre era igual cuando le agarraban esos ataques, con un solo gesto desestimaba todo lo que yo había hecho, lo borraba o lo transformaba en otra cosa, ella ahora recompuesta como si nada hubiera pasado. Yo tenía que reubicarme rápido para que su enojo no pudiera recaer en mí.

Hermosa, frenética y sitiada, así la veía yo a mi madre cuando lo único que reinaba dentro de su cuerpo era la impotencia.

Salió del cuarto hacia el patio, me saqué el guardapolvo del colegio y decidí que me quedaría con ella. Yo la seguía, ella estaba buscando algo para hacer, requisando a su alrededor con esos ojos extraviados de quien se pasó del límite del llanto. Era una cuestión de segundos hasta que mi madre encontrara su objetivo.

Había divisado los canteros. Cayó arrodillada frente a los canteros del patio y empezó a sacar los yuyos que habían crecido entre los lazos de amor. Arrancaba las plantas con fuerza, estaban sujetas a la tierra hacía ya mucho tiempo, desde antes que nosotros hubiéramos entrado a la casa. Ella tironeaba con las dos manos, la tierra estaba seca por el verano y las raíces no aflojaban.

Me quedé parada detrás de ella, inútil. No podía tocarla, ni siquiera podía acercarme. Mi rabia del baño ahora había pasado a ella, que me rechazaba. Yo lo sabía, mi madre no soportaba que yo la viera llorar.

Fui hasta el baño, llené un balde de agua y se la eché a la tierra seca. Ella seguía en su tarea sin mirarme, empujando las plantas desde sus hojas como si fueran cabezas enterradas Algunas finalmente se iban rindiendo y salían de raíz. Ella las levantaba en el aire y las miraba satisfecha antes de arrojarlas a un costado.

Cuando terminé con el último balde, me fui para volver a poner las cosas en su lugar. Entonces ella me habló.

Gracias, ahora andá a hacer tu tarea.

No le contesté, hice lo que me dijo. Sumas, restas y la tabla del nueve, borraba, corregía y mientras me comía el sándwiche de mortadela pensaba en carta-documento y desalojo.

Mi madre siguió con sus cosas durante el resto del día, lavó ropa, sacó el polvo de los muebles, dio vuelta los colchones. Lo hizo todo vestida en camisón y en pantuflas. Estaba lista para meterse en la cama en cuanto alguien tocara el timbre. Y aunque de la fábrica no le mandaron al médico, ella cocinó unos fideos con tuco que comimos en silencio y se metió en la cama antes de que se hiciera de noche.

Cuando empezó a oscurecer, mi madre volvió a hablarme.

Ya estás pronta para dormir, me preguntó.

No.

Vení aquí y alcanzame mi monedero de arriba de la cómoda.

Mi madre revolvió con los dedos dentro del monedero hasta perder la paciencia. Lo dio vuelta arriba de la cama. Entre monedas y papeles encontró lo que quería. Agarró un cospel y una tarjeta con la insignia de Argensec.

Vas a la estación de servicio y llamás a este número que está acá abajo. Cuando te atiendan, pedís por tu padre y le decís que se venga para casa, enseguida, que estoy mal decile.

La estación de servicio quedaba a cuatro cuadras de nuestra casa sobre Guaminí, una calle arbolada y oscura que se iba iluminando a medida que llegaba a la estación. A una cuadra de ahí estaba el Supercoop y a esa hora la gente se apuraba por llegar a comprar lo que necesitaba al volver del trabajo. Cuando lo cerraron, la estación de servicio cerró también y esa parte del barrio se convirtió en un pequeño pueblo fantasma. Con o sin Supercoop yo detestaba ese lugar. El teléfono público estaba al fondo de un pasillo, al lado de los baños. El tubo olía a nafta mezclada con grasa de autos. Los hombres que atendían los servidores miraban de forma sombría bajo el ala de sus gorras, se reían obscenamente diciéndose cosas al oído. Ese teléfono nunca representaba nada bueno, cuando había que ir hasta la estación de servicio para hacer una llamada, era porque algo tan urgente como terrible había sucedido.

Mi padre llegó del trabajo cuando mi madre ya se había dormido. Al escucharlo entrar, lo llamé desde mi cuarto porque no lograba dormirme, pero él me dijo que esperara, que iba a hablar con mi madre primero.

No se va a despertar. Tomó las pastillas.

Mi padre resopló con fuerza cerrando los ojos y por primera vez lo vi cansado. El cansancio le ganaba al enojo, él no quería estar ahí, no quería volver a esa casa. Él había bajado los hombros y ahora se acercaba a mi cama para sentarse a mi lado y pedirme que le contara

exactamente lo que había pasado durante el día.

Yo le conté cada detalle de lo que ella había hecho, le dije que casi no me había dirigido la palabra. Yo quería hablar mal de mi madre, decirle que estaba loca, que ni se había dado cuenta de que yo había faltado a la escuela, sin embargo no pude hacerlo. Cuidé mis palabras, escondí lo que realmente sentía. Mi padre no podía escucharme, si lo hacía, iba a irse, la iba a dejar a ella y también a mí.

Cuando terminé de hablar, le pregunté qué decía la carta, por qué mi madre había llorado al leerla y él, sin ninguna sutileza, me dijo que nosotros éramos usurpadores. La casa a la que nos habíamos mudado no era nuestra ni de nadie. No la estábamos alquilando como a todas las demás. La plata ya no alcanzaba, la comida era más cara cada día y lo que pagábamos por el ph donde vivíamos había aumentado mucho también.

Pero desalojo, qué significa.

Mi padre me palmeó los cachetes forzando una sonrisa. Estaba perdiendo la paciencia. Significa que ahora nos quieren echar. Pero yo no lo voy a permitir.

Entre insultos dirigidos a Emilio por haber convencido a mi madre de esa locura, él insistió que ese era un problema que ellos iban a resolver. Que él se iba a encargar de mi madre ahora, que por eso había vuelto más temprano esa noche.

No tenés que preocuparte, acá los adultos somos nosotros, me dijo, ya dirigiéndose hacia su cuarto.

El beso de las buenas noches.

Se volvió para besarme y yo pude sentir ese olor dulce a perfume de mujer que él a veces traía entre la ropa.

Mañana vamos a entrenar, le pregunté.

Sí.

Mi padre llegó a la puerta y apagó la luz.

Ella no llora solo por la carta.

Mi padre se dio vuelta. En la oscuridad del cuarto no podía ver bien sus gestos aunque todo lo demás se respiraba en el aire. Debajo del marco de la puerta, percibí su vacilación de volver a acercarse a mi cama.

No lo hizo, se quedó ahí parado mirándome, midiendo cuánto podría saber yo de lo que estaba diciendo.

Lo que tu madre llore es problema de ella.

Ella me dijo que…

No quiero escuchar más pavadas.

Dormite. O vos también querés garrote.

16

El sol rabioso de la tarde me despierta boca arriba con el colchón mojado por la transpiración. Tengo puesta la misma bombacha con la que salí de Buenos Aires. Quisiera levantarme y darme una ducha de agua fría pero el cansancio es más fuerte.

Desde la ventana entra una melodía que reconozco y que me hace levantar de la cama para acercarme a la ventana. Con una voz afinada, Don Paulinho canta mientras riega el limonero.

Vou cantando bem sozinho até o rancho onde ela mora, mas se encontro seu marido segurinho vou embora.

Abro la puerta y salgo al patio cantando la parte que mejor recuerdo.

Contrabandista 'e frontera, oficio macho se sabe, que pan que niega el gobierno…

Don Paulinho sigue de espaldas, concentrado en el limonero.

A balazos igual se hace, remata el viejo.

Ahh, você coñece.

Sí.

Y cómo así.

Alguien me la enseñó.

O tal Emilio Faura, averigua el viejo.

Sí.

Ele é teu pai.

No.

Me llama la atención que haya recordado el nombre y me arrepiento de haberlo dicho. Quizás, otra vez, hablé de más.

Me miro las piernas desnudas, acabo de darme cuenta de que estoy en bombacha.

Un kilero es un fronterizo, es el que contrabandea de a kilo porque no le da el dinero para comprar más cantidad, me dijo Emilio esa tarde. Pero su carga tiene un peso que lo redobla, cada kilo que lleva le va a dar de comer a su familia, y este contrabandista de la canción se tirotea con la policía, lo agarran y va preso. Y lo más triste no es eso, mi amor, lo más triste es la forma en la que va cantando, enumerando la lista de todas las cosas que perdió en el tiroteo. Ese alimento que lleva ahí vale más que toda su vida.

Yo escuchaba a Emilio como quien escucha por primera vez una fábula.

De la comisaría va a salir, porque con los milicos siempre se

arregla, ellos se quedan con la mercadería y al otro día lo sueltan. Pero el kilero queda encerrado de todas formas, porque de pobre no se sale nunca.

La voz de Don Paulinho me llega desde lejos, interrogando.

En qué quedó pensando. Todavía não me diz si tu é castellana o brasilera.

Castellana, de Buenos Aires.

Entende bem o portugués.

Mais falo portuñol, le aclaro.

Si quizer podemos hablar en español. Yo sé fal-hablar muy bien español, se corrige el viejo acentuando las eses.

Don Paulinho se agacha y apoya la regadera en el piso junto al limonero, estirando el otro brazo para hacer equilibrio.

La castellana tiene pista alguna por donde empezar a buscar, pregunta.

No mucha, solo que anduvo por Rivera hace un mes y después cruzó al Brasil.

Não é mucho rastro, o Brasil é grande. Se ríe el viejo mientras me clava la mirada para adivinar lo que no le dije.

Algo es algo. Usted vive acá solo, no tiene familia, pregunto.

Ya no más.

No tuvo hijos.

Con las piernas separadas y poniendo las manos en jarras, Don Paulinho mira de pronto el suelo y después levanta la cabeza hacia el cielo recortado del patio.

A yeinchi está se preguntando mucho né, me dice achinando los ojos por la luz del sol que lo enceguece.

El viejo entendió el mensaje.

É, murmuro yo como única respuesta.

Cruzada de pies y brazos, apoyo la cabeza en el marco de la puerta y le sonrío.

Busque cuanto você quizer, onde você quizer, mas recuerde que me debe cien reais.

Enseguida me descruzo y lo apunto con la quijada.

Pero si yo ya le pagué.

Me deu un dinero falso.

Don Paulinho mete la mano en el bolsillo de su pantalón, se me acerca y estira la mano para pasarme dos billetes, que compare, me dice.

Y yo cómo sé que el falso se lo di yo y usted no me está mintiendo.

Tem que confiar, minina. Não gano nada perdiendo mi único hospede aquí.

El viejo tiene razón.

Há mucho estafador na línea, você cambió ahí.

Sí, ahí.

No tein yeito volver pra reclamar, eles tein arreglo com a polícia.

A mí me va a aceptar, fique seguro que a mí me va a aceptar.

El viejo sigue maldiciendo a los cambistas, a la frontera abierta, la línea del demonio la llama él. Lo dejo hablando solo y entro a la pieza a buscar mi plata, reviso el bolso hasta dar con la billetera, João me dio más de un billete falso.

Siento cómo me late la sangre dentro del cuerpo, cómo sube hasta la garganta y se anuda ahí frenando la circulación hasta la cabeza, no puedo pensar de la bronca. Desde que salí de Buenos Aires que no me pasa esto, porque con los clientes era una fija. Y con la gente de la cocina cuando se ensañaban conmigo por no dejar el porcentaje real de lo que había hecho en propinas durante la noche. No se lo merecían. Era yo la que había puesto el cuerpo ahí, la sonrisa, la amabilidad, servir por la derecha, retirar por la izquierda, barrer las migas del mantel, rellenar la bebida apenas bajara el nivel de la copa. Todo antes de que me lo solicitaran. Sean bienvenidos, esta noche yo voy a servirles, perfume neutro del desodorante para que al levantar mi brazo no invadiera la mesa ese otro olor que no es el de ellos y el de su cena elegida, el pelo bien estirado en una cola de caballo que me despejara la frente. Sí comonó. Ya se lo caliento, no hay ningún problema. Pero siempre es un problema entrar a la cocina para cambiar un plato que salió mal, o calentar otro que se enfrió mientras ellos charlan sin importarles que la comida se enfríe. Siempre es un problema decirle a la cocina que algo hicieron mal, que la comida que prepararon al cliente no le gustó. La cocina te putea, el ayudante del chef te dice que se lo pidas a él, al encargado. Ese, el que te lo calienta más rápido, y entonces todos se ríen y vos tenés que poner la mejor cara, hacerte la desentendida mientras esperás ahí, frente a la burla de todos hasta que el plato vuelve a tus manos para que se lo lleves a otro.

Agarro un billete de cien y cuando me vuelvo para dárselo, Don Paulinho ya está en la puerta estirándome la mano.

Acá tiene, tome este, creo que es verdadero.

É, agora sí.

Cierro la puerta de mi pieza de un golpe y le paso llave.

No adianta castellana, ni se amargue. Va a salir a buscar.

Sí, ahora mismo.

Me faz un favor, pode pasar por el correio a dejar umas cartas.

No entiendo cómo me puede pedir un favor en este momento.

No, ahora no puedo, le grito mientras me pongo los pantalones, mañana tal vez.

Del fondo del bolso saco la servilleta con las iniciales del restaurante bordadas en dorado. La desenvuelvo, agarro el cuchillo de

deshuesar pollos y me lo calzo con la vaina atrás del pantalón.

17

La mañana de la maratón interescuelas mis padres salieron juntos de casa muy temprano, todavía no había amanecido y mis zapatillas, la remera y los shorts que iba a usar para correr ya estaban sobre la silla cuando me desperté. Mi madre lo había dejado todo listo la noche anterior, cuando después de la cena se sentó a bordar mi nombre sobre la remera blanca aunque en la escuela no lo hubiesen especificado. Se tiene que ver tu nombre bien derechito, me dijo, tienen que saber quién sos cuando llegues primero que nadie. Yo sabía que no iba a llegar primera, ni segunda, ni tercera. Me cansaba rápido y era retacona, ya me lo había dicho mi padre, como también había sentenciado que aunque no ganara igual tenía que hacer el esfuerzo. Decía que a la voluntad se la forjaba así, sabiendo que lo más probable era la derrota. Mi padre estaba entrenando conmigo su propia voluntad, y por eso el único tiempo que me dedicaba era el del entrenamiento, no importaba qué hubiera pasado la noche anterior, mudanzas, discusiones o cartas-documento. Él me llevaba a correr todos sus días francos sin excepciones. Por eso no me llamó la atención cuando mi madre me explicó que ninguno de los dos iba a poder ir a verme. Para mí estaba claro, no querían verme perder. Tenemos algo muy importante que hacer, me dijo. Eso sí me había extrañado, que salieran a la misma hora, en una misma dirección solo ellos dos. Pocas veces había visto a mis padres hacer algo solos y juntos. La carta-documento había traído nuevas discusiones pero también nuevos momentos de conversación, se quedaban hasta tarde hablando sobre qué hacer en caso de que nos quedáramos en la calle. Fue la tregua que los unió por un rato, el enemigo común contra quien salir a luchar.

La maratón largaba a las diez de la mañana y como quedaba cerca, salimos alumnos y profesores caminando desde la escuela. Íbamos a correr un circuito de cinco kilómetros en la granja educativa que estaba al lado del Autódromo. Los padres y los maestros de otras escuelas iban bajando de los micros escolares con las banderas que los representaban, había un clima de competencia que yo nunca había vivido y que me excitaba tanto como me angustiaba, pensar en toda esa gente mirándome correr con la lengua afuera. De mi grado éramos cinco los que corríamos y yo era la única de las nenas que se había anotado. Sebastián Sánchez estaba ahí, además de ser el más rápido del grado era el chico que me gustaba. Su padre era gordo, rubio, y trabajaba como baterista de una banda de rock que justificaba esos

anteojos negros a cualquier hora del día. Su madre, en cambio, era tan flaca como trabajadora. No le importaba que él durmiera toda la temporada entre concierto y concierto, que tocara en bares sucios de Floresta o que se bañara poco. Se la veía siempre enamorada, hablando de él como si fuera una estrella internacional. Sebastián se parecía al padre pero con la flacura de la madre y a veces jugaba al ajedrez solo, en el piso de la sala de música durante las horas de los recreos. Yo nunca le había hablado mucho, quería más bien pasar desapercibida a sus ojos, que no se diera cuenta de que yo tenía más bunda que cabeza. No podía creer la suerte que había tenido hasta entonces de no ser el centro de las burlas del grado. Había otra nena de la que se reían, a mí no me habían notado, en eso consistía mi destreza, pasar desapercibida hasta desaparecer. Sebastián, aparte de gustarme, me provocaba una silenciosa admiración. Cuando supe que iba a correr conmigo, quise bajarme de la maratón pero fue el preciso momento en el que mi padre comenzó con eso de la voluntad. Creía que me daba miedo perder y yo no le podía explicar que lo que me daba miedo era la posibilidad de que Sebastián Sánchez se diera cuenta de que yo existía.

Me busqué un árbol apartado y me puse a hacer el precalentamiento llevando el talón a la cola como mi padre me había enseñado: cuidando al mismo tiempo que no se me subiera la remera y se me viera la panza asomando por esa ventana.

Ya te dieron el número.

Era la voz de Sebastián, estaba atrás de mí. Bajé la pierna de golpe y le pegué en la rodilla. Cuando me di vuelta, lo vi agachado agarrándose del dolor.

Perdoname… no te vi.

Sos una bruta.

Yo casi estaba feliz porque me hubiera dicho bruta en vez de gorda de mierda. Le sonreí.

De qué te reís.

De nada. Estás bien, perdoname.

Sebastián se levantó y leyó mi nombre bordado en la remera.

No necesitás tu nombre, necesitás un número. En esa fila los reparten.

Gracias.

Gracias de qué.

Por avisarme.

Me dijeron que les avisara a todos.

Sebastián se dio media vuelta y se fue en dirección a otro compañero maratonista que estaba precalentando con el padre. Me quedé observando la escena de aquel hombre que le daba indicaciones a su hijo mientras le masajeaba las piernas. La madre, a un costado,

afirmaba con la cabeza y le cebaba mates al hombre. Que no se apurara de entrada, que largara tranquilo y le metiera más fuerte de la mitad para adelante. Yo escuchaba y anotaba esos consejos cuando una voz familiar me distrajo.

Pretinha.

Era Emilio. Venía corriendo del lado de la entrada y yo hice lo mismo, bajé el terraplén a toda velocidad para ir a su encuentro. Nos abrazamos en un choque, él olía a alcohol y a cigarrillo, me pinchaba su barba en el cuello, y a pesar de su imagen desaliñada, me sentía orgullosa de que fuera él quien me acompañase ese día.

Cómo sabías.

Eu sei tudu, minina.

En serio.

Yansã, fue ella que me dijo.

Lo entendí enseguida, mi madre lo mandaba de emisario desde que trabajaba en la fábrica, cada vez que había acto en la escuela era Emilio el que estaba ahí, buscándome con la mirada entre los otros padres.

Tome, póngase esto.

Emilio se arrodilló frente a mí y me puso un collar de cuentas tricolor que acababa de sacarse del cuello.

Vas a ver cómo te ayuda.

De atrás de Emilio salió una mujer con tacos y una sonrisa muy blanca que se acercó para saludarme. Me besó en el cachete y me dijo al oído:

Epaieio, dile así cuando necesites más fuerza.

Tenía un acento que no era el de mi familia, no era portugués ni uruguayo ni español, llevaba el olor al cuerpo de Emilio y tenía puestas unas calzas negras brillosas que resaltaban todavía más en medio de los pastos secos de esa granja educativa. La miré de arriba abajo y después le eché una mirada interrogadora a Emilio. Es una amiga, me dijo. Ella lo agarró de la mano y se sonrió, después se dirigió a mí:

Acuérdate, epaieio.

…

Vamos, dilo.

Epaieio, repetí sin ganas.

Emilio me dijo que me estarían esperando en la llegada, que eso era lo único importante: llegar. Me quedé en silencio. ¿Comprende?, insistió él. Asentí con la cabeza, todavía no había arrancado la carrera y yo ya me sentía devastada. Antes de volverme a la fila de los números, le pregunté dónde habían ido mis padres esa mañana. Él dudó un poco y la miró a la amiga como pidiéndole algún tipo de aprobación. Ella, que nunca había dejado de sonreír, le confirmó con

la cabeza. Emilio contestó al fin:

A pedirle a Yansã, ella va a ayudarlos con la casa.

Cuando dieron la largada yo ya no pensaba ni en Sebastián Sánchez, ni en mi padre, ni en la carta-documento. Iba corriendo por un sendero delimitado con cinta de plástico roja y blanca y que decía peligro, llevaba el número treinta y cuatro prendido con alfiler de gancho sobre mi nombre bordado en azul, y debajo de mi nombre ahora colgaba ese collar de cuentas, Yansã, Yansã, epaieio, yo corría y respiraba en dos tiempos, en dos tiempos largaba el aire pero de todas formas el aire no me alcanzaba a mí, Yansã, Yansã, epaieio, y allá adelante vi que el camino marcaba una subida, pasé por el corral de las gallinas, había muchas, ellas picoteaban el suelo reseco y yo, que nunca transpiraba, comencé a sudar frío, las gallinas marrones manchadas de blanco, las crestas rojas colgando de los pescuezos, las gallinas no le pedían a nadie, solo confiaban en que picoteando el polvo se alimentarían, Yansã, Yansã, epaieio, el recuerdo se clavó como una estaca a mitad del camino. Yansã pedía gallinas para sacrificio, yo las había visto aquella vez que mi madre me llevó al terreiro, ya estaba a mitad de camino, justo donde empezaba el ascenso, es cuando hay que meterle más fuerte aconsejaba el hombre. Yo me quedé afuera de la ceremonia junto a las gallinas, mi madre me había dicho que era mejor no entrar con ella, traté de ganar velocidad pero el camino parecía alejarse, los cantos de la ronda salían hasta el corral y las gallinas se alborotaban, mi madre también cantaba, yo podía diferenciar su voz entre todas las voces. Ahora las gallinas vivían más tranquilas dando pasos cortos, estirando el cogote, pico en la tierra hasta alcanzar alguna cosa, Yansã Yansã yo seguía repitiendo, el aire demasiado poco, la puntada en las costillas, ya no se podía subir aunque me alargaran las piernas con tenazas, el golpe seco, mi cabeza rebotando contra el piso y ahora las topper azules de Sebastián Sánchez que me preguntaban ¿estás bien? ¡levantate que venís bien! me hubiese gustado verle la cara pero yo no podía ni alzar los ojos, llegaron entonces más zapatillas y otras voces que gritaban sigan corriendo, llamen a los padres, un médico, las topper de Sebastián Sánchez se fueron, vinieron otras, y yo no pude hablar hasta que vi la cara de Emilio que no me hablaba desde arriba, se había tirado al piso, estábamos frente a frente, Pretinha, pretinha acá estoy contigo, y cuando Emilio me agarró la mano, con el recorte del cielo, del gallinero, y de los árboles secos detrás de él, sentí que el aire me volvía a entrar al cuerpo. Llevame a casa, Emilio, le pedí, y entonces él no esperó a mis padres ni al médico ni a la profesora de gimnasia, me alzó en sus brazos y emprendió el camino hacia la puerta de entrada a la granja. Emilio, cariño, se escuchó detrás de nosotros.

18

Subo la calle en pendiente con la espalda encorvada, como el resto de la gente que va para La Línea. La frontera está que arde: gente que se cruza, se choca, se saluda, compra, paga abriendo las carteras, metiendo sus manos en los bolsillos propios y ajenos. Una combi estaciona frente a un free shop y los pasajeros bajan a empujones como si hubieran estado metidos a presión. Por último, un hombre mayor, el único que baja con cuidado. Se queda frente a la puerta de la combi con un saco blanco de mujer que le cuelga del brazo. Estira la mano libre, esperando a que alguien se apoye en él para bajar.

El hombre es tan impecable. Me quedo para mirar de arriba abajo a esa dama venida a menos. Seguro que ahora tiene que llegar hasta la frontera para comprar lo que antes conseguía entre aeropuerto y aeropuerto. Pero la que asoma no es una dama sino una mujer que bien podría ser la hija, o la nieta, si no fuera porque al pisar la vereda se agarra del brazo del hombre y un segundo después se está colgando de su cuello y besándolo en la boca. No debe tener más de quince años. Le dice algo al oído, el viejo sonríe y la agarra por la cintura mientras ella se pone sobre los hombros ese hermoso saquito blanco con tanto descuido que se le cae a la calle y ni se da cuenta.

Yo espero a que se vayan para hacerme del saco mientras el guía de la combi, con acento carioca, alcanza a gritarles que tienen una hora para hacer compras y que después se encuentran en ese mismo punto para seguir viaje. Nadie lo escucha, en un instante los pasajeros desaparecen tras las puertas de los free shops.

Doy el primer paso adelante pero el guía levanta el saquito primero. Es un hombre joven, mira al chofer que también está bajando para descansar las piernas y huele la prenda aspirando su perfume con cara de bobo, después se lo pasa al chofer para que lo guarde dentro de la combi. Los dos se ríen mientras la multitud en las calles entra y sale de los locales libres de impuestos para comprar y llevarse todo a casa. Aunque el viejo y la chica caminan a otro ritmo, ella se mueve respetando la lentitud de los pasos de él, lo mira de reojo y sus alianzas brillan al son de la frontera. Y nadie se escandaliza, acá ni siquiera se nota esa unión tan despareja, acá se viene a comprar de a cinco botellas de whisky y un mínimo de tres nuevas fragancias de perfumes importados. Hay de todo para vender a ambos lados de la línea: plasmas, bicicletas, relojes, sábanas de seda hechas en China, cubiertos, perlas, paraguas con el mango terminado en patito, sandalias italianas, churrasqueras, caipiriña del nordeste y baliñas de

coco, mates de porongo, de plata, y de palo santo traído de Argentina, rouge, bombachas y ropa de sirvientas, caramelos ácidos importados de Bulgaria, celulares y computadoras del tamaño de un libro. Pero de todo esto, lo que más se vende es el whisky y los perfumes. Y las putas, claro. Los viajantes siempre le suman una noche más a estos viajes de consumo.

Los cambistas se apuran a llegar a las puertas de los negocios para ofrecer un mejor cambio. Recostada sobre la pared, a una distancia prudente de la entrada al free shop, yo busco a João entre el gentío. Visualizo algunas caras de ayer pero él no aparece. Si se arma lío demasiado cerca de estas tiendas, la policía cae al instante y esa no es la idea. Yo solo quiero que me devuelva la plata.

El viejo de la combi se paró a cambiar con uno que acaba de convencerlo. Es uno de los cambistas que estaba ayer con João. Cuando me acerco y le pregunto si lo vio hoy en La Línea, me mira de arriba abajo.

No está acá, no vino hoy a trabajar, me dice.

Sabés dónde lo puedo encontrar.

Tú estuviste con él ayer, no es, seguro que sabés bien dónde para Joanciño.

La chica sigue prendida del brazo de su marido y adelanta la cabeza para mirarme. El viejo no, está contando los billetes que acaban de cambiarle. Me acerco y apoyo la mano sobre el hombro del viejo que se vuelve hacia mí mientras la chica se inquieta.

Cuidado, estos son todos ladrones, le digo señalando al cambista.

El viejo deja de contar y me mira.

A mí me robaron ayer, revise bien la plata que le dieron.

Me doy vuelta y encaro tranquila para la avenida. Voy a cruzar a Brasil, la pensión de João está acá nomás, del otro lado de la frontera.

Los insultos del cambista me llegan por la espalda. Fía da puta me dice, después lo repite en español y me causa gracia. Será para que pueda entender, como si hiciera falta. Nada más sosegante que enfurecer a un hombre con palabras. Camino mientras él sigue insultando, pero todo el resto de lo que me grita se va disolviendo entre los cuerpos de la gente que pasa.

19

Mi madre había querido quemar todo cuando se instalaron en Buenos Aires, porque en una valija con doble forro él había guardado documentos de la Marina. Los había traído de contrabando por si algún día los necesitaba para probar o borrar quién era, quién había sido, qué había hecho. Pero ella le decía que lo mejor era quemar aquello, que ahora ellos eran un doble blanco: desertores para los milicos y milicos para los tupas. Mi padre estaba de acuerdo aunque no coincidió con quemarlos, siempre pensó que el entierro era una cosa mejor que la quema.

La tierra es menos pamentera, decía.

Lo que se entierra sobrevive, retrucaba mi madre.

Él insistía con que el humo levantaba más sospechas. Él iba a encargarse de enterrarlos, esos papeles le pertenecían y aunque tenerlos en la casa los comprometía a los dos, ella ni siquiera sabía lo que ahí estaba escrito.

Mi padre se equivocaba. Mi madre había visto todo. Los planos de las casas, las fotos de los cuerpos, trozados por la cámara en planos diferentes, con los nombres debajo y el código que refería a cada operativo. Era un rompecabezas que se sabía de memoria, que aprendió a armar a escondidas, cuando él no estaba dentro de la casa. Al principio miraba todo con horror, lloraba y se secaba las lágrimas cuidando de no manchar ningún documento. Pero con el tiempo, buscar entre esos papeles se le fue haciendo una manía. Era su forma de conocerlo, de probar al mismo tiempo cuán grande era su amor por él y poder perdonarlo. Ella, mientras memorizaba entre los papeles todo el espanto, se unía a él haciéndose cómplice y así lo elegía. Había decidido tomar parte de esa forma.

A los pocos días todo estuvo bajo tierra. Y mi madre colaboró enterrando las revistas tupamaras que les aparecían por debajo de la puerta. Llegaban una vez por mes dentro de sobres de papel madera sin remitente. Leerlo y pasarlo, decía la única indicación dentro de las revistas. Me la quieren contar a mí, comentaba mi padre ofendido por lo que denunciaban esas páginas. Y en las cantinas, cuando se juntaban con los otros uruguayos de la fábrica, jamás se hablaba de los sobres. Nadie sabía quién se lo pasaba a quién y después del entierro, la cadena se cortó en ellos.

Cuando le preguntaban, mi padre decía que había sido gastronómico. Bromeaba con que el último tiempo había estado friendo cornalitos en el Mercado del Puerto. Mejor si los veían como

exiliados, decía él, y mi madre aseguraba que lo habían sido:

Nosotros, muchacha, nosotros nos fuimos porque no aguantábamos más aquello.

«Aquello» era una de las palabras favoritas de mi madre. «Aquello» variaba de significado pero siempre se lo emparentaba con un dolor que no podía nombrar, sin importar el peso de cada cosa. Aquello fue una palabra impune en la boca de mi madre, que con el tiempo y la distancia pude comenzar a traducir. Esa sintaxis suya para negar y para cubrir. Aquello podía significar cuando mi padre chupaba a alguien, como una deuda grande de dinero. Podía apuntar a los cuernos que él le metía, o al mal de ojo que le tiraban las vecinas al verla salir del brazo de su marido, tan buen mozo, tan buen padre.

La diferencia entre los dos era que él no hablaba. Fue mi madre la que, a escondidas de él, se encargó de contar la historia. De contármela a mí, para después prohibirme que la repitiera. Ella se encargó de recortar y ocultar, afirmar y negar cualquier tipo de culpa. Ella estaba ahí para interpretar su silencio y ponerle sus propias palabras. Sin embargo, cada tanto había algo que le quedaba mal escondido, algún dato dentro de la historia que, de tanto repetirlo, comenzaba a mostrar la falla.

Esa noche fue la primera vez que mi padre abrió la boca de más, unos meses antes de que abandonara la casa para siempre. Aunque trató de ocultarlo, mi madre sintió que él estaba traicionando todos esos años que ella había invertido en ser su cómplice.

Estábamos los tres cenando en la cocina, el televisor frente a nosotros nos iluminaba las caras de manera intermitente. En el noticiero apareció el primer milico arrepentido, era un reportaje donde el militar, ya sin uniforme, relataba cómo se habían llevado a cabo los vuelos de la muerte. Mi madre se apuró a llegar al control remoto y apagó el televisor pero ya era tarde. Mi padre había comenzado a hablar continuando la voz del hombre que se hacía un punto blanco hasta desaparecer de la pantalla.

Lo habían traído hacía poco, yo lo cuidaba a cara descubierta, hablábamos de todo y el tupa me decía, trataba de convencerme, tenían mucha gente adentro, ellos. El tupa me decía que yo estaba más de su lado, que yo era un obrero también. Yo lo escuchaba pero no le decía nada, solo a veces le contestaba al tipo. Le contestaba que no, que yo estaba de la vereda de enfrente. Todavía me acuerdo su nombre pero claro, yo era un chiquilín y el tipo me hablaba mucho, era más grande y se notaba que tenía educación, sabía hablar, tenía labia, todos los zurdos tienen labia, los dejás un segundo y te convencen. Y vas a ver que cuando todo esto termine, hermano, me decía así, vas a ver hermanito que cuando esto termine, vos y yo vamos a sentarnos un día y vamos a tomarnos un café juntos. Que no,

yo le dije que no, que cuando él saliera, si es que salía, él iba a ser otra persona y de esa nueva persona que él iba a ser, ya no se regresaba más. Le dije que yo, para él, siempre estaría del otro lado. Eso se lo repetí, se lo dije muchas veces, pero ese era un tipo muy inteligente y se daba cuenta de todo, presentía el miedo, el lugar por donde entrarte. Y este lo que tenía era que, cuando me hablaba, todo el tiempo sonreía, con una tranquilidad que yo le envidiaba. Y pasó nomás, un día me lo encontré, ya era democracia, fue una de las veces que me crucé a trabajar a Montevideo, acá no había nada. Yo estaba en el ómnibus y me había sentado al fondo. De Malvín a Unión iba yo, había agarrado como oficial de albañil, venía molido de cansado, un trabajo en altura, todo el día al sol. Me senté al fondo para tener el panorama a la vista, la costumbre. Entre el traqueteo y el calor de la noche, ya empezaba a quedarme dormido cuando ahí nomás el hombre a mi lado me empieza a mirar. Sus ojos me despiertan. Me pongo a vigilarlo de reojo, sin torcer mucho la cabeza. Yo a vos te conozco, me dijo. Escuché su voz y se me pusieron los pelos de punta, se me vino la cara, el nombre, lo que le hicimos ahí adentro de la celda. Se me vino el frío, él estaba desnudo y yo, aunque estuviese vestido, me cagaba de frío. Yo no, volví a decirle. Era la segunda vez en la vida que el tipo me afirmaba algo y yo que se lo negaba. Yo no sé quién sos, le dije. Ahí mismo me levanté y antes de que el chofer terminara de abrir la puerta yo ya estaba abajo, no corrí, no hay que correr. Aproveché el centro comercial y solo caminé, en zigzag, no hay que correr, nunca hay que correr, doblé en la primera esquina, me metí en una galería que salía a otra calle, caminé como si me estuviera siguiendo, porque yo lo que pensaba era eso, que el tupa me seguía, y cada vez que me daba vuelta para mirar me parecía verlo en todas las personas, su cara se multiplicaba y me sonreía, así, como sonreía él. En cuanto pude me resguardé atrás de un muro, era un baldío. Y lo esperé ahí, yo estaba desarmado, era la primera vez que me perseguían y yo estaba desarmado. Me agaché y agarré una piedra grande, punta afilada, con esto lo corto todo a este hijo de puta, pensé, pero esperé un rato y no sé cuánto tiempo pasó. El tipo no se había bajado, a mí me había parecido pero no. Y si se bajó, yo lo cagué porque no me pudo alcanzar. Yo era bueno en eso, a mí no me alcanzaban nunca, yo era bueno.

Mi padre se detuvo, volvió en sí. Mi madre se levantó de la silla y volvió a prender la tele, el noticiero había ido a una pausa y nosotras volvimos los ojos a la pantalla, a escuchar la propaganda de la margarina para untar y vimos cómo la nena rubia saltaba la cuerda. Nos quedamos calladas hasta que mi padre volvió a mirarnos como preguntándonos algo pero el noticiero arrancó otra vez cambiando de tema y él entonces también miró la pantalla.

Mi madre abrió el horno y sacó la asadera caliente con un repasador envuelto en la mano. Con cuidado de no quemarse, traspasó todo a una bandeja que quedó repleta de empanadas de carne.

Están riquísimas, coman.

Ella siempre nos ayudaba a callar. O era con la comida o se dedicaba a rellenar el silencio hablando sin parar. Cuando se le acababan los temas seguía con sus pensamientos, enumeraba lo que pensaba de cada cosa, de la vecina, de los precios, de la última carta-documento, de la necesidad de que mi padre pintara el techo, de la tarea que yo no había hecho, que si la ropa iba a secarse con semejante humedad, de los tomates podridos que le metía el boliviano de la feria. Pasaba de un tema a otro con total naturalidad, la misma con la que la escuchábamos nosotros. No nos parecía una locura que saltara así de suelta y rítmica, del tema de la casita que había quedado libre en la villa veinte —en caso de desalojo siempre podíamos pensar en la villa, por un tiempo, claro— y de ahí a la última que se había mandado Emilio en La Rosa Negra, ese restaurante de San Isidro donde había alcanzado el tiempo récord de trabajar durante más de cuatro meses sin renunciar ni ser despedido.

Ella hablaba, yo la miraba y mi padre asentía con la cabeza.

No te parece, papi, le preguntaba ella.

Ajá, murmuraba él con la boca llena.

Mi madre era una excelente cocinera.

Esa noche ella no pudo decir nada aunque hubiera querido hacerlo, hubiera querido tapar ese silencio con todos los trapos de la cocina. Ensayó algunos comentarios, detalló tres o cuatro de las acciones que estaba haciendo. Ahora las vuelvo a poner en el horno que todavía está calentito, para que no se enfríen tanto. Después, preparo un mate, un buen amargo, y a la cama.

Esa noche su voz no produjo ningún eco, era más bien un sonido astillado y sin continuidad que se fue rindiendo hasta apagarse por completo. Por primera vez, vi cómo mi madre capitulaba y nadie hacía nada para salvarla.

Ya a la cama, ordenó, reprochándome con la mirada el hecho de que yo hubiese estado ahí para escucharlo todo.

El silencio sobre la mesa revelaba una verdad tan irreversible que no era posible llenarlo de palabras. Ni siquiera ella pudo hacerlo, no pudo evitar, y era esto lo que más la aturdía, que yo me diera cuenta: ella, su mujer, sabía bien quién era ese hombre. Mi madre finalmente se calló, cruzó los brazos, y se quedó apoyada contra el marco de la puerta de la cocina.

20

Escucho unos pasos bajando por la escalera de la pensión y antes de verlo ya sé que es João. Lo sé cuando lo primero que veo son esos zapatos gastados y el mismo pantalón de franela de ayer. Me paro en el último escalón.

Qué sorpresa, castellana, uma bonita sorpresa, me dice inclinando la cabeza de lado.

Pronto, pronto querías volver a verme. Eso dijiste, no, le contesto mientras me llevo la mano a la espalda y agarro el mango del cuchillo.

A João se le borra la sonrisa y retrocede un escalón.

Pues acá estoy. Dame mi plata ahora y yo me voy.

Él se lleva una mano a la entrepierna y se sostiene el bulto.

Qué plata, moza. Não foi grátis ontem, pregunta.

No le contesto. No me ofende lo que dice, lo de ayer estuvo bien y me gustó. Cuando lo veo así parado delante de mí pienso en que repetiría si me devolviera la plata y dejáramos en claro las reglas del juego. Ahora solo quiero mis cien reales, pero sobre todo quiero que se dé cuenta de qué tipo de mujer tiene enfrente.

Subo un escalón, y otro, y otro más. Él va retrocediendo a la par, y aunque parece divertirle esta persecución en cámara lenta, no le saca los ojos de encima a la mano que sostiene el cuchillo.

Ya a esta altura, exagero un poco la bronca.

Sos un puerco, João. Dame el dinero que me cagaste ahora mismo y no me ves más la cara.

Não é isso o que eu quero, moziña.

Pues no parece.

Cuento los escalones que me faltan, él sigue retrocediendo hasta llegar a la puerta de su habitación.

Vein, entra. Vamos a hablar solos.

No pienso entrar ahí. Dame la plata, cagón.

Eeeh, tranquila, lindiña, não gostó do meu palacio.

Desenfundo el cuchillo y se lo acerco a la panza. João aprovecha para sacármelo de la mano cuando yo vuelvo la cabeza por el ruido de la puerta vecina.

Una señora está saliendo con dos nenas de la mano. Es la mujer de ayer pero ahora parece atareada cerrando la puerta con llave, lleva mochilas y bolsas que le cuelgan del brazo. Las nenas deben tener entre cinco y seis años. Van vestidas para la escuela, el pelo estirado impecable en una colita por la que cae un lazo rosa que se mezcla entre la mota. Las nenas me saludan educadas, desentonan con este

edificio sucio.

Bom día, João, não vai hoje pra línea, le pregunta la mujer mientras me observa.

João me pasa el brazo sobre el hombro y pega su cuerpo contra la puerta escondiendo el cuchillo.

Não, a minha namorada não se sente bien.

Yo asiento con la cabeza y tanteo la puerta de João. Está abierta.

Parabéns, João, Eu te disse. Deus ama a todos seus filhos, la mujer me mira y sonríe, se le ilumina la cara. Era hora, é linda a tua namorada.

Disculpa, bom día, le digo y camino hacia la puerta de João.

Mientras sigue hablando con la vecina evangélica, João deja caer la camisa echando los hombros hacia atrás. Cubre con ella el cuchillo mientras le explica que yo comí algo envenenado y ahora estoy con un dolor tremendo de panza y por eso vine a buscarlo. Y tiene que cuidarme, por eso no puede quedarse charlando, pero qué bueno verla. La mujer no se da por vencida y le pide que espere un segundo solamente, que tiene algo para él y le estira un folleto que habla del fin de los tiempos. Le pregunta a João si sabe lo que significa el Armagedón y él le dice que sí, que sí sabe aunque no tenga ni idea.

Las nenas se impacientan porque no quieren llegar tarde a la escuela, la madre las tranquiliza, que tienen tiempo, dice y le habla a João sobre el tiempo de dios.

Intento cerrar la puerta apenas entro pero João me la traba con un pie, que la deje así, dice levantando la voz, que quiere saber si preciso algo. Se pone nervioso, la mujer no lo suelta. Reviso la billetera que está arriba de la cama. No tiene nada, abro su cajón de la mesa de luz, la vecina me está mirando, le sonrío mientras agarro tres billetes de cien y me los guardo.

Con esto me alcanza, amor, le digo a João levantando la voz para que la señora me escuche.

Ya estoy con un pie afuera pero João apura a la vecina, le cierra la puerta en la cara y se mete en la habitación. Quedamos enfrentados.

João tira el cuchillo sobre la cama y me empuja a mí después, caigo al lado del cuchillo y lo agarro.

Te roubei pra que voltaras, boba. Só quería te ver de novo.

Claro.

Lo apunto con el cuchillo.

Dejame ir.

Él se pone de rodillas frente a mí, me separa las piernas con las dos manos y mete su cabeza hasta el fondo del triángulo que forman. Me habla desde ahí. Su voz sale ahogada.

Me corta no meio. Posso morrer só pra verte otra vez.

Su voz susurrada me calienta la entrepierna. Comienza a morderme

la rodilla, sube por la pierna y su lengua recorre la tela de mi jean hasta que lo humedece.

Dejame ir, le digo, mientras mi mano afloja el mango del cuchillo.

Cuando me despierto, miro alrededor en cámara lenta. João no está. La botella de cachaça vacía, tirada en el piso junto a mi ropa. Me duele la cabeza, me recuesto en el respaldo de la cama y me acuerdo de los trescientos reales. Ahí están, sobre la mesa de luz, iluminada por el farol de la calle, veo los billetes. Arriba de la plata me dejó una nota y sobre la nota una llave.

Pode confiar en mí, entra y sai quando quizer.

Me siento en la cama y con los dedos de los pies me acerco el jean a la mano para que al agacharme no se me revuelva más el estómago. Hacía mucho que no me escribían una nota de amor. Envuelvo los cien reales dentro de la nota, los guardo en el bolsillo de mi pantalón y me vuelvo a tirar en la cama. Encierro la llave en el puño derecho que uso de almohada. La aprieto fuerte, como si al fin hubiese encontrado una razón para dormir tranquila.

21

Se despertaron con el estallido del vidrio y él alcanzó a cubrir la cabeza de ella con una almohada para amortiguar el impacto. La piedra había atravesado la ventana de la habitación de mis padres mientras dormían y, aunque no llegó a tocarlos, les pasó muy cerca. En los primeros segundos de confusión mi padre pensó en que podía haber sido un disparo, pero cuando levantó la almohada buscando la sangre de mi madre ella seguía ahí, intacta, comenzando apenas a temblar. Los dientes le rechinaron, los ojos fijos en la pared frente a ella. Yo me desperté con el ruido de los vidrios astillados.

Una quietud trágica invadió la casa después de que terminó de caer el último pedazo de vidrio. Luego, los gritos de mi madre en un ataque de nervios. Hasta ese momento, yo me había mantenido en estado de alerta, inmóvil y en escucha dentro de las frazadas; pero cuando mi madre se desató enloquecida, traté de gritar más fuerte que ella. Yo le gritaba a mi padre, le preguntaba qué hacer, dónde esconderme en medio de un fuego cruzado que iba de una pieza a la otra. Su voz me daba indicaciones que yo no llegaba a descifrar porque los aullidos de mi madre se interponían entre nosotros. Por momentos dudé de si nos seguían atacando, o eran nuestros propios gritos los que causaban el estruendo. Me concentré para poder separar su voz de la de ella hasta que de una trompada él la hizo callar. Ella dejó de gritar y empezó a llorar para adentro, con ese gemido que siempre me alcanzaba, cuando las indicaciones de mi padre eran lo único que se escuchaba dentro de la casa.

Abajo de la cama. Cuerpo a tierra. Y yo obedecí.

Te quedás ahí hasta que yo te diga, gritó él.

Hubo silencio otra vez en la casa. Yo trataba de razonar para apagar los latidos de un corazón que se me salía del pecho. A mí no me quieren, pensaba yo, si buscan a alguien es a él. O quizá vienen por ella. Ojalá que a ella no, a mí seguro que no. Quién va a venir a mirar debajo de mi cama. Que se lo lleven a él, yo lo tengo a Emilio, y ella va a estar mejor. Si se lo llevan a él, nadie va a volver a golpearla. Debajo de la cama, agarrada a un bebé que había perdido meses atrás, los ojos se acostumbraron rápido a la oscuridad y al frío. Tanto buscarlo y ahora lo encontraba ahí, delante de mis ojos, el bebé con la ropa impregnada del polvo que se juntaba debajo de la cama.

Los pasos de mi padre retumbaron con todo el peso de su cuerpo sobre la pinotea del piso. Él estaba ahí, a una puerta de distancia, y aunque sabía cómo protegernos no era suficiente. Porque él era la

causa del peligro. Yo pensaba que quizá fuera esa mujer la que nos atacaba ahora, quizá venía a buscarlo de noche. A la misma hora en la que poco más tarde él se iría para dejarnos a las dos solas en esa casa inmensa. Soy yo, estoy yendo a buscarte, me decía mientras se acercaba a mi cama. O quizá fuera alguno de esos hombres a los que él había tenido vendados con las manos atadas y el agua hasta las rodillas, quizás era el tupa del colectivo que lo había seguido hasta acá, y ahora sabía dónde encontrarnos. Ese tupa era mejor perseguidor que mi padre, que se había venido al país pensando que no dejaba huellas. Salí que voy por vos. Y yo no salía, no los quería ver aunque ya estaban ahí, recortados por el volado de mi cubrecama los pies de ellos dos.

Ya pasó, no pasó nada, repetía mi madre.

No te preocupes, la convenció él. Ya va a salir sola cuando se le pase el susto.

Mi padre se alejó, prendió las luces de mi cuarto y salió al patio. Mi madre se arrodilló y levantó la colcha. Le vi una marca en el ojo que comenzaba a hincharse. Ella trató de convencerme, me pidió por última vez y el amor de dios que saliera ya de ahí abajo. Fingía estar tranquila, pero las arrugas que se le formaban en la comisura de los labios la delataban, era tanta la tensión acumulada alrededor de su boca que mi madre, para relajarla, estiraba inconscientemente los labios como si fuera a besar el aire, como si fuera a decir una palabra al oído de alguien y en el mismo instante se arrepintiera.

Encontraste a tu bebé, buena madre, me dijo.

Yo me abracé al muñeco de plástico.

Traelo a la cocina. Les hago leche tibia con miel.

Su pelo arrastraba sobre el piso. No le contesté y mi madre enseguida abandonó el intento de persuasión.

Voy con tu padre al patio, llamame cualquier cosa, dijo y volvió a bajar la colcha.

Cuando me decidí a salir de abajo de la cama, ellos hablaban de la piedra. Él la sostenía en su mano y afirmaba que eso era un pedazo de madera petrificada. Y qué tiene, le preguntaba ella. Viene de un bosque petrificado, le contestaba él, no es piedra cualquiera. Él suponía que había sido otra vez la vieja de al lado, la que había envenenado a la perra del vecino, pero mi madre desconfiaba de otros. Son los mismos fíos da puta que nos denunciaron, los gallegos de la esquina, decía ella cerrándose el deshabillé desde el pecho. Con el chalet que tienen por qué se empeñan en hacernos la vida imposible, por esta casa de merda, si están cagados en plata. Mi madre hablaba sacudiendo la cabeza. Estoy cansada, estoy tan cansada, repetía ella. Entonces mi padre la abrazó encerrándola dentro de él. Calmate, vamos a estar bien, le decía y le besaba el pelo. Yo me voy a encargar

de todo. Parada ahí, frente a ellos, y aunque durara solo unos segundos, agradecí a esa piedra por lo que estaba viendo.

Dale, entrá. Todos a la cama, es tarde, dijo mi madre.

Él y ella entraron al dormitorio de la mano y corrieron la cama de lugar.

A la mañana siguiente no se animaron a ir a la policía, eran intrusos, qué iban a reclamar si estaban fuera de la ley. Le mostraron la piedra al abogado del restorán donde trabajaba Emilio. Los atendió en un bar y les dijo que lo mejor era no hacer la denuncia, que siguieran cambiando la cama de lugar cada tanto. A mi madre no le pareció serio y mi padre comenzó a sacar las medidas del patio, calculando el ángulo de entrada de la piedra. Miró en todas las direcciones desde donde podría haber venido el tiro. Todo indicaba que la habían lanzado desde la construcción vecina, una casa de gitanos que todavía no se habían mudado. Fue imposible saber a ciencia cierta pero mi madre seguía con que habían sido los gallegos dueños de la quiniela de la esquina. El almacenero de la vuelta le había comentado que los gallegos siempre habían estado interesados en ese terreno. Y no eran los únicos, había otros vecinos que le habían echado el ojo.

Cada vez que salíamos a la calle sospechábamos de cualquiera.

Nosotros somos limpios y dignos, somos gente de trabajo, había subrayado mi madre en la carta que le escribió a Alfonsín para pedirle ayuda. Ella le había pedido a Emilio que trajera la cámara y me sacara una foto frente al cantero. Me puso la ropa de pasear, medias tres cuarto, colita estirada y una sonrisa que mostrara los dientes. Emilio reveló un rollo de doce solo por esa foto que fue junto a la carta para el Presidente. Tres veces mi madre pasó la carta, desconfiando de la prolijidad de su letra. Usted tiene cara de buena persona, estoy segura de que hará algo para que no nos quedemos en la calle, le decía a modo de despedida. Nosotros no somos delincuentes, no hay nada de qué sentir vergüenza, me explicaba camino a la escuela, marcando una línea que nos ponía del lado opuesto a esos criminales que ocupaban solo por no trabajar, usando a los gurises como escudo frente al desalojo. Hacen de la casa un conventillo, son unos bichicomes que ni siquiera mandan a sus hijos a la escuela, decía. Por eso tenemos que esforzarnos y demostrar que aquí se limpia y se trabaja como en cualquier otra casa, que vean los vecinos, que vean que nosotros no vamos a ser nunca una vergüenza para la cuadra.

Pero no funcionó y nosotros lo sabíamos: éramos usurpadores tal como lo decía la carta-documento, y por esa misma razón no denunciamos la piedra que terminó como adorno sobre la cómoda de

la habitación de mis padres. Entre souvenires de cumpleaños, de bautismos, de primera comunión que llegaban de Rivera, entre los perfumes de Avon y el alhajero de cerámica azul pintado con mis dedos habíamos puesto a descansar la evidencia de algo que nunca íbamos a denunciar. Decidimos, sin nombrarlo, quedarnos con esa piedra por el simple hecho de ser un objeto extraño.

Mi madre no pudo tirarla y cada vez que me tocaba sacar el polvo de los muebles en el dormitorio de ellos, yo agarraba la piedra y la apretaba entre mis manos, tratando de encontrar su parte de madera, algo tenía que haber debajo de ese frío que la había convertido en piedra. Pero por más que la mirara desde todos los ángulos no podía imaginarla así, formando parte de algo con vida. Era pesada y fría. Yo la probaba con la lengua, la mordía, después me la apoyaba sobre la mejilla para volver a sentir el frío de ese bosque, donde lo que alguna vez había sido soporte conductor se había transformado en roca impenetrable.

22

Cuidá de ella, le pidió mi madre a Emilio antes de subirse al micro.

No te preocupes, vamos a estar bien.

Algún mensaje para madre.

Que não me espere pra jantar.

Aunque esta vez le costó, mi madre le sonrió el chiste y luego me miró unos segundos.

No pude descifrar esa mirada, era fría como el abrazo que me dio antes de subir. Pero sabía que ella estaba triste y desesperada, la noche anterior hizo los bolsos a los gritos pelados y se quedó hasta tarde con Emilio en la cocina, hablando hasta el amanecer.

Te portás bien, en unos días si dios quiere estoy de vuelta.

Saludé a mi madre con la mano libre, porque la otra la sostenía Emilio y pude sentir que me la apretaba apenas, para darme fuerza, porque sabía que en cualquier momento me iba a largar a llorar. La mano de mi madre se pegó a la ventanilla y yo abrí los ojos resistiendo las lágrimas. Después de que el micro se alejara de la plataforma, Emilio se agachó frente a mí y me abrazó. Él olía mezclado. Campera fría de cuero, jabón de tocador, humedad de placard. Ese olor de Emilio podía aliviar el ardor que se me acumulaba a la altura del pecho.

Caminamos unos pasos hasta la salida de la terminal cuando de pronto Emilio se desprendió de mí y me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

Ya sé, ya que estamos en Retiro, vamos al bar de mi amigo y nos tomamos una coca.

Él sabía cómo llenarme de alegría.

Bajamos corriendo los escalones, cruzamos las vías del tren y entonces señaló:

Sentate ahí, así vemos pasar la gente.

Apenas entramos al bar, me alzó por el aire hasta sentarme en una de las banquetas altas de la barra.

Hola, amigo. Una cerveza para mí y una coca para mi reina.

Princesa.

Ah, tenés razón.

Todavía tengo once.

Cierto, las reinas son más grandes.

Arremangado hasta los codos y sin decir una palabra, el hombre puso una coca y una cerveza de litro sobre la barra de fórmica y le cobró antes que nos la tomáramos.

Emilio le sonrió, sacó unos billetes de su pantalón y los dejó en la barra:

Aquí tiene, amigo.

Apuró la cerveza, se tomó los cuatro vasos sin respiro y yo intenté hacer lo mismo, tenía el vaso de coca pegado a la cara y cuando lo terminé me salió un eructo desde las entrañas. Pensé que Emilio se reiría conmigo pero estaba ocupado en otra cosa, sus ojos se perdían del otro lado de la puerta y yo me perdí con él. Miramos a la calle en silencio. Gente, vendedores, había chicos por todas partes. Entre las piernas de las madres, hechos un bollo mientras ellas vendían o pedían plata a los transeúntes. Había otros que solo miraban pasar la gente, como yo, pero desde el cordón de la vereda. Chicos que iban de la mano de sus padres vestidos de escuela. Y ahí estaba uno que me miró cuando le abrió la puerta del taxi a una señora y yo lo miré a él, a los ojos. Él abrió la puerta, estiró la mano, volvió a cerrarla, hizo todo sin dejar de mirarme, me puso nerviosa y no resistí más, bajé la cabeza y busqué los ojos de mi tío, los encontré y me sonrieron, me olvidé del chico, me sentí segura.

El humo de los colectivos entraba por la puerta y por todas las ventanas, era un olor que me descomponía, el mismo olor de la Virgen de Pompeya, cuando hacíamos la fila para subir a tocarle los pies a la virgen que estaba adentro.

Ella me hace respirar profundo cuando me pasa esto.

Respirá profundo entonces.

Emilio imitó mis movimientos. Estábamos sentados uno frente al otro en las banquetas, pero mis pies quedaron colgando. Las manos sobre las piernas, el pecho estirado, él respiró como un soldado y soltó el aire todo apurado.

No, el aire se suelta despacio, le dije.

Bueno, seguí vos así, yo me termino la cerveza.

Siempre funcionaba, las ganas de vomitar se me iban después de concentrarme en la respiración lenta. Era como pensar en otra cosa sin pensar en nada. Cuando terminé de respirar, Emilio ya se había terminado el litro de cerveza y apoyaba el vaso con una fuerza que retumbó en toda la barra.

Estaba serio y le salió un vozarrón.

Misión cumplida. Emilio buscó con la mirada al hombre de atrás de la barra. Gracias, mi amigo, le dijo y se levantó de la banqueta.

Y tú, trajiste camisón para esta noche.

No, duermo en remera y bombacha.

Dale, terminate la coca que vamos a comprarte uno.

Le pregunté por qué mi madre no me había llevado con ella a Brasil. Pero Emilio no me contestó, estaba de rodillas frente a mí y me

sacó la ropa con cuidado. Trataba de no tirarme del pelo y me dijo cabezona cuando el cuello de la camiseta se me quedó trabado a la altura de la nariz y las orejas. No podía verlo mientras me decía que ella había viajado para ver a unos médicos que iban a ayudarla.

Pero mi madre no estaba enferma. Lo sabía y se lo dije desde adentro de la camiseta.

Él tironeó un poco más.

Avisame si te estoy haciendo doler, dijo.

Mi cabeza salió despeinada y Emilio me acomodó el pelo con las manos.

Igual despeinada sos más linda. No te preocupes, es como ella te dijo, solo unos días y ya vuelve.

No fue a ver a un médico, fue a buscar a mi padre.

Emilio me acarició un cachete, arqueó las cejas y largó un suspiro.

Sí, fue a buscar a tu padre.

Arriba de la cama estaba el camisón que compramos juntos después del bar, durante el camino de regreso. Pasar un día con Emilio siempre significaba un regalo, algo nuevo para estrenar. En casa era distinto, cuando yo andaba corta de ropa, mi madre llegaba del mercado central con lo que había elegido para mí. Llegaba con olor a carne la ropa, en el mismo carrito donde iba la tapa de nalga para las milanesas de la semana. Envuelta en papel madera, cada tanto venía una camiseta de algodón o un par de medias para la escuela.

El camisón que elegimos con Emilio estaba en una bolsa de nylon que tenía la marca grabada en letras doradas y cuando Emilio la agarró, la bolsa largó un crujido. Él lo sacó despacio y lo desplegó frente a mí hasta que el camisón colgó por los breteles desde sus índices. Justo a mi altura, lo acercó a mis hombros y yo tomé sus dedos con mis dos manos hasta apoyarlos sobre mi piel. Era un camisón blanco con flores azules y dos hojas verdes muy pequeñas al lado de cada una de las flores. Lo que más me gustaba eran los breteles ajustables y el encaje blanco que cubría la tela a la altura del pecho.

Nunca tuve un camisón, le dije.

Ya estás en edad de tener uno, dijo, y las flores azules te quedan muy bien.

La luz de su habitación estaba apagada pero por la ventana entró el resplandor de la calle. Él me puso el camisón mientras me dijo que era más cómodo dormir sin bombacha y yo me la saqué. La agarré con las dos manos y me fui agachando hasta sacar primero un pie y después el otro. Yo no lo veía a él, pero sabía que me miraba. Aunque me diera vergüenza me sentí halagada cuando Emilio me repitió lo lindo que me quedaba el camisón con flores. Y me lo decía al oído, cuando me

corría el pelo de la oreja y su barba al ras se frotaba contra mi cuello.

Mi colchón estaba al lado de su cama pero él dijo que quería acunarme como cuando era un bebé. Entonces me levantó en sus brazos y me acostó en la cama grande esa noche, y mi cuerpo ya no se movía.

Emilio se acostó a mi lado, los dos miramos el techo con los ojos muy abiertos y yo escuché su aliento. El ruido de los colectivos que entraban por la ventana del dormitorio se fue apagando por su respiración que se volvía cada vez más intensa hasta ocupar todo el espacio.

La ventana sin cortinas.

Ahora yo giraba la cabeza de lado y miraba por esa ventana, tenía los ojos muy abiertos pero no veía nada, su mano ya estaba sobre mi pecho y yo no quise ni pestañear, Emilio me estaba mirando pero no di vuelta la cabeza. Ahora era yo la que respiraba cada vez más profundo, cada vez más rápido siguiendo el ritmo de los movimientos de su mano y de su boca que bajaba a mi entrepierna.

Salí por la ventana, me fui hasta los balcones de la casa de enfrente y no me movía, él se levantó y bajó las persianas, no del todo, no las cerró completamente, dejó una línea delgada por la que mis ojos se abandonaron y entonces me bajé el camisón que él acababa de dejar arrollado en mi cintura. Cuando volvió a la cama donde yo estaba, el dolor de todo ese cuerpo sobre el mío fue demasiado, y mi mano derecha se agarraba de la sábana, la apretaba cerrando el puño con la fuerza que le quedaba y él me mordía muy despacio, sus dientes me rozaban la piel y ya la soltaban, yo no podía cerrar los ojos aunque quisiera, entre la cortina y el marco de la ventana se asomaba solo una porción del balcón, la bandera colgando de su baranda y los insectos buscando la luz del farol de la calle, se aplastaban uno al lado del otro, como locos iban hacia la luz mientras todo se movía sobre mí, pero mi cuerpo se hacía cada vez más corto y seguía tan quieto como si fuera el de otro, ahora el dolor era más fuerte, era un dolor que ardía adentro y el grito quedó ahogado en mi garganta.

No sentí frío ni calor y tuve la boca seca.

Todos los sonidos se callaron de golpe.

Me moví solo para secarme una lágrima que caía pesada y de un solo ojo. Era el ojo del lado de la ventana.

Emilio se bajó de mí para agarrarme de la mano.

Él no estaba desnudo como yo, él tenía la ropa puesta y volvió a acostarse boca arriba.

Se subió el pantalón y se cerró el cinturón en un movimiento apurado.

Me tomaba de la mano y la presionaba solo un poco, como esa misma tarde en la plataforma de Retiro.

Se puso de lado para abrazarme y oí que lloraba.

Emilio contrajo su cuerpo a mi lado hasta quedar de mi tamaño.

Sus brazos entonces rodearon mi cabeza y la aplastaron contra su pecho.

Yo te quiero.

Pero yo no pude decir nada.

Este es nuestro secreto, dijo mientras me bajaba al colchón que estaba en el piso, al lado de su cama.

Y empezó a cantarme esa canción en portugués, Adeus meu amor, não me espera.

Hasta que cerré los ojos y fingí que me dormía.

II
LA SALIDA

23

Una puede aferrarse a un lugar y construir su vida, hasta puede cambiar su nacionalidad, su apellido, su pasaporte. Una puede adoptar una tierra y un idioma nuevo, claro que puede. Pero el origen está siempre ahí, está en la sangre que también cuenta quiénes somos, en ese código genético están todos los que fuimos de nosotros para atrás. Sus acciones, sus pasiones, sus enfermedades. La sangre es la que nos persigue, y es de ella que no se escapa nadie. Esa es mi única certeza: todo rastro es de sangre y por ese rastro es que lo voy a encontrar.

No vas a entenderlo por más que trate de explicártelo mil veces.

Tenta.

João no pierde la oportunidad de indagar en mi historia, no se conforma con el cuento del tío prófugo. Sabe que hay algo más por lo que volví a esta frontera. João intenta ser parte, durante estos últimos días no me deja ni a sol ni a sombra.

Yo creo que él quiere verme antes de irse para siempre.

Lo que no le digo a João es lo que estoy tratando de negarme a mí misma, lo que más deseo desde que escuché su voz del otro lado del teléfono, y es que al fin y de una vez por todas Emilio me esté llamando porque quiere que me quede con él, que nos fuguemos juntos y ya no nos separemos más, que volvamos a ser cómplices de todo lo que el resto del mundo no entiende.

Al cruzar la Avenida Sarandí, João me agarra de la mano y yo lo dejo. Me gusta su compañía, más allá del sexo que nos une yo sé reconocer la lealtad en las personas. Aunque sabe que de alguna manera lo estoy usando para alcanzar a Emilio, João no intenta sacar ventaja de eso. El primer día en su habitación, cuando le pregunté cómo había llegado hasta la frontera él me contestó: fujo, como tú. Ninguno de los dos somos de este lugar, eso nos acerca y nos aleja al mismo tiempo porque él conoce el ahora de la frontera y yo su pasado.

Aunque nunca haya vivido en esta tierra, la llevo puesta en el cuerpo y en el nombre, por eso me muevo cómoda entre la gente, compro comida, entro a las casas de timba y recorro las plazas con João buscando a Emilio, hablando esta semilengua en la que casi todo está permitido. Voy de la mano de João mientras pienso que si Emilio mató a ese hombre del lado uruguayo, entonces debe haber huido al lado brasilero cruzando esta calle que ahora tengo enfrente. Y aunque puede haberse ido muy lejos yo creo que anda cerca. Emilio precisa hacer equilibrio y nada mejor que esta línea divisoria para eso. Lo

imagino haciendo las compras de un lado y del otro, disfrazado tal vez, con bigote y peluca o anteojos negros, como si todo esto fuera un juego más. Como esa tarde que me llevó al zoológico después de comprarme una campera inflable de color blanco. Los monos del otro lado de la reja se desesperaron cuando él sacó del bolsillo un paquete de salchichas. Las cortábamos con las manos y se las tirábamos por el aire. Los monos se aplastaban a la reja metiendo su cabeza en ese espacio estrecho que quedaba entre los barrotes. Abrían la boca, mostraban los dientes y las encías, estiraban los brazos hacia nosotros hasta que apareció el guarda para decirnos que no estaba permitido alimentar a los animales con salchichas. No nos importaba, nos estábamos divirtiendo y el guarda parado frente a nosotros seguía repitiendo que esa comida les hacía mal, que esos eran animales en cautiverio, que si uno se enfermaba se enfermaban todos, que había que respetar las reglas del parque.

Emilio, parado al lado de la jaula, imitaba los gestos del mono que tenía detrás. La cara pálida del guarda se fue poniendo cada vez más roja. Que era un irrespetuoso. Un ignorante. Un animal, terminó por decirle antes de ir a buscar al policía que nos sacó del zoológico porque Emilio se había resistido a la autoridad del guarda vestido de caqui. Cuando vi aparecer al hombre policía, la gaseosa en vaso gigante que me había comprado Emilio en el quiosco se me cayó de las manos, rebotó en el piso y las gotas de naranja me salpicaron la campera que estaba estrenando.

Emilio me había visto desabrigada ese invierno que ocupamos la casa y ni siquiera se lo comentó a mi madre. Le dijo que me llevaba a pasear y lo primero que hizo fue ir por una campera de tela de avión, bien gorda y con costuras horizontales de muñeco Michelin. Me compró el talle justo a mi medida, por fin tenía una prenda que no me quedara ni chica ni grande. Porque Emilio no pensaba, como mi madre, en los años venideros. Él y yo solo nos disponíamos a disfrutar de esos momentos como si fueran eternos, entonces los helados con obleas no se derretían nunca y el sol, previniendo cualquier sombra, estaba siempre en el punto exacto sobre mi cabeza. Sentados en el colectivo, veíamos vaciarse los asientos porque nuestra parada era la última, una cuadra antes de llegar al Autódromo. Él se quedaba conmigo hasta el final, hasta después de irse y dejarme en casa cuando en la puerta se agachaba para darme un beso y para que cantáramos juntos la canción del clavel y la rosa.

O cravo brigou com a rosa, empezaba él.

Debaixo de uma sacada/ O cravo saiu ferido. E a rosa, despedaçada, continuaba yo. O cravo ficou doente/ A rosa foi visitar./ O cravo teve um desmaio. E a rosa, pos-se a chorar.

Emilio abría los ojos, acostado boca arriba en el piso, cuando yo

remataba ese último verso ya de rodillas y con las manos juntas sobre su pecho. Entonces él se levantaba de golpe y me abrazaba haciéndome cosquillas hasta dejarme sin aire.

24

Mi madre odiaba la mentira.

No hay cosa peor, decía, y chupaba la bombilla entallando los pómulos, luchando para absorber el poco de agua que se agarraba al fondo.

Ella cebaba el mate y lo pasaba al siguiente de la ronda estirando el brazo a la distancia justa, sin medirla, con la atención fija en un relato que ocupaba toda la habitación. Maridos, amantes y cama: eso era lo que provocaba la presión en la bombilla, cuando el cuento alcanzaba su punto de mayor tensión y se escuchaba en el aire un insulto tibio y prolongado, como escupido en cámara lenta, como si se hubiese estado saboreando en cada movimiento de la lengua dentro de la boca: hiiiiiijo de puuuta, repetían las mujeres cada tanto.

Cuando ellas se juntaban yo trataba de andar cerca. Iba y venía del patio a la cocina, me preparaba un pan con manteca asomándome a la mesa para que no notaran mi presencia. Escuchándolas contar aprendí desde temprano la teoría de la práctica: el dolor punzante y eléctrico que anticipa el orgasmo, la manera de moverse cuando ellos están arriba con su peso muerto, las partes que no sabemos ni cómo se llaman pero que hay que aprender a fruncir como cuando una contiene el pis, para cuando te entran. Esas mujeres mateando en una mesa redonda eran geishas a las que le faltaba alguna que otra muela, jóvenes ya viejas que en invierno usaban poleras de lana repletas de pelotitas que se iban arrancando de la ropa mientras hacían cualquier otra cosa, como si esa marca de uso intensivo fuera la prueba irrefutable de la misma pobreza multiplicada y adosada a la piel que una tenía que ir podando, para que no se le notara tanto, para que no terminara de hacerte pelotita a vos también. Yo memorizaba todo lo que ellas decían pero prestaba la misma atención a sus gestos por más mínimos que fueran, tenía que saber lo que ellas sabían y tratar de hacer todo para no parecerme. Yo iba a esforzarme para aprender de esas mujeres sin que se me pegara el abandono que les colgaba como una etiqueta. Había algo que me quedaba claro: todo lo que ellas sabían no les servía para retener a sus hombres pero sí para conseguirse otros. A escondidas, detrás de las palabras que debían pronunciar, ellas vivían una vida sin discursos, una vida de acción que las resguardaba de lo que sucedía dentro de sus casas. Si ellos lo hacen por qué no una, decían, y se contaban los detalles de esa otra vida. Ellas hablaban y se superponían, solo se callaban al llevarse la bombilla a la boca, con esas bocas sucias de bizcochos engrasaban el

mate por dentro y por fuera, se limpiaban las comisuras de los labios con las puntas de los dedos, creyendo que ese era un gesto de mujer fina.

Mi madre las escuchaba y nunca hablaba de sí misma, solo a veces mencionaba las ausencias de mi padre y yo me preguntaba por qué ella, que tenía tanto más para decir que las otras, en esos momentos prefería callarse, saltear la ronda y quedarse con todo adentro. Mi madre era la que se levantaba a buscar papel del baño cuando alguna se largaba a llorar, era ella la que consolaba primero. Eso le daba el derecho de ponerse a dar consejos, a hacer las preguntas más dolientes, a interrogar si era preciso. Todo por el bien de la otra que estaba ahí quebrada y necesitaba una guía. Mi madre lograba no contar demasiado de su vida privada y era por eso que evitaba ir a la casa de las demás, en su cocina ella manejaba el terreno y nada la envalentonaba más que la angustia ajena.

Después que volvió de Brasil, mi madre ya no fue la misma. Dejó de reunirse para evitar justamente que le preguntaran por mi padre. Evitaba a las vecinas cruzándose de vereda y a algunas llegó a retirarles el saludo.

Su bronca de antes se había transformado en un gesto trágico, hablaba con miedo sobre las cosas más cotidianas, como la cara desconfiada de Nino, el almacenero de la esquina, o la ropa colgada que podía salir volando si una no tenía el suficiente cuidado. Doble broche a cada prenda ponele, indicaba mi madre mientras me pasaba la ropa recién retorcida de la pileta del patio. Y al llegar la noche, venía a mi cama para arroparme y repetirme que nunca tenía que haber ningún secreto entre las dos.

Secreto y mentira son la misma cosa, gurisa. Todo hay que contarse, insistía mi madre, solo así es que uno queda atado al otro.

Mi madre había vuelto de Brasil sola y con miedo. Sin embargo, yo todavía la escuchaba llorar mientras hacía su cama o ponía la mesa con dos platos.

Yo te voy a decir la verdad fue lo primero que me dijo cuando fuimos a buscarla al puerto con Emilio y ella se abrazó a mí como si yo fuera lo último que le quedara con vida.

En aquel momento sentí que esas palabras me acusaban de algo que yo no había hecho. Si ella me iba a decir la verdad, yo tenía que responder de la misma manera. Solo así una quedaba atada al otro. Pero no sabía qué decirle, cómo decirle lo que había pasado en la cama de Emilio. Ella no iba a creerme y yo no sabía si iba a ser capaz de sacarlo de adentro.

Yo te voy a decir siempre la verdad, eso fue todo lo que ella dijo durante un tiempo, sin embargo los días pasaban y yo no me animaba

a preguntarle nada.

Emilio solo comentó lo bien que la habíamos pasado juntos. Yo había estado esperando ese reencuentro con miedo, cómo íbamos a presentarnos frente a mi madre en el puerto después de lo que habíamos hecho.

Los dos, porque fuimos los dos quienes hicimos esto, me repitió Emilio esa noche. Esto es nuestro.

Y lo bien que la pasamos, le dijo Emilio a mi madre y me miró sonriente.

Lo dijo de una manera tan corriente que por un tiempo yo pensé que era así como esas cosas pasaban. Emilio me quería como me había querido mi padre o más todavía. Pero cuando mi madre comenzó a insistir con la mentira, se me reveló que Emilio y yo ocultábamos algo malo. Y si no era así, entonces le tocaba a ella decirlo.

Una mañana en medio del desayuno ella empezó a hablar con esa manera suya, afirmando de la nada que sí, dando por hecha una pregunta, comprometiendo al otro a escucharla aunque no quisiera.

Sí, a tu padre yo lo vi y él ya tiene otra familia allá.

Ella siguió hablando y yo me quedé imaginando las caras que tendrían los miembros de esa otra familia, y aunque hiciera el esfuerzo aparecíamos siempre nosotras dos agarradas de su mano, recortadas y pegadas como en un collage sobre el paisaje de una foto. Nosotras con él en una playa, nosotras con él frente al Cristo Redentor, nosotras con él en la puerta de una casa con palmeras en la entrada. Siempre todos mirando de frente, con un paisaje que a veces era más chico que nosotros.

Cuándo la hizo.

Cuándo hizo lo qué.

A la familia nueva. Si él siempre estuvo acá.

Hay mucha cosa que no sabés.

Qué es lo que no sé.

Yo te lo voy a contar. Cuando sea el momento.

Ma.

Qué.

Yo también tengo un secreto.

Secreto es misma cosa que mentira.

Es que no sé cómo decirte.

Empezá.

25

Esa mañana durante el desayuno yo le conté a mi madre todo lo que hicimos después de que ella se subió al micro. El camisón nuevo y la bombacha, primero había sacado un pie y después el otro hasta quedar desnuda frente a Emilio, y que él me llevó en brazos a su cama para después besarme todo el cuerpo tibio y nervioso hasta que me salió sangre y ahí me asusté, me asusté más que con el dolor que sentía porque había manchado la cama debajo de mi cuerpo, le conté que yo miraba la ventana de enfrente y la luz del farol de la calle y que había llorado de un solo ojo, no solo porque el cuerpo me dolía sino porque también sabía que había algo errado en todo aquello, porque se me había erizado la piel hasta antes del dolor, y eso no se lo dije pero sí le dije que él había llorado, que Emilio estaba triste cuando cayó sobre mí y que yo pensaba en ella lejos, allá en Brasil, sin saber lo que yo estaba haciendo en esa cama, no le dije pero hubiese querido decirle que no se enojara con Emilio porque Emilio a mí me quería, y si eso estaba mal, él solo iba a darse cuenta, eso no se lo dije porque al ver sus ojos dejé de hablar y en ese momento estallaron sobre mi cara.

Era una mirada diferente a todas, los ojos de mi madre no parpadeaban pero se caían y temblaban con el peso del llanto. Sus manos agarraban el mantel y lo apretaban como si fuese mi cabeza lo que estaba estrujando.

Basta, gritó y se tapó la cara con las dos manos.

Yo tenía puesto el camisón con flores que Emilio me había regalado aquella noche. Mi madre me levantó de la cama agarrándome de un brazo. Se arrodilló frente a mí y me abrazó hasta que me hizo doler las costillas. Me quedé parada con los puños cerrados, apretando las uñas contra la carne hasta hacerme doler, sintiendo su cara húmeda sobre mi pecho, queriendo consolarla sin poder moverme.

Otra vez estaba así: petrificada y sin sentimientos. No sabía cómo decirle que no se preocupara, que yo estaba bien. Ella me apartó para inspeccionarme y vi su mirada enrojecida, sus labios entrecerrados por los que se le colaba esa pregunta babeante que una vez afuera ya no pudo dejar de repetir:

Te gustó.

Yo no reaccionaba.

Te gustó.

Pero a ella no le importaba mi respuesta.

Me clavó las uñas en los brazos.

No, no, no me gustó, le contesté para que me dejara tranquila.

Un segundo después me ordenó que me diera vuelta.

Agachate, dijo.

Me incliné conteniendo la respiración. Mi madre me abrió las piernas, me revisó con los dedos y después de hacerlo volvió a abrazarme.

Siempre te voy a creer, siempre te voy a creer, me repetía en un llanto.

Yo empezaba a comprender que se lo estaba diciendo a ella misma. No podía creerme aunque quisiera.

Con todo lo demás le salía fácil: a mi padre le había creído durante años, a San Jorge, a San Damián, a Yansã y al resto de todos los santos. Pero cuando se trataba de mí, solo viendo era que mi madre creía.

Lloró y se agarró a mi cintura haciéndome tambalear, después se secó la cara contra mi camisón hasta que se fijó en él.

Sacate esa basura, me gritó enfurecida.

Pero no llegué a hacerlo, ella se me vino encima y trató de quitármelo, enredándome los pelos entre la tela de la camiseta que yo llevaba debajo y tironeando hacia arriba porque la camiseta se me había trabado a la altura de la cabeza.

Vení, dijo y me arrastró hasta la cocina en bombacha, agarrándome desde las mangas de la camiseta que me enfundaba la cabeza junto con el camisón. Dónde, dónde están las putas tijeras, dónde las pusiste.

Desde adentro del camisón yo le gritaba que no sabía, pero ella las encontró en el cajón de la cocina.

Quedate quieta.

Abrió el cuello de un solo corte, y me quedé parada en medias y bombacha, agarrándome los brazos.

Por favor, no lo rompas, le insistí en vano, viendo cómo ella terminaba de destrozar con sus manos el único camisón que yo había tenido.

Cuando terminó, mi madre lo metió en una bolsa y lo sacó a la calle.

El resto del día se lo pasó en la cama.

Yo di vueltas por la casa buscando todo el tiempo algo para hacer. Ordené las habitaciones, limpié el baño, me preparé la leche. A la tarde entré en su habitación y le pregunté si iba a tomar mate. Pero ella no me habló más, se quedó en silencio hasta la noche cuando se levantó para hacer de cenar.

No volvimos a hablar del tema hasta una semana después. Era domingo de Pascua, yo estaba abriendo la ducha cuando mi madre entró al baño y sin decir una palabra agarró mi bombacha, la lavó con

mucho cuidado y después la enjabonó para pasármela por el cuerpo. Así me había enseñado a bañarme: siempre usar la bombacha, una vez limpia, como esponja. Y ahora ella y yo otra vez ahí, en esa misma posición. Me lavó por partes y yo me fui enjuagando. La nuca, las rodillas, los costados, en las costillas, la espalda, en esas partes hay que pasar la bombacha hasta que duela, hay que enjuagarse y secarse con la toalla hasta que no salga ninguna pelusa de la piel. Porque si sale hay que volver a restregarse y llamarla a ella para que me vuelva a pasar bien la bombacha en la espalda, porque ahí mis manos no llegan y es un lugar que junta mugre. Se va percudiendo la piel, se ennegrece y con el tiempo ya no sale. Como con la ropa, decía mi madre, si te dejás estar la mancha, nunca más sale, no la sacás con nada. Hay que insistir entonces, llegar hasta donde no llegamos, pedir ayuda.

Las dos en silencio pero ella cada tanto se enjugaba los ojos con el brazo. Me masajeaba la cabeza con champú mientras yo la inclinaba hacia atrás, arrodillada en la bañadera. Mi madre vertía el agua sobre mi cabeza con un jarro blanco enlozado de hervir la leche, y la espuma corría hacia el desagote siguiendo la estela color óxido de la bañadera.

Cuando cerró la ducha, escuché las chispas del fuego que venían desde el patio junto con la voz de Emilio del otro lado de la puerta.

Mi madre me sacó envuelta en una toalla y me paró sobre la tapa del inodoro. Me miró a los ojos para decirme en voz muy baja.

Escuchame bien, de lo que me contaste nunca más una palabra a nadie… Es que va a la cárcel, entendés.

Mi madre volvió a arrodillarse frente a mí, pero esta vez era para pedirme un favor. Esperé a que me dijera algo más aunque era ella la que esperaba mi respuesta.

Yo negué con la cabeza.

No voy a decir nada.

Va a estar bien todo, me contestó.

Mi madre abrió la puerta del baño que daba al patio y me sacó a upa envuelta en la toalla. Emilio estaba agachado, con un palo movía las brasas que ya no estallaban por el fuego.

Están igualitas, las dos de la misma altura, dijo Emilio y brindó al aire levantando apenas el vaso cargado de Gancia.

Mi madre me miró a los ojos y ensayó una sonrisa.

26

Tres embarazos perdió mi madre antes de tenerme. Ella decía que era natural, que esos no eran tiempos de traer vida. Y lo dejaba todo en las manos de dios. Que si dios no quería, no iba a poder ser. Por eso las velas y los santos colgados del espejo de la habitación donde ellos habían intentado comenzar una nueva vida lejos de todo. Pero Uruguay volvía siempre, no se había ido, había cruzado con ellos el río que los separaba de los días en los que él tenía otra identidad. Mi madre lo sabía y se callaba y con eso no bastaba. Pedía perdón a todos los santos por las cosas que él nunca le había contado y que crecían en forma de abortos naturales. San Cosme y San Damián quiten de mí este mal. Pecado mal bebido pecado mal comido pecado mal digerido creo en dios padre todopoderoso y las tres cruces en la panza, donde se enterraba el dolor de los hijos que no llegaban a la luz.

Cuando naciste fue la primera cosa que hice, sabés, llevarte hasta la Virgen de Pompeya y entregarte a ellos dos, a San Cosme y San Damián, los santos hermanos, los patronos de los mártires y de los niños, pobrecitos esos hermanos perseguidos y torturados por su bondad para con el prójimo, fueron ellos, coitados, ellos quisieron que yo fuera madre, que tu padre pudiera ponerte un nombre y yo prometí. Vos sabés que tu día siempre trae frío, lluvia, invierno de perros, a mí eso no me importaba, caminaba hasta Pompeya y volvía en colectivo, vos toda envuelta en mis brazos bajo el paraguas, si parecías el fruto mismo de nuestra salvación, todas las oraciones que les había dado ahora estaban en vos, tenían tu cuerpo.

Cada año, mi madre volvía a contarme la historia de sus hijos perdidos y del día en el que por fin me había parido a mí. Fuiste cesárea, repetía, y mis hermanos se hacían presentes solo el día de mi cumpleaños, el resto del año ella no los nombraba y yo pensaba que si no fuera por esa vida tan corta que les había tocado, quizá yo no habría existido, mis padres no habrían llegado al cuarto hijo. Porque era ella la que insistía, él nunca quiso saber nada con tener más de dos, en eso la vida lo había tratado bien. Ella tenía problemas para retener a sus crías. Yo debía de estar agradecida, debía sentirme feliz de que ellos no hubieran nacido.

Mi madre miraba al cielo raso húmedo y cerraba los ojos, ese gesto tan suyo de buscar palabra ya fuera en la biblia o en el techo de la cocina. Ese día yo cumplía once años y volvíamos de Nueva Pompeya en la línea noventa y uno. Ella iba parada sobre su silencio y yo sobre una pregunta.

Llegamos a casa, abrió el portón y me besó la frente. Ahora vamos a festejar, este es tu día, dijo. Faltaba poco para que llegasen mis amigos y mientras mi madre revolvía la olla de chocolate caliente que preparaba todos los cinco de julio para alimentar a los chicos invitados del grado, le pregunté. Por qué se fueron de Uruguay. Lo que vino después yo no lo esperaba. Pero ella sí, ella esperaba que algún día yo le preguntara por la historia escondida a retazos en sus ruegos, en las plegarias de gracias, en mis hermanos muertos. Hacía años que ella guardaba todo ese palabrerío que estaba destinado a mí, porque yo era la única heredera de un horror rezado por años. La pregunta le levantó una compuerta y daba lo mismo que yo cumpliera once o veinte. Mi madre iba a empezar a hablar. Estaba de espaldas a mí, con su delantal de cocina anudado bajo el busto cuando la cuchara de madera dejó de dar sus vueltas espesas dentro de la olla. La sacó y golpeó el borde tres veces haciendo ese ruido metálico de comida pronta para servir. Se desató el delantal y se sentó en la mesa frente a mí, planchando las arrugas imaginarias del mantel floreado de hule.

Querés saber, yo te voy a contar, dijo ella.

Pero los hilos de la historia aparecieron cortados por esa manera que ella tenía de decir las cosas que le dolían. Iba pasando de un año a otro y del presente de buenos augurios volvía a las fugas de mi padre, a sus celos de esa mujer de la que nunca supo el nombre. Le importaba el nombre de ella más que cualquier otra cosa de esos días en los que su hombre vivió encerrado en una casa, con una mujer encapuchada, en las afueras de Punta del Este.

Después de esa se fue, no lo aguantaba más, pobre tu padre, imagínatelo, metido ahí, con lo que le gustaba entrenar y estar al aire libre. Tu padre, muchacha, es hombre de campo. Con esos milicos, todo el día, ahí encerrado. Yo te puedo decir que él odiaba aquello.

Yo la escuchaba en silencio, sin emitir palabra, imaginando una guerra de la que no sabía nada más que lo que se había respirado en casa.

El olor a la canela que mi madre le ponía al chocolate comenzaba a dominar el ambiente.

Mi madre se puso nerviosa y me clavó la mirada con esa ferocidad que le salía de los ojos cuando se enojaba conmigo, me miraba como si estuviese mirando a otra persona, a algo que estaba más allá de mí y que siempre me hacía dar vuelta la cara para buscar ese punto donde se fijaban sus ojos.

No sé qué más es lo que querés saber. Ya te lo dije todo. Él tenía unas pesadillas horribles, se le repetían cada noche.

Él desaparecía por semanas enteras en esa época y ella estaba acostumbrada a que eso sucediera. También sabía que no podía preguntar demasiado y aceptaba esas ausencias como parte de pago de

la casa, esa que ella quería tener antes de casarse con él, una casa con jardín y tres dormitorios en el barrio de Pocitos.

Ella se levantó arrastrando la silla para atrás y volvió a la mesa con esa caja de cartón que yo ya había revisado mil veces.

Si hasta se la dibujé a la casa. Mirá, acá está. Esta es una de todo ese monte de cartas que yo le enviaba al cuartel.

Mi madre me pasó una hoja de arroz amarillenta, escrita de un solo lado con tinta azul. Al margen de la carta estaba su mamarracho, una casa que tenía que ser blanca y de un solo piso. Las reformas las harían después, paso a paso, escribía ella en la posdata. En el futuro podrían usar parte del jardín del fondo para construir más, y si era una construcción fuerte podría resistir un segundo piso, donde dormirían los hijos que iban a tener juntos. Ellos abajo, para tener más intimidad, le aclaraba ella, ahora en el margen de la hoja, porque harían muchos hijos, todos los que él desease. Y Pocitos a ella le gustaba una barbaridad porque era ahí donde vivían algunas de las chicas de la universidad ese año que cursó medicina en Montevideo. Ella se había hecho algunas amigas y las había mirado de cerca. Era buena para eso, le sacaba de una sola ojeada el modelo de los vestidos y después se los mandaba a hacer, esos que a él le gustaban tanto, porque las chicas de Pocitos bien sabían cómo vestirse y a dónde ir a pasear. Estaba bien copiarse de la gente que sabía, anotaba ella entre medio de los hijos y de los pisos que iba a tener la casa. Por eso, las desapariciones de su futuro marido valían la pena, eran parte del trabajo, del sacrificio que cada uno debía hacer. Tanto tiempo de no verse, tanto tiempo sin que él le levantara esos vestidos hasta la cadera así como él lo hacía, tanto tiempo sin que la tocara con esas manos grandes de hombre que él tenía. Sí, ella iba a esperarlo siempre, eso ya iba a terminar y entonces la casa y los hijos iban a convertirse en una realidad compartida.

Cerré la carta en cuatro partes y volví a ponerla dentro de la caja de fotos viejas.

No, tu padre jamás me había dicho que andaba en algo tan peligroso. Horrible era aquello. Pero él no me decía nada, todo lo que él hacía era un secreto. Pero aquella última vez, a él le había dado miedo. Si ves que pasa mucho tiempo y no vuelvo, llamá a este número, me dijo esa noche por teléfono antes de salir a Punta del Este. Pero solo si pasa mucho tiempo, ¿entendiste?, así me repitió tres veces y yo le contestaba que sí mi amor, sí mi amor. Mas yo no entendía por qué me lo decía.

Mi madre supo en ese momento que el teléfono anotado en su mano era el riesgo de que lo mataran si la información que él le estaba dando se filtraba por donde no debía. Él no sabía si iba a volver de ese operativo y los milicos no avisaban las bajas sino hasta después de

unas semanas. Los velatorios de los servicios de Inteligencia no existían, los cuerpos iban directo al cementerio militar y a los familiares más directos se les notificaba después de enterrados. Mi madre no tenía relación con la familia de él, nadie iba a avisarle si terminaba bajo tierra.

Ellos a mí nunca me quisieron, sabés. Ella lo decía en forma de pregunta y yo no le contestaba, pero claro que lo sabía. A mí tampoco me querían. La familia de mi padre siempre fue un relato dentro de la casa. Historias sueltas del campo, comida guisándose en un horno de barro, sabores que se parecían a otros, olores que le traían a mi padre ganas de contar algo de aquella infancia. Pero siempre las anécdotas de él llegaban en forma de una comparación que la subestimaba. Este lugar se parece al campo de Minas pero con más animales. Tu madre nunca pudo hacer un guiso como los que hacía mi madre cuando éramos gurises. Y la figura de un padre que odiaba a su hijo, ese recuerdo se le venía siempre, diferentes escenas que en cualquier momento aparecían tan nítidas como si las estuviera mirando frente a una pantalla. No, a mi madre no la querían y eran capaces de no decirle nada, de dejarla esperando para siempre.

Mirá que es confidencial, pueden matarme si hablás con alguien sobre esto, me dijo la noche que salía para José Ignacio. Y que si él no volvía, yo iba a tener que irme del país. Me lo hizo jurar, y yo le juré a tu padre y le pedí disculpas a dios por no entender qué era lo que estaba jurando. Yo estaba en camisón y serían las dos de la mañana, el teléfono estaba en la mesita de entrada y el hombre encargado de esa pensión mugrienta no se movió de ahí, me miraba desconfiado, no me quitaba los ojos de encima.

Esa noche mi madre se quedó tirada en la cama y lloró hasta que se hizo de día. La ratonera de José Ignacio duró más de lo que ella podía soportar, quería saber si mi padre estaba muerto o vivo y entonces una mañana marcó el número que él le había dado esa noche. Antes de que cayeran los demás tupas a la casa, se presentó el superior.

Imaginate la bronca de él que tenía que irse sin terminar su misión. Peor fue la bronca que tuvo después él contra mí. Lo metieron un mes en el calabozo. Yo me sentí tan culpable. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue la vuelta. Tu padre nunca volvió a ser el mismo y tampoco yo. Ya no me reconocía.

Te estás volviendo loco, le dije así, sentada al borde de la cama. Completamente loco te estás volviendo.

Mi madre me contó la noche en la que mi padre, todavía dormido, había intentado estrangularla. Ella se despertó en un quejido ahogado y lo golpeó con el puño en la cara, le tuvo que meter los dedos en los ojos abiertos hasta que él por fin se despertó sin entender lo que estaba pasando.

No te reconozco, no sos el mismo, le gritaba yo a tu padre.

Acostado en la cama boca arriba, él miraba el techo, enmudecido, como si estuviera solo, como si no entendiera el significado de las palabras que salían de ella.

Mi madre se le montó y le buscó los ojos hasta darse cuenta de que él estaba ido, golpeó el colchón con los puños cerrados, una, dos, tres veces y lo agarró con las dos manos para forzarlo a que la mirara.

Decime ahora, vas a decirme de una vez por todas quién es esa mujer de la que hablás cuando estás dormido.

Y fue como si se despertara de golpe, esos ojos negros que tiene tu padre se abrieron grandes, viste, como los abre él cuando se enoja. Bien así los abrió. Corrió las frazadas de un tirón y se sentó en la cama. Miró al piso unos segundos y se levantó.

Mi madre imitaba los gestos de él, hacía un relato lento, trataba de reconstruir los tonos de aquella noche. Ella se había levantado de la silla, había retomado su trabajo junto al fuego, revolvía el chocolate mientras me contaba con los ojos. Hay que revolver bien porque si no esto se empasta, decía, esto queda hecho una mole imposible de tragar. Ella raspaba el fondo de la olla para levantar el chocolate que se iba pegando al aluminio. Yo me miré los zapatos de charol negro, las medias de lana blanca, me acariciaba las manos sobre el paño de la pollera, todo estaba casi listo para que comenzara el cumpleaños. Yo quería poder abrazar a mi madre y decirle que yo sí la quería, que sin él podíamos vivir igual, que cada día íbamos a estar mejor. Pero hubiese sido difícil convencerla, ella rechazaba mi abrazo, evitaba el contacto físico conmigo desde que le había contado lo de Emilio. Mi madre no había vuelto a bañarme después del domingo de Pascua; algo casi obligatorio como había sido estar desnuda frente a ella se había vuelto una incomodidad muda entre nosotras. Lo haría quizá sin darse cuenta, pero ya no venía a besarme por las noches, nuestros cuerpos se habían separado sin más y desde entonces me apenó que no hubiera habido despedida. Si una supiera cuándo es que va a aparecer la distancia, al menos se prepararía. Pero con mi madre fue así, quedamos de repente en orillas paralelas.

Ella seguía revolviendo el chocolate con la misma cadencia con la que rezaba el rosario.

Tu padre esa noche fue hasta el ropero, buscó entre la ropa hasta que se paró en la percha donde colgaba esa campera negra, esa de cuero que él usaba tanto. Metió la mano en la parte de adentro, donde el forro de la campera estaba agujereado y revolvió. A mí me pareció que se pasó un rato, revolvió y revolvió hasta encontrar lo que buscaba. Cerró el puño, vino hacia a mí arrodillándose a los pies de la cama. Me miró a los ojos. Casémonos ahora, me dijo. Yo estaba confundida y feliz, había esperado aquello por tanto tiempo que se me

aflojaron los hombros, el cuerpo todo se me aflojó de golpe.

Mi madre suspiró, hizo una pausa y dejó de revolver. Sacó la cuchara del chocolate y vi cómo sus hombros le cayeron a cada lado, estaba reviviendo la escena, miraba a la pared que tenía enfrente, la cuchara chorreó chocolate en el piso.

Entonces él ahí agarró mi mano que temblaba, imaginate cómo temblaba yo si hacía un rato había querido ahorcarme con esas mismas manos que ahora me sostenían. Él me agarró la mano y me puso este anillo, este con la piedra, el anillo que tengo guardado desde esa noche. Es un diamante, sabés. Es la piedra más preciosa y por eso yo nunca lo usé. Miedo de perderlo, de que me robaran. Y al final, mirá, me quedé con la piedra, perdí al hombre. De dónde sacaste esto, le pregunté fascinada. Yo sabía que él no podía comprar una piedra así. Pero ahí él va y me acaricia el pelo, me pasa su mano por la cara, me la pasa así, marcando todo el contorno de mi cara como a mí me gustaba, y después la deja sobre mi boca, me acaricia los labios en cruz, como se le cura una herida a una criatura. Vas a estar bien, me dijo tu padre, y me pasó su mano sobre los ojos hasta que me los cerró. Recién ahí él me besó en la boca. Ay, mi dios santo, yo estaba loca de amor por ese hombre, loca de felicidad, había dejado de lado toda la angustia que había sentido unos segundos antes. Hombre es así, tienen esa facilidad de hacer que una se olvide de todo con apenas tocarte. Tan apasionado fue ese momento, y ahí fue que él me miró a los ojos y me dijo así: Vamos a casarnos y voy a pedir la baja, pero no quiero más preguntas. Y yo le contesté con la cabeza que sí, que no iba a preguntarle nada, nunca, secándome las lágrimas, loca de alegría, muda de la emoción estaba.

Me levanté de la silla y abracé a mi madre por la espalda.

Andá que ya llegó el primero, me dijo corriéndome el brazo. Están tocando el timbre.

27

Ya no te duele, verdad, me preguntaba Emilio al levantarse de mi cama.

No, ya no.

Cuando mi padre se fue de casa, Emilio se quedó a dormir más seguido en el sillón de la cocina, un camastro de tres cuerpos que mi madre había traído de la fábrica cuando estaban por tirarlo. Ella lo pidió y se lo dieron, solo tenía que pagar el flete y sacarlo del hall de recepción ese mismo día.

En tu cuarto no va a dormir, oíste, solo se puede quedar si duerme en la cocina.

En ese tiempo yo no podía acertar si su tono era de culpa o de reproche. Más tarde entendí que las dos cosas convivían entrelazadas dentro de mi madre, desde ella había salido ese lazo que llegó hasta mí convirtiéndose en un cordón umbilical nuevo. Estábamos unidas, ella me alimentaba de sus pasiones, y por eso no era fácil saber quién era quién: madre, hija, mujer. El nuevo cordón nos desnutría porque en ese tránsito que había entre las dos no podía pasar nada de lo bueno que teníamos. Mi madre se secó dándome todo lo que más la hería y yo me llené de rabia, de culpa, de pena.

La culpa, nuestro común denominador, lo que nos dejó vivir bajo el mismo techo durante siete años más, la culpa que yo cargaba por tener eso tan especial, eso que había hecho que Emilio me viera y me eligiera entre todas, la culpa por sentir que algo mío lo buscaba a él, la culpa porque al comienzo no sabía si lo que sentía era feo o era lindo, pero sentir yo sentía y eso solo ya me acusaba de algo. La culpa por haberle quitado el hermano a mi madre para siempre, justo cuando mi padre acababa de abandonarla, por mi culpa ella no había podido llorarlo en paz, y vos que ahora te venís con esto, había repetido ella tantas veces. Yo tenía la culpa de que ella tuviera que pasar por todo eso, porque mi madre sentía culpa de haberme dejado con Emilio, y era su culpa también que yo le generara ese rechazo como si estuviera apestada. Porque mi madre sabía, ella en el fondo sabía que a los once años era poco lo que yo podía elegir.

Pero a mi madre le dolía, le dolía tanto que ya no quería hablar, y se consoló con ser la primera víctima, la única que tenía que cargar con la verdad y taparla aunque no quisiera. Pobre era ella que ni bien llegada de Brasil tuvo que afrontar un desalojo en puerta y una hija sin padre que había terminado por seducir a su hermano, un

verdadero sinvergüenza pero había que entenderlo a él también, decía mi madre.

Porque hombre es así y ella boba no es.

Yo boba no era y entonces era necesario conseguir un sillón para que Emilio durmiera por las noches, y el que mi madre se había conseguido estaba tapizado de cuerina marrón. Las sábanas amanecían corridas al día siguiente porque no había caso con la cuerina, no hay sábana que se le pegue, comentaba mi madre. Y esas noches por semana que Emilio se quedaba en la casa, mi madre cerraba mi puerta con llave antes de irse a dormir y era ella la primera en levantarse a la mañana para abrirme.

Mi madre había pensado en todo. Una tarde se apareció con una pelela:

La ponés debajo de la cama y así no es necesario que salgas de noche.

Yo ya estaba grande para eso y se lo dije, pero ella me contestó que por el momento iba a ser mejor que nos arregláramos así. Yo tomaba poco líquido durante la cena, evitaba sentarme en ese asiento de plástico naranja y tener que sacar el pis al otro día para tirarlo en el inodoro. Me avergonzaba horrores imaginar que Emilio pudiera verme con esa cosa hedionda en la mano, como si yo fuese un bebé que recién estaba dejando los pañales. Una mañana mi madre lo comentó en el desayuno:

Si vieras la gurisa cómo usa la pelela.

Ella y Emilio se rieron juntos. Cuando mi madre se fue, yo le pedí que nunca más se riera de mí con ella. Él volvió a reírse, yo no pude evitarlo y me largué a llorar. Y aunque me molestaba tanto llorar frente a la gente, ese llanto me sirvió para agarrar envión y seguir hablando, para contarle a Emilio que ella me encerraba por las noches, que mi madre no solo no me quería sino que lo que no aguantaba era que él sí me quisiera.

Para mí sos todo, me decía él entre caricias. Y yo de acá te voy a llevar conmigo.

Emilio me refugiaba adentro suyo y me trataba con un amor que yo nunca había conocido.

Pero el que no deja atrás no llega a lugar ninguno, decía Emilio, y yo pensaba que atrás no había nada para mí.

Aunque en ese presente tampoco había.

Iba a tener que esperar a crecer lo suficiente como para irme lejos con él.

Cuando yo volvía de la escuela, mi madre ya estaba en casa y terminábamos el día las dos solas. Ella se daba cuenta de que yo casi no le hablaba. Me fui acostumbrando a contestar sus preguntas de rutina, así ella podía hacer tripas-corazón y seguir cocinando para los

tres los días francos de Emilio, y conseguirle nuevas changas para que pudiera pasarnos plata, o contarle sus penas cuando lo sola que se sentía.

Ella se sentía sola desde siempre, como si yo nunca hubiese estado ahí.

Con el tiempo, la figura de ella se fue haciendo para mí cada vez más insoportable. Porque ella hablaba del dolor. Del dolor que sentía por haber sido abandonada, hablaba de su dolor como si fuera el único en el mundo. Y cuando yo le pregunté por mi padre, ella, al fin, me dijo que mejor me olvidara de él.

Me dijiste que si se entera vuelve y…

Mirá qué va a volver, tu padre. Sumíu, muchacha, o no te das cuenta.

Pero su carta dice que.

Las cartas son pura bobagem, todo mentira. Hombre que quiere estar, está, y vos no vas a decir nada de nada. Cómo te fue hoy en la escuela.

Bien.

Qué hicieron con Emilio.

Nada.

Nada, insistía ella.

Nada.

Miraste la tele.

Sí.

Entonces algo hiciste.

28

No hay cocinero que no tenga una comunión especial con sus cuchillos. Si una los mira de cerca, puede percibir esa lámina de placer que los envuelve al trozar la carne. Sus brazos como extensión de la hoja afilada atravesando, a fuerza de golpes repetidos y certeros, la maraña de carne y hueso sobre una tabla de cortar. Es justamente ese conocimiento del despiece de un cuerpo, y no otra cosa, lo que más alimenta su arrogancia vacilante. Porque los tipos saben que son tan esclavos como el resto del calor de la cocina, del humor del encargado, de las quejas del comensal. Su arrogancia entonces se alimenta de los puntos débiles de un cuerpo, ese lugar donde las articulaciones permiten la entrada del cuchillo, la hendidura posible, la amputación eficaz. Así es como los cocineros aseguran su superioridad dentro de la humanidad salvaje de una cocina, sumándose a la lista de ese tipo de personas al que se le ve de lejos las ganas de matar.

Yo también pertenezco a esa clase. Lo supe apenas empecé a trabajar.

La gurisa te va a andar bien, yo mismo le enseñé todo, le dijo Emilio al encargado mientras me palmeaba el hombro.

Él insistía en que empezara a trabajar incluso antes de que terminara la escuela. Trabajando los dos podemos irnos antes, me repetía. Arranqué con los fines de semana hasta que llegó el verano y ahí pude agarrar el turno cortado. El bar quedaba a unas pocas cuadras del departamento de él, y en el entretiempo de las tardes, entre un turno y otro, me iba a la casa de Emilio a descansar las piernas.

Durante el día él casi nunca estaba, pero me dejaba la comida preparada, la cama tendida y esas esquelas en la puerta de la heladera donde me decía cuánto iba a costarme tanto amor:

Lo de hoy son quinientos australes,
te quiero,
Emilio.

El chiste era que yo tenía que firmar la nota al pie. Junto a su nombre, mi nombre en imprenta.

Más tarde nos reíamos boca arriba en la cama mientras él revisaba las esquelas y sumaba a cuánto ascendía mi deuda, jurando que no era broma, que yo comía mucho desde gurisa.

Quién te dice tu padre se fue porque los estabas secando, bundinha.

Emilio bromeaba hasta que a mí ya no me causaba gracia y ese era el momento en el que él más se reía, Emilio se reía con ganas al ver cómo mis gestos se endurecían.

Hay que reírse de uno mismo, decía, no sos la primera gurisita sin padre. Al menos vos me tenés a mí.

Y a pesar de que jodiera aceptarlo, Emilio tenía razón.

Al menos lo teníamos a él. Las dos.

Cuando llegó el desalojo definitivo, él estuvo a nuestro lado todo el tiempo. Habló con el abogado, se asesoró bien. El tipo fue claro: esta vez no había vuelta atrás, no había más apelaciones posibles.

Están afuera, dijo.

Y entonces hubo que desarmar la casa en menos de una semana. Pusimos en venta casi todo y sacamos lo suficiente como para pagar la mudanza y adelantar unas semanas en la pensión. Los vecinos venían a mirar las cosas, regateaban. Emilio era el que se ponía firme o nos hacía la seña de que aceptáramos lo que ofrecían. Me daba más bronca que vergüenza ver cómo se llevaban el espejo de la habitación de mis padres, las mesas de luz, las cortinas de los cuartos, las tazas, la ropa que había quedado de él y que se probaban en el baño. Entraban, agarraban, miraban, calificaban, y ofrecían de menos. Sabían a la perfección cuál era el apuro.

Fue una semana insoportable de ver cómo nuestra casa salía a la calle objeto por objeto, de mano en mano, al mejor postor. Nuestra vida ahí adentro se deshacía lenta pero estrepitosamente. La casa desarticulada, descuartizada, como una maraña de carne y hueso, a la vista de todos.

Después del desalojo, mi madre se fue en picada. Sus nervios se desmejoraron mucho, hablaba un lenguaje más mezclado que el de la frontera y, por primera vez en su vida, comenzó a asegurarse de tener siempre un dinero extra que iba guardando, pensando que yo no me daba cuenta, abajo del colchón, entre su ropa, dentro de los zapatos. A veces, entre la ropa, escondía también restos de comida. Aunque los metía en bolsas de plástico anudadas, con los días, indefectiblemente, el placard de dos puertas empezaba a largar un olor a podrido que inundaba la habitación.

Cualquier una cosa pode acontecer, la gente nunca sabe ou que pode acontecer, repetía.

Mi madre hubiera preferido que nos llevara a las dos juntas, que nos hiciera un lugar en el departamento al que se había mudado pero, incluso antes de hablar con el abogado, Emilio ya tenía la dirección de una pensión familiar en Liniers donde podíamos vivir por un precio aceptable.

Êle no quiere cargar con nos, se quejaba mi madre.

Por qué tendría si no es tu marido.

Ni tampoco o teu.

Mi madre decía que nos merecíamos lo que nos estaba pasando, sentía temor del pasado, del presente y del futuro, antes que a cualquier otro santo, ella invocaba al diablo pidiendo que nos perdonara, que pasara de largo, que no nos llevase con él.

Aquí ya no tein santo que escute, no fica lugar no ceu pra nos.

Ella intentó oponerse varias veces cuando comencé a quedarme en la casa de Emilio por las noches, al salir del bar. A veces era con las palabras y otras con el cuerpo. Me agarraba del brazo, se estampaba en el marco de la puerta, con los brazos abiertos, impidiéndome la salida a la hora que yo tenía que ir a trabajar.

É coisa do diablo o que vocês fazem, gritaba. El vai te dejar na rua, o Emilio no puede querer bien a ninguein.

Mi madre sufría al ver cómo habían terminado las cosas, se remordía al ser testigo de la relación que teníamos con Emilio. Pero yo ya no me callaba. Yo le recordaba, cada vez que podía, cómo había sido ella la que me había puesto en su cama.

Vos hablás así porque a vos tu hombre no te quiso.

Mi madre intentaba cachetearme pero yo ya le ganaba en fuerza. Cuando me levantaba la mano, yo se la atajaba en el aire y la empujaba arriba de la cama.

Ele vai te dejar na rua, cabeza de vento. Ella me gritaba así mientras yo salía de la habitación para irme al trabajo tratando de no volver, de hacer todo lo posible para que Emilio por fin me invitara a quedarme.

Pero la mudanza a lo de Emilio fue tan natural que ninguno de los dos tuvo que decir nada. Una noche, dos, tres por semana hasta que un día, haciendo la limpieza de su casa, me hice un lugar en el ropero. Mi ropa, que colgaba de las sillas, desparramada a los pies de la cama, comenzó a ordenarse entre sus camisas y sobre sus pantalones. Yo rociaba mi perfume en toda la casa para que oliera más a mí.

Al llegar el día de dejar la pensión, traté de irme en paz con mi madre. Pagué lo que se debía y le adelanté dos meses del alquiler.

A vos no te va a faltar nada, ma.

Isto é um pecado grande, muchacha.

Eso fue lo último que me dijo, dándome vuelta la cara, cuando me acerqué a besarla.

29

Ya estaba trabajando siete días por semana, Emilio me había conseguido para hacer extras los sábados y domingos en el Venado Dorado, un servicio de catering que contaba con cinco brigadas de banquetes, así las llamaban ellos. Pagaba el doble que los demás pero te mataban de hambre durante doce horas mientras servías comida kosher para casamientos, bar mitzvah y cumpleaños de quince. Un negocio familiar con un capataz cada diez mozos, persiguiéndote para cargar tu bandeja cuando ya no podías subir un escalón más. A la mañana temprano, cuando comenzaba a amanecer y el final de fiesta ya estaba pisoteado en el suelo, tenías que pasar a cobrar con tu traje completo en la mano para devolvérselo a la empresa. El mismo capataz que te había mortificado durante toda la noche era ahora el que se encargaba de examinar cada prenda para ver si habías perdido el moño, un guante o si la camisa estaba demasiado sucia. En caso de ser así, se descontaba el dinero de lo que valía la extra.

Al volver a la casa de Emilio, me tiraba a dormir durante todo el día hasta que me levantaba otra vez el chirrido del despertador para entrar al catering siguiente. Nunca había estado tan flaca en mi vida, no importaba lo que comiera al volver del trabajo, la cantidad de escalones abajo y arriba, más el peso de las bandejas que cargaba por semana dentro de esos trajes con pantalón y moño hicieron que, sin darme cuenta, fuera perdiendo kilo tras kilo. En esos días yo pensaba mucho en mi padre: la gastronomía no era la universidad que él había querido pero al menos era un buen entrenamiento porque el trabajo me había dejado flaca pero fornida. Trabajando con esos cerdos del Venado Dorado había dos opciones: o te hacías más fuerte que ellos o morías en el intento. Y no era una de esas frases que se dicen porque sí.

Una noche de banquete, una de las camareras que trabajaba en mi brigada por poco no queda paralítica. Se había trenzado con la chef principal, que era la hija de la dueña, porque la había encontrado en el descanso de la escalera metiéndose un knishecito en el bolsillo del pantalón. La chef la agarró del brazo, la chica se resistió, y el forcejeo terminó con ella desparramada en el suelo al final de la escalera. La chica se fracturó una pierna y no pudo volver a trabajar por un tiempo, tampoco volvimos a verla aparecer por la brigada. A pesar de que todos habíamos sido testigos del maltrato a esa chica, la hija de la dueña declaró que había sido un tropiezo y ahí quedó la cosa.

Yo era de las que sobrevivía, sabía cómo hacerlo.

Para gastronomía ya tenía el temple, solo había que ir conociendo los códigos de a poco. Emilio me instruía en cada detalle de ese mundo: me hablaba de la locura de la gente de la cocina, la delincuencia de los camareros, la envidia que le carcome las entrañas a los encargados, la angurria exagerada de esa mujer que había llegado a ser la dueña de un servicio de catering con el logo de un Venado Dorado.

Una vez Emilio me dijo que la cosa era así: en este trabajo, aun más que en otros, si quería lograr privilegios, iba a tener que acostarme con los dueños.

Y a vos no te importa que yo lo haga, le pregunté.

Pero como siempre, Emilio se empezó a reír y a decirme que aquello era broma y que yo era libre de hacer lo que quisiera.

Eso tampoco era verdad porque yo no era libre todavía. Yo trabajaba de esa forma para ahorrar lo suficiente, para salir de Buenos Aires y perdernos juntos por Brasil cuando él lo decidiera. Elegiríamos una playa y pondríamos un bar, yo iba a trabajar para él y no hacía falta que nadie supiera que estábamos ahí. Las playas en Brasil son muy grandes, hay de norte a sur, decía Emilio.

Él me había hablado de esas playas cada noche, me las había prometido desde que tenía seis años. Yo no quería ser libre de él. Por qué me lo proponía si él era todo lo que yo tenía en mi vida.

Todavía era muy chica y yo no quería tener a ese bebé. Emilio fue el primero en decirlo y solo me ganó de mano, pero lo cierto era que yo tampoco lo quería.

Lo buscaste, decime la verdad.

Nunca antes lo había visto mirarme así, tenía sangre en los ojos.

No. Te juro que no.

Y entonces cómo puede ser.

A veces me olvido de tomar la pastilla, no sé…

Emilio daba vueltas a mi alrededor, caminaba en círculos, como si estuviera dentro de una jaula, mientras me gritaba que yo sí lo había buscado, que yo sí quería a ese hijo.

Con esto rompiste todo, te vas a quedar sola, porque siendo así yo no voy a poder quedarme contigo.

Yo le pedí por favor, le grité que no me dejara, traté de besarlo pero me arrancó las manos de su cuello y me apartó de él. Ahora me miraba con desprecio.

Andá a saber si es mío, si no me estás mintiendo y vas por ahí acostándote con cualquier macho que se te cruza en el bar.

Yo ya no podía casi hablar, el llanto me bajaba por la garganta y entonces me arrodillé, quise jurar por alguien o por algo pero él era lo más valioso que yo tenía. Juré por él, a los gritos, juré por su vida que

yo nunca me había acostado con otros hombres.

Sos el único, Emilio, y vos lo sabés…

Lo miré desde el piso y levanté los brazos en alabanza. Sin él yo no sabía cómo ser en el mundo.

Levantate, me dijo, y de repente me agarró de las manos llevándome hasta su boca.

Esa noche no quiso hablar más del tema y fingió creerme solo hasta que me lo saqué.

Es lo mejor para todos, repetía, es una vida que no tiene que nacer.

Después de eso me dejó la última esquela. Que me quedara yo en el departamento, había escrito. Que pagara yo el alquiler porque él por un tiempo no iba a volver. Que no podía soportar que le hubiera mentido. Ese embarazo nunca había sido de él.

30

De la última vez que vi a Emilio ya pasaron dos años y esa última vez fue acá en Rivera. Dos años puede ser poco o mucho tiempo, todo depende de la vida que los cuente. Para mí es mucho. Es demasiado cuando solo tengo un franco a la semana y el resto de los días me la paso sirviendo platos y picando a escondidas de las sobras ajenas. Los platos vuelven fríos y las servilletas perfumadas de las manos que las tocan. Las servilletas huelen mejor cuando vuelven al tacho de mantelería sucia, el perfume importado se impregna más que el suavizante para ropa.

Los platos vuelven fríos, y mientras los dejo en la bacha me meto en la boca el mismo tenedor que acabó de usar la mesa más cara. Cuando no queda ni un cliente lavamos los pisos levantando las ciento ochenta sillas que van sobre las mesas. Si la noche viene con yapa, alguien se olvida algo y entonces porto celular o anteojos nuevos. Si lo que encuentro es plata, y alguno de mis compañeros me está mirando, entonces la plata va al tronco común de las propinas.

Dos años es mucho tiempo cuando el tiempo no es mío. Después de lavar los pisos y fajinar toda la vajilla, dos veces por semana paso media hora en el depósito del restaurante. Entre cajas con copas nuevas, ceniceros de cristal y botellas de whisky etiqueta negra, me agarro a los estantes mientras el dueño me va subiendo el delantal y toda la cristalería adentro de sus cajas comienza a temblar y rechinar al ritmo de nuestra cogida. Después de fumar juntos unas secas de porro, bajamos con la lista del stock terminada y ese es el momento de la noche en el que la gente de la cocina se mira, sonríe y comenta por lo bajo.

El dueño está casado y una vez al mes yo les sirvo la comida a su mujer y a sus hijos, él se sienta con ellos y a todos les dice mi amor. Dos años es mucho tiempo. La grasa de las frituras se hace parte de la piel, el desodorante de ambiente, esa mezcla dulzona entre frutilla y local de shopping se te impregna en la ropa y te persigue a donde vayas.

Emilio sabe muy bien de qué se trata esto, trabajó toda su vida como jefe de cocina. Un restaurante en las Lomas de San Isidro fue su último despido. Amenazó con un cuchillo al dueño del lugar porque el tipo le debía ya varios meses y acababa de llamarlo negro hijo de puta.

Un cuchillo afilado sobre el cuello del tipo que no paraba de temblar. El ayudante de cocina los separó y el viejo le cambió la

denuncia para no verle la cara nunca más sin pagarle un centavo de lo que le debía.

Las causas de los despidos y las renuncias que Emilio iba acumulando nunca quedaban del todo claras. Mi madre siempre decía que él iba a terminar mal aunque fuera el único de la familia que había nacido con suerte. La maldición de los hombres como él es tener demasiado carisma, demasiado talento, demasiada belleza y no poder capitalizarla, convertirla en plata que dure, decía. En cambio a ella lo que le faltaba era talento. Con los dones de Emilio ella habría hecho tantas cosas, dios le daba pan a quien no tenía dientes, ella criando a su hija y él viajando en cruceros como jefe de cocina. Emilio se daba el lujo de desperdiciar trabajos tan bien pagos. Pero eso se pagaba en vida, el trabajo no se desperdicia, decía mi madre. Como ya lo había dicho tantas veces la abuela: O Emilio naceu pra acabar arruinado.

Sin embargo, todos aceptaban los regalos que Emilio traía de sus viajes, y la abuela lo besaba en la frente cada vez que él le cambiaba la cocina o le daba el dinero que necesitaba para arreglar el baño de la casa.

Emilio y yo nos parecemos. Cuando era chica, por la calle, muchas veces pensaban que yo era su hija. Cuando eso pasaba, nosotros no aclarábamos nada. Nos mirábamos, nos sonreíamos y seguíamos de la mano. Nos gustaba que la gente nos viera como padre e hija.

Él y yo tenemos los mismos ojos oscuros y hundidos, el reborde negro de las pestañas tupidas, la nariz en punta, la piel oscura. Él decía que no éramos negros, que nosotros éramos cobrizos, como los charrúas. Su abuela era mestiza y de ahí habíamos heredado los pómulos salientes, el blanco del ojo amarillento. Las piernas de Emilio tenían un contorno casi femenino, ahí la piel brillante y lampiña donde las várices se le marcaban renegridas en las pantorrillas.

La sangre es como el agua, si no corre, desborda, deja de circular y se termina estancando en las piernas, esto es la vida del cocinero, me explicaba Emilio, acostado boca abajo mientras yo seguía con la yema de mi índice la ruta que marcaban esas venas ramificadas como cañerías. Cuando mi dedo llegaba al tobillo, yo me quedaba en sus pies. Los dedos largos, las uñas en cascada. La del pulgar derecho no estaba, se le había caído una vez. Un golpe fuerte que lo dejó rengueando y ya no le había vuelto a crecer. El cuerpo de Emilio estaba marcado y él tenía una historia para cada marca. Yo solo tenía que pedírselo y él se ponía a contar.

Tenía cortes antiguos y otros siempre recientes. Se concentraban sobre todo en las manos y en los brazos. La mayoría, decía, eran de cuchillos de cocina. Y en la espalda esa cicatriz de quemadura que le tironeaba la piel. Brillaba como si el aceite estuviera recién desparramado. Esa cicatriz tenía dos historias.

Yo era muy gurí, empezaba él. Su madre no lo había visto jugando debajo del marco de la ventana de la cocina, la que daba al patio de la huerta. Ellos eran muchos para que ella anduviera mirando qué estaba haciendo cada uno. Esa vez, en pleno sol de mediodía, cuando limpiaba todo el cacharrerío que había ensuciado para preparar el almuerzo, la abuela le tiró una olla de agua hirviendo sobre la espalda. La otra historia es la que cuenta mi madre. Dice que esa cicatriz fue de más grande, cuando Emilio agarró la calle. Mi madre dice que dos hombres llegaron de La Línea una noche para avisarle a la abuela que Emilio estaba internado. Hacía un tiempo largo que él ya no paraba en la casa y la abuela salió arrastrando los pies y atándose el cinturón de su deshabillé de paño.

Ese cara não presta neim pra briga, había dicho ella mientras les cerraba la puerta en la cara de un golpe. Y volvió a acostarse con el mismo apuro con el que se levantó a abrir.

Esa es la historia que cuenta mi madre y hasta ahí llega. Lo que yo sé es que la cicatriz empezaba en el cuello y se iba abriendo paso por todo lo ancho de la espalda hasta terminar estrechándose al alcanzar el muslo izquierdo.

De los cortes él no renegaba nunca, hasta parecía agradarle que se le vieran. Con el tiempo las marcas se convertían en gruesas líneas casi musculosas. Iban oscureciendo y poco a poco la piel en esos lugares se le volvía rígida como el cuero.

En cambio, la marca de la quemadura era otra cosa. No desmentía la versión de mi madre, simplemente me contaba la suya, esa no era una marca para alardear, no había valor en ese surco del cuerpo. Solo ahí su piel era suave. Tan suave como tensa.

Muchas veces, acostada junto a él en la cama, imaginaba que podía, con tan solo un rasguño afilado, tal vez un leve pinchazo, hacer brotar de la suavidad de esa vieja herida, todo el líquido espeso que circulaba por debajo, toda la sangre contenida por ese cuerpo tan inmenso, toda la sangre que nos unía y nos separaba al mismo tiempo.

31

¡Olha y aprende! El vozarrón de João llega desde una de las mesas mientras levanta el brazo llamándome a su lado.

Le tiro un beso como toda respuesta para decirle que mejor me quedo parada donde estoy. João se está jugando toda la plata que hizo durante el día en La Línea mientras yo lo miro perder. Ya van cuatro veces que le digo que nos vayamos a dormir, pero no hay manera de arrancarlo de estos lugares una vez que entra. Acá nadie sabe nada de Emilio ni han escuchado siquiera hablar de él, sin embargo no dejo de controlar la puerta. El recambio de hombres, mujeres, vasos, ceniceros, insultos y miradas no se detiene en ningún momento de la noche. Algunos se levantan de sus sillas en silencio, cuando ya están pelados, dejando sobre la mesa todo lo que traían en sus bolsillos. A los que pierden se les nota en la cabeza, les cuelga del cuello cuando cruzan la puerta que da a la calle. Salen con las manos en los bolsillos, borrachos todos. Los que se quedan adentro se ríen sin pudor pero con mesura, se ríen midiendo que su gozo por la bonanza no despierte la envidia violenta de los otros, los perdedores que terminan la noche a punta de faca. Eso es lo bueno de João, a él no le importa perder, vamos a salir de acá abrazados, borrachos y dando alaridos como si hubiera ganado todas las rondas. Él me dice que es otra persona desde hace una semana, que desde que me encontró ya no anda peleoso por ahí, con ganas de partirle a alguno la cara. No sé cómo sería antes, pero es verdad que en estos días es pura sonrisa. Sonrisa pura y dura la de João, pero sonrisa al fin. Y a decir verdad, algo me contagia. Estar con él me hace más llevadera la frontera aunque no debería perder de vista a lo que vine. Me da vueltas en la cabeza aquella frase que decía mi padre: para encontrar a quien se escapa primero hay que saber cómo es su miedo. Emilio ahora jugando a la presa y temblando de miedo. Ele naceu pra acabar arruinado. Su madre sabía lo que había parido. Y yo conozco su miedo, esa paranoia de querer ser invisible a los ojos de todos aunque nadie te esté mirando, miedo y certeza de que más pronto que tarde, ya no habrá nadie que te quiera seguir. ¿Y si no, qué queda? ¿Bajar la guardia y de pronto confiar por completo? No. No se puede dejar de estar alerta, porque es ahí cuando te descubren y se termina de romper lo que ya era frágil, lo que pendía de un hilo. Ahí rompés y te rompen. Será por eso que Emilio me dio esa dirección falsa, para extender el juego un rato más, para asegurarse ese poder que siempre tuvo sobre mí, para que sea yo la que todavía lo sigue buscando.

La puerta se abre y vuelve a cerrarse con llave. El hombre que hace de portero ya no saluda a los que entran, la bienvenida se le va gastando con el correr de la noche. Hay una música. Se abre camino entre los claros de ruido que se producen por momentos, dura apenas unos segundos en los que ella entra, es Clara Nunes cantándole a Xangô, imposible no reconocerla. Después ella sigue, entre la cadencia errática de los jugadores, y yo adivino por qué parte anda la melodía que se me mete en el cuerpo mientras la voy tarareando con la cadera.

Clara Nunes es música de infancia, su historia me fascinó cuando la escuché por primera vez a la salida de un terreiro. Una mujer que había participado de la ceremonia mencionó a Clara Nunes mientras le advertía a mi madre que una vez adentro no era bueno salirse de la religión. Nos contó que la Nunes no se había muerto por la operación de várices como dijeron. A la hija de Ogum con Yansã se la llevaron los propios padres por alejarse del culto, por atreverse a pensar que lo que había logrado en la vida era puro mérito de ella y no la recompensa de los dioses por su completa entrega y adoración. Clara había cometido el error de ponerse delante de ellos, de querer ser más. A los dioses le debemos la vida entera, nos dijo la mujer. Mi madre le agradeció el consejo, me agarró de la mano y me sacó de ahí a las apuradas. No hablamos nada en el camino de regreso pero yo adiviné que mi madre se había quedado con miedo. Ella, como yo, sabía que no podía cumplir con tamaño acto de indiferencia hacia sí misma. La religión tenía que servirle a ella y no al revés.

João vuelve a levantar la mirada de la mesa de juego para marcarme con la cabeza que vaya a hacerle compañía a su lado, pero como no respondo vuelve a gritarme eufórico:

¡Vein aqui, muier, preciso de boa sorte!

Me doy vuelta para preguntarle al barman cuál es el nombre de la canción que la Nunes va rezando. El hombre agarra la tapa del cd y se fija en el número del tema. Es Canto das três raças, me dice. Le sonrío porque me gusta la coincidencia que solo yo sé, pero además me gusta él, que me está devolviendo la sonrisa al mismo tiempo que me estira la mano sobre la barra cuando, por un impulso que me arrastra el cuerpo, yo me vuelvo para mirar el salón.

Mis ojos van directo hacia la mujer cincuentona que toma cachaça como si fuera agua. Ella lanza las cartas y levanta la mirada para ver la reacción de los demás, porque sus cartas caen sobre la mesa con otro peso, como si en vez de ese material suave y deslizable estuvieran hechas de plomo. La mujer se sabe ganadora de antemano, por la mueca que hacen sus labios al entreabrirse sale una carcajada muda.

El barman me está hablando, me toca la espalda pero yo no puedo sacarle los ojos de encima. Me quedo recostada sobre la madera de la barra mientras me dejo acariciar y João me sigue llamando, por la

manera en que mueve la cabeza ya se parece más a un muñeco de ventrílocuo que a una persona.

La mujer de pronto apoya sus cartas sobre la mesa y mira al barman para señalarle su vaso vacío.

Por fin me vio.

Nuestras miradas se cruzan mientras ella hace sonar la armadura de pulseras metálicas que le adornan el brazo.

Vai, me serbe uma mais, grita desde su silla, agitando el vaso en la mano levantada.

Sus rasgos de negra, esa verruga gigante en el brazo y su voz rasposa me recuerdan a mi abuela. Uno de los hombres de la mesa le pide que haga silencio, que siga jugando.

Que faça o qué. Ella lo mira severa y el hombre se calla acatando la orden.

La mujer lleva una pollera blanca hasta las rodillas y en los pies unas sandalias altas cubiertas de perlas de plástico. Los pechos se le escapan por el escote redondo de una camisa de gasa casi tan negra como su piel.

Ella se vuelve a la barra para mirarme a mí. Apoya otra vez las cartas sobre la mesa y espera unos segundos.

No parpadea, en sus ojos hay una fuerza extraña, una mezcla de hondura eléctrica como la que llevan los peces de aguas profundas.

Mi espalda se aleja algunos centímetros de la barra arrastrada por unos hilos invisibles. Entonces, sin proponerme nada pero con una determinación que ignoro de dónde viene, agarro el vaso que el barman acaba de servir para ella, le doy un sorbo largo y me acerco a su mesa caminando despacio.

La mujer no despega su mirada de la mía. Espera a que yo llegue hasta el borde de su mesa.

Boa noite, Pomba, me dice.

Boa noite, contesto.

Me recorre de arriba abajo con la mirada y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza la mujer agrega:

Meu nome é Alba e você tá aqui hoje pra falar conmigo.

32

Você tá procurando mal, me dice Alba cuando le dejo el vaso sobre la mesa.

Ella me agarra de la mano y yo me siento en la silla vacía a su lado. Obedezco sin hacer preguntas mientras observo cómo gana todas las partidas. Cada vez que retira de la mesa el dinero ganado, me lo pasa a mí.

Guarda esto, me dice guiñando un ojo.

Al principio creo que el guiño es para mí pero más tarde me doy cuenta de que es un tic, lo hace cada vez que sus manos tocan la plata. No entiendo si lo que me está dando es un regalo o si solo quiere que se lo guarde hasta que ella termine de jugar. Mejor no preguntar nada, esta mujer es rara pero por alguna razón me inspira confianza. No deja de llamarme Pomba. Si yo soy una paloma, entonces ella es un halcón. Con esos dedos largos, el esmalte blanco perlado y la línea que le divide las manos a la mitad, ese color negro oscuro que se va aclarando cuando se convierte en palma. Sí, esta Alba debe ser un pájaro de altas cumbres.

Ya no tengo bolsillos dónde guardar la plata que ahora se va acumulando sobre mi pollera. Trato de no moverme de la silla, tengo miedo de que se me caiga algún billete o de que alguien me los arrebate. Va a ser mejor sostener la plata entre el corpiño, y ahí está João que no me saca los ojos de encima. Ya no sonríe, me mira frunciendo la boca con recelo. Yo levanto los hombros haciéndome la desentendida, no quiero que se acerque a nuestra mesa porque João sigue perdiendo y aunque siento algo de pena, no puedo ir hacia él ahora. Mal en el juego y mal en el amor. João se sabe desplazado, lo estoy abandonando por esta mujer que ni conozco porque en ella, presiento, hay algo para mí. No solo es toda esta plata que ya no me entra entre las tetas y que voy a tener que empezar a sostener entre el elástico de la bombacha junto a la cadera, es algo más que emana de ella y que hace que me quiera quedar a su lado.

A Alba parece gustarle mi cuerpo convertido en billetera, me señala y le comenta algo al oído al hombre junto a ella. Acá adentro no hay ni una ventana abierta, me transpiran las tetas, siento las gotas bajando hasta el estómago. El calor se hace más intenso en las partes del cuerpo donde me pongo los billetes. Esta es plata que quema. Sigo tomando el resto de la noche y transpirando a la par, concentrada en la partida y en que el dinero no se estrague con mi sudor.

Fica tranquila, me dice Alba.

Sus ojos negros se le vuelven transparentes. Ella muestra los dientes blancos, los labios morados, las encías rojas cada vez que sonríe.

Con todo este dinero podría asegurarme un mes más de búsqueda sin tener que trabajar. Pero mejor no pensar en eso, mejor no pensar en nada, desde el instante en que la vi me di cuenta de que ella puede escuchar mis pensamientos. Alba es el faro de esta noche y por eso la noche se termina cuando ella lo decide. Última partida, grita. Entonces el juego se acaba rápido. Yo voy sacando de todas mis partes la plata recolectada y coloco uno a uno, previa planchadita con la mano, cada billete sobre la mesa. Ella los cuenta ante la mirada extraviada de sus perdedores. Cuando termina, Alba corre la pila de billetes debajo de su mano hacia donde está la mía y me entrega todo.

É teu, mais fica a vontade, dice.

Me está invitando a quedarme con ella, es una invitación y al mismo tiempo una orden.

João, mientras tanto, se está levantando de la silla con esfuerzo, agarrándose del borde de la mesa. De pronto, los que aún quedamos en el salón, nos concentramos en él, observamos a João como esperando a que lo logre. Yo sé que si se levanta de la silla va a venir derecho a mí, a reprocharme por el abandono de esta noche.

Y sucede, João me mira a media asta mientras se acerca, con sus pasos torcidos, hacia donde estoy sentada con Alba. Su olor a alcohol nos aborda antes que él.

Você vein conmigo, me dice agarrándome del codo.

Soltame, me quedo con ella.

João se vuelve hacia Alba para escupirle un insulto que nadie llega a comprender porque las palabras se le atragantan en la boca. Alba se levanta de su silla y se para frente a él. Durante unos segundos, lo mira desde abajo con compasión. Luego le pone una mano en la frente y João enmudece dejando caer su cabeza hacia adelante. Parece una madre bendiciendo al hijo que se va de la casa. Con la otra mano, lo agarra por la nuca y todo el cuerpo de João recupera el equilibrio gracias a esa caricia. Por primera vez en toda la noche, Alba habla con una voz muy suave.

Vai con deus, meu fío, vai.

Con la espalda bien erguida, João se da media vuelta y sale caminando hacia la entrada. Al llegar a la puerta se vuelve hacia mí. Está sereno, la furia pasó por él como un huracán breve, dejándolo ahí parado y lleno de desolación. Las manos en los bolsillos vacíos, es un hombre sin rumbo.

No va a poder volverse solo al hotel, debería acompañarlo.

Deixa. Ele pode sim, dice Alba mientras lo vemos cruzar la puerta.

Allá va João, caminando derecho pero sin voluntad. Me pregunto qué es peor cuando, unos minutos después, somos nosotras las que nos

alejamos del lugar caminando en silencio.

Ya está amaneciendo y se escuchan los gallos en los patios de las casas.

Adónde vamos.

Al terreiro, Pomba.

Subimos por una avenida tan empinada y solitaria que parece un puente. Baja hacia los lados en terraplenes de tierra roja mientras las luces del bulevar dividen la doble mano, iluminando como pueden el paisaje tierra abajo. Hay casillas humildes, del tipo que se proyectó de dos plantas pero que por la mala suerte del pobre no alcanzó ni para el revoque fino. En los fondos de esas casas se oxidan las chapas que sobraron del techo, y con algunas de ellas y un poco de alambre, donde se pensaba plantar pasto, ahora se improvisó un pequeño gallinero. En los fondos hay botellas llenas de tierra, bañaderas de plástico en desuso, ollas con agua para aflojar la comida que quedó pegada de la noche anterior. Los fondos de esas casas son imposibles de ordenar o de limpiar. No habría lugar por donde empezar ni criterio para deshacerse de las cosas que se van acumulando apiladas entre los pastos que crecen. Hay tanto de desahuciado en estos fondos, me dan tanta tristeza. Es la tristeza de cada cosa que se junta y que se guarda. Todo eso formando parte de un proyecto que no se terminó, que se quedó por la mitad, que ya no va a poder ser. Estos fondos son como era el fondo de mi casa, porque la tierra que en un principio era esperanza, ahora está sucia y ocupada por restos. La vista de estos restos, cada día que pasa, es lo que desespera, es lo que recuerda el fracaso. Se me viene la cara de mi madre después de cenar. El codo sobre la mesa, la barbilla apoyada en una mano. Una sola mano sosteniendo el peso de toda una vida.

Ahí, me dice Alba apuntando con el dedo.

Es una casa humilde que solo se distingue de las demás por la pintura nueva. Es del tipo que de casa donde las paredes no comienzan en un zócalo, más bien parecen plantas que se levantan desde la tierra como si hubieran crecido directamente de ella.

Frente a la puerta de la casa de Alba, la tristeza pasa de lado y ahora me invade un sosiego. Pienso en que me gustaría hacerle mis preguntas en voz alta a la deidad que se incorpore. Antes de meter la llave en la cerradura Alba gira la cabeza sonriendo y me contesta en perfecto castellano.

Tus preguntas ya están hechas.

La puerta se abre. De adentro sale oscuridad.

33

En la última época que vivimos como familia, mi padre desaparecía cada vez más seguido y por más tiempo de la casa. Fue entonces cuando comenzamos a ir al terreiro. Los sábados muy temprano por la mañana tomábamos el cincuenta y cinco y nos bajábamos en alguna parte de San Justo donde la mãe Terezinha nos esperaba con una sonrisa tan blanca como su vestido. Cada vez nos repetía que si era de blanco mejor. Blanco impecable es de rico. Blanco de pobre não presta, se percude enseguida, decía mi madre buscando en los cajones la ropa más clara que tuviéramos para no desentonar en la roda.

Al volver a casa, después de almorzar, comenzábamos con las ofrendas a la Pomba Gira sobre el altar casero que le preparábamos en una mesa del fondo, junto a la máquina de cortar maderas. En medio del polvo del galpón y el humo de los inciensos, estaba la mesa con el mantel de crochet blanco que mi madre le había tejido en punto cadenita, el único que sabía hacer. El día que compramos la estatuilla en una santería de Liniers, ella se arrodilló y le habló a los ojos antes de dejarla sobre la mesita blanca.

Me perdoa, señora Pomba, é tudo o que eu posso fazer. Mi madre se disculpaba por la humildad del altar y al mismo tiempo le advertía sobre su devoción limitada. Si la Pomba no lograba lo que ella quería, volaría de mi casa junto al resto de las cosas que la mãe Terezinha nos había indicado comprar. La lista decía que lo que más le gustaba a esa mujer vestida de rojo con los pechos desnudos y el pelo negro cayéndole hasta los hombros, eran los cigarros negros, las frutas maduras, el vino dulce y el nombre del hombre al que se quería atrapar colocado bajo sus pies. Y a sus pies nosotras dejábamos todo lo que ella pedía para complacerla y que nos escuchara.

Cuando mi padre volvía a casa, mi madre estaba segura de que era la Pomba Gira quien lo había traído de vuelta. Feliz, indignada, aterrorizada de que él se fuera alguna vez para siempre, mi madre duplicaba la ofrenda y apenas si le hacía preguntas cuando él llegaba con olor a sexo en los bigotes.

Él la desesperaba metiéndose de lleno entre sus piernas, mojándose de ella para camuflar el perfume de las putas con las que se había gastado la plata. Me tuve que quedar de guardia, no pude avisarte, le susurraba mientras ella se excitaba y sufría al mismo tiempo. Mi madre decidía pensar que al final de cuentas él volvía a elegirla a ella, volvía con sed de ella después de tantos años juntos. Entonces lo

perdonaba, lo comprendía y le acariciaba el pelo mientras presionaba la cabeza de él contra su vientre tratando de saciarlo.

Yo lo escuchaba todo desde mi cama en la habitación de al lado. Me asombraba que el amor doliera de esa manera aunque tampoco era miedo lo que sentía cuando confundía sus gritos entre llantos y golpes contra la pared. Los ruidos se mezclaban para que al otro día todo fuera lo mismo.

Corre y gira Pomba Gira/ salve rainha/ o será será mandinga de amor/ Gira, Gira Pomba Gira/ o será será macumba de amor. Alba me había llamado Pomba Gira esa noche en la casa de timba y algo en mí comprendió enseguida que mi cuerpo podría encarnarla.

Corre y gira Pomba Gira/ salve rainha / o será será mandinga de amor /Gira, Gira Pomba Gira/ o será será macumba de amor. Mi madre y yo le cantábamos así mientras los carbones de incienso ardían y se balanceaban al ritmo de la oración dentro de una lata de duraznos en almíbar. Esas tardes de defumación aprendí que las Pomba Giras son las intermediarias en los trabajos que se les piden a los Orixás en el terreiro. Como la Virgen María, hay muchas de estas palomas que giran aunque en el principio era una sola.

Todo comienza con un rey que abandona a su reina por infértil, me contaba mi madre mientras acariciaba la estatuilla. Infértil es cuando una no puede engendrar, muchacha, cuando la semilla no prende y la herencia de sangre se corta, entonces el rey expulsa a su reina a los caminos y se va a la cama con una que sí le pueda dar un hijo. A la Pomba le pasó así, viró en mendiga desterrada vagando por los caminos hasta que fue salvada por el pueblo gitano que le enseñó las artes del baile y de la magia. Después de ese rescate, la Pomba Gira volvió como reina de los caminos, matando a la que le había sacado al marido y ocupando nuevamente su trono para convertirse en la señora del amor y de la magia, aunque ya no pueda darle su descendencia al mundo.

Junto a San Jorge con su caballo blanco, la Pomba Gira era mi deidad preferida hasta que mi madre rompió el pacto. En un ataque de nervios levantó el mantel blanco de crochet que cubría la mesa y San Jorge y la Pomba Gira giraron por el aire hasta caer al piso y descabezarse al mismo tiempo. Después de ese día, mi padre ya no volvió a casa. Ella agarró los inciensos, las velas, el coñac y lo tiró todo a la basura.

Así coincidíamos con mi madre, bastaba que yo me encariñara con algo para que ella sintiera el impulso irrefrenable de hacerlo trizas, como si las personas a las que odiaba en esos ataques de locura vivieran en las cosas que ella destrozaba. Yo tuve que aprender a no sentir así, aprendí a separar las cosas por un lado y las personas por el otro. Hay tanto hijo de puta que regala bien, y tanta gente bien que

nunca te da nada. Sin embargo hoy es distinto, no estoy calculando ningún bien material que pueda surgir de este encuentro.

Caminamos con Alba por el pasillo que corre al costado de su casa. Dejamos adentro los zapatos, ya estamos tocando el polvo con los pies. Ella me alcanzó un vestido blanco de un algodón muy gastado con escote de encaje y un lazo que me marca la cintura. Tengo el pelo suelto y me siento tan leve como feliz. Voy de su mano, abierta a lo que tengan para darme.

Cala a mente y fecha a boca, você está entrando a um lugar sagrado.

El reto de Alba me avergüenza.

En el fondo del pasillo hay una cortina de tiras plásticas multicolores que Alba descorre con la mano. Pasamos al salón principal del terreiro. Un círculo de personas hace silencio cuando la ven llegar. Ella me guía hasta la roda y me presenta.

Hay hombres, mujeres y niños. El altar ocupa casi todo el ancho de una de las paredes, está construido con mesas y bancos de distintas alturas, todos forrados con manteles blancos de encaje sintético. Sobre el altar, los jarrones de flores rojas, amarillas y azules se mezclan con los platos colmados de frutas cortadas en rodajas grandes. También hay cigarros negros y pedazos de carne cruda. Colocados a diferentes alturas están San Jorge, Iemanjá, la Pomba Gira, el Sagrado Corazón, dos Velhos Pretos con sus trajes blancos y sobre una repisa, arriba de todos los santos, una majestuosa Nossa Senhora Aparecida con el traje azul bordado de oro y una corona dorada mucho más grande que la cabeza.

Alba ya está en el medio de la ronda y empieza por saludar a San Jorge. Ahí vem, ahí vem, São Jorge da Aruanda, no seu cavalo branco saravá línea de Umbanda. Despacio y en movimientos sincronizados, hacemos girar la ronda. Empezamos a danzar, saludamos a Oxalá, epa epa babá y a todos los caboclos que están y también a los que no están sobre el altar. A todos y cada uno vamos saludando mientras alguien comienza la defumação, ese olor tan dulce. Tengo una náusea constante y llevadera. Todos cantamos, chasqueamos los dedos. Defuma esta casa no nome de deus, que o povo de umbanda, vein ver os fíos seus, me pasan la botella, un chorro de cachaça en el piso, pies mojados, descarrega, descarrega todo o que é ruim de você. Defuma esta casa anjo da guarda, epaieio epaieio y saludamos a Xangô. La roda gira. Los tambores se expanden con Xangô y Xangô llega, llega para abençoar a todos. Alba llama a los orixás de todas as pessoas aquí presentes, bato los pies en el piso, bato os pes, não posso parar de bater, pies eléctricos, me sube una corriente de los pies al cuerpo, tridente negro, manto azul dorado y me agrando por dentro, algo va creciendo dentro mío, soy yo que me agiganto en cada giro, laroie

laroie pomba gira, será será mandinga de amor, la roda me saluda laroié y lento, voy escarbando el suelo con los dedos de los pies, se disuelve todo en mí, laroié laroié, será será macumba de amor, una fuerza de rayo y viento entra pela fronte e sai pelos pes. Todo gira en luces rojas, el cuerpo está frío, se amarra al piso, escarba con los pies de la Pomba que gira y solo siente poder, náusea que não sai pra fora, de la garganta solo carcajadas que lo hacen crecer, amarra, amarra María Padilha das almas, corre y gira Pomba Gira, gira, gira, gira todo, o será será mandinga de amor, el cuerpo escupe saliva al suelo, huele cachaça, huele licor, la lengua se anuda dentro de la boca, os olhos abertos que não podem ver nada. Corre y Gira Pomba Gira o será, será macumba de amor, corre y gira pomba gira o será serámacumabadeamor,
Correygirapombagiraoseraserámacumbadeamor oseráserá.

Sé que estoy acostada sobre la tierra y que tengo frío. Antes de llegar al piso, no puedo precisar nada. Ahora estoy desnuda y soy dueña de mi lengua otra vez, puedo moverla, recorrer las grietas del paladar, la suavidad de los dientes. Tengo el cuerpo bañado en miel y me duele como si me hubieran dado una paliza. El humo de la defumación se alejó del terreiro pero sobre nosotros quedó su vaho de almíbar. Ya no tengo náuseas y otra vez se le está rezando a São Jorge en su caballo blanco, es una oración de paz que armoniza el aire del terreiro mientras dos mujeres muy viejas me masajean las piernas untadas en miel. En la cara se me dibuja una sonrisa que no puedo contener, quisiera agradecerles por lo que me están haciendo en el cuerpo. Ahora me recorren el vientre, van hacia el cuello, bajan por los brazos y siento una ternura tan profunda que hasta podría besarlas. Desde un recipiente de vidrio me va cayendo en el cuerpo la sangre de una gallina ofrendada. Una de ellas sigue masajeando mi piel, diluyendo la miel con la sangre todavía caliente del animal. Olor a hierro mezclado con miel, con el resto de incienso, con el sudor que los cuerpos dejaron después de la roda, la unión de todas esas emanaciones en vez de asquearme me produce un éxtasis al que no quisiera renunciar jamás. Pero después de esto vendrá Alba a traducirme lo que dije en el trance durante la roda, por eso ahora me entrego para que la sangre me purifique. Cordero de dios que quitas el pecado del mundo, danos la paz. Los ojos de la gallina muerta están duros y me miran. Cordero de dios, que quitas el pecado del mundo, no siento pena por el animal. Camino digno impone sacrificio, decía mi madre. La gallina muerta, sus ojos de vidrio me miran. ¿Acaso habría que compadecerse del sacrificado? El camino digno que ahora se ha despejado. Solo queda levantarse y empezar a andar.

34

Alba estaba ahí cuando abrí los ojos, seguía parada a mi lado con los pies descalzos, estirando su mano para ayudarme. Me incorporé lentamente, y ella guió mis pasos sosteniéndome por la cintura mientras decía que ya estaba limpia pero que ahora tenía que lavarme bien. Se desvistió junto conmigo y bajo la ducha fría del baño del terreiro me sacó la sangre y la miel del cuerpo, restregándome con las manos esa costra viscosa que se había formado sobre mi piel. Todavía mareada, yo me sostenía de su cuerpo ancho mientras el agua bajaba pesada por el caño de la pared, caía modelando y aflojando mis músculos hasta marcarme los contornos de los huesos. Alba me limpiaba desde los hombros hasta los pies. Ella subía y bajaba sus manos por mi cuerpo con un ímpetu casi violento, que sin embargo no llegaba a opacar el gesto de amor de esa entrega absoluta a la tarea y que, como un coletazo de animal herido, no hacía más que devolverme en ese instante al mismísimo cuerpo de mi madre.

Me despierto ahora en la cama de Alba pero ella no está a mi lado. Aunque todo el cuerpo me duela y a pesar del cansancio, siento una fuerza que me recorre desde los dedos de los pies hasta las sienes como en un impulso de corriente eléctrica. Puedo percibir músculos y tendones, sus contracciones involuntarias entre las articulaciones. Nunca había experimentado tanta conciencia de movimiento, esta nueva forma de despertar en el mismo cuerpo. Algunas imágenes de la roda todavía se superponen junto a los cantos y los tambores del comienzo. Sin embargo, los pensamientos llegan con una claridad extraña, como si se hubiesen liberado de los sentimientos que los acompañaban.

Pienso en la vuelta a casa, en que no es necesario morirse para dejar de amar a lo único que nos dio algo de afecto. Volver a casa… si a casa não existe, cuál será el destino de mi próxima vuelta.

Como amaneceu, Pomba.

Alba me grita desde el umbral de la puerta interrumpiendo mis pensamientos. Me incorporo en la cama, ella se sienta a mi lado y me agarra de la mano.

La cabeza. No para, le digo.

Alba me dice que tengo que caminar para que todo se acomode, que cuerpo y mente deben volver a encontrarse, que no confíe tan rápido en las primeras sensaciones.

A Pomba não é brincadeira. Precisas de aire da rua, me dice.

Caminamos para el lado de La Línea, estamos pasando por las

tiendas que venden los artículos de Umbanda y Kimbanda. La Iemanjá tan bonita y luminosa al lado de esos ataúdes de cartulina. Toda esta magia parece barata pero no lo es, cada una de esas cosas cuestan más de lo que uno puede imaginar. Alba no cobra, me dice que não ta bein cobrar pra fazer o bein, que la gente deja lo que puede y quiere. Como las propinas, le digo yo. Pero ella no me presta atención y sigue. A veces alguno va a limpiar, otros llevan flores y ofrendas para los santos.

Un chico de unos seis años pasa al lado de nosotras y nos estira rápido la mano obligándonos a agarrar dos volantes a cada una: hay un nuevo free shop que inaugura mañana y una perra desaparecida. Su dueño ofrece como recompensa un voucher para comprar en uno de los free shops de la línea.

Los free shops… La única cosa que mueve a este pueblo, le digo.

Ainda não sabes mirar, me dice Alba. Así não vai encontrar nada.

Entonces qué es lo que mueve a esta frontera

O axe, Pomba, todo gira en torno a isso.

Seguimos caminando en silencio por unos minutos. El aire se vuelve más pesado y me entran unas ganas tremendas de comer cualquier cosa. Ahora que lo pienso la última vez que comí algo fue un plato de feijoada ayer al mediodía. Axe. Creo que todavía no me queda claro de qué se trata, por qué fui elegida, si siempre estuvo ahí conmigo o qué. Se lo digo, le digo que no entiendo bien, le pregunto cómo empezó ella en esto.

Eu sempre fui da umbanda, até sin saberlo, empieza Alba, y me dice que antes de meterse en la religión, tuvo dos momentos en los que el axe le salvó la vida.

Uno fue el día en el que se llevaron a su padre.

No era un mal hombre, dice, mas andaba en el malandragem.

Alba aminora la marcha. Le cuesta caminar y hablar al mismo tiempo, toma aire por la boca y sigue.

Ella recuerda que tenía diez años y era una mañana de domingo, de pleno sol. Estaba pasando café en la cocina de la casa, la madre había salido a comprar el pan y le pidió que ella se encargara del café. Sus dos hermanas menores todavía dormían en la cama grande junto al padre. Alba miraba la espuma del café molido arrinconarse contra los bordes del filtro de tela y en ese momento apareció una figura en medio de la borra, era una mujer que comenzó a hablar dentro de ella. Entrecerró los ojos, sintió que algo muy malo estaba por acontecer. Ahí fue que escuchó el estruendo en la puerta de la casa y vio cuando esos dos hombres se metieron y le apuntaron con sus armas largas. Que puede recordar cómo se le cayó la pava de agua hirviendo al piso quemándole los pies, me dice, pero sin embargo no logra recordar el dolor, solo que se quedó en silencio percibiendo que algo la protegía.

La marca de la piel quemada nunca apareció en sus pies. A su padre se lo llevaron y días más tarde la policía encontró su cuerpo en un basural.

Alba mira al cielo, como si el recuerdo estuviera allá arriba y ella lo pudiera traer con los ojos. Alba recuerda y se le ilumina la cara de repente. No hay signos de tristeza, es como si esa historia fuera un río sobre el que ella pudiera caminar con facilidad, sin hacer siquiera el esfuerzo para que ese pasado no la ahogue.

Después de eso, fue a parar a un convento donde vivió pupila hasta los dieciocho años. Una congregación de monjas misioneras orientadas a la infancia y a la educación.

Infância y educação, repite Alba indignada. O que elas faziam era trocar cama e comida pelo trabaio de escravo. Me cansei de limpar o culo branco delas.

Con el tiempo pudo perdonar el abandono de la madre, dice, y que nunca más supo de ella hasta que años más tarde, ya siendo mãe de umbanda, logró verla en una roda, toda vestida de blanco, sentada junto a Oxumarê. Ese día Alba terminó bañada de pies a cabeza. Era su madre, dice, que la bendecía transportando el agua que cruza entre el cielo y la tierra.

Le pregunto cuál fue el otro momento del axe pero ella hace un alto en la caminata y se agacha para agarrarse las rodillas. Frunce el ceño cerrando los ojos.

Estás bien.

Sim, mas paremos, preciso uma bebida.

Sus rodillas están deformes de la hinchazón. Me acerco para ayudarla pero Alba enseguida se incorpora sin poder disimular el dolor.

Qué tenés en las rodillas.

Alba sacude la cabeza y sigue caminando.

Vamos a aquel puesto de xis, le digo.

Tá hambrienta, fedorenta.

Me huelo las axilas, no es una broma, este calor de la frontera saca el peor olor de mí.

La carcajada de Alba me llega cuando todavía tengo la nariz clavada bajo el brazo derecho. Me limpio los sobacos con las manos y me las huelo otra vez.

Lo peor, le digo, es que ya ni me lo siento.

Não, isso não é pelo calor, ese ahí, Pomba é o cheiro da sangue, da mistura.

Nos sentamos en la única mesa amparada por la sombra de la estatua de Artigas. Las sillas de hierro están un poco flojas. Le recomiendo que tenga cuidado al sentarse, por las rodillas, le aclaro. A Alba no le gusta que se lo recuerde. Ella mueve la silla para que las

patas se apoyen firmes sobre la tierra, se sienta y le chista al hombre del puesto dando golpecitos con el dedo índice sobre la chapa. La uña perlada de Alba le señala al hombre el letrero de Antártida impreso sobre la mesa.

Me traz uma congelada, le dice.

Alba separa las piernas y se las abanica con la pollera, se seca la frente con una servilleta de papel y continúa con el relato. Me habla ahora de Nossa Senhora Aparecida, dice que desde que la vio por primera vez en el templo del convento, le gustó que fuera una virgen completamente negra y parecida a ella. Coleccionaba las estampitas, los rosarios, se aprendió todas las canciones que le fueran dedicadas. Un día, recuerda, le prometió que si lograba escaparse de ahí, iría caminando a su santuario. La peregrinación, a la virgen, no le costaría casi nada. Solo tenía que darle a un hombre que la amara y curarle las rodillas. Las rodillas, dice, las tiene así por Xangô.

Ah… meus joelhos, isso aconteceu cuando era criança. Meu pai, ele era do Axe, mas a mía mãe no. Por muito tempo ela não soube que ele era do Axe.

Qué es el Axe.

É a força revitalizadora, la que está tanto nos objetos consagrados como fora deles. Tudo fundamento ritual, as ervas, as águas, os rezos son y poseen o axe. Tú por exemplo, tú agora que eres iniciada, eres uma receptora. Mais tambein impulsora do Axe.

Transpiro. Mientras Alba me explica, siento que toda la sangre del cuerpo se me sube a la cara. Ella me cuenta que después de la promesa a Nossa Senhora se largó nomás. Claro que no llegó ni cerca del convento, me dice. Eran muchos kilómetros para caminarlos a pie y sus rodillas no le funcionaban bien, sin contar que no tenía un centavo. Una noche salió de su habitación descalza para que las demás no pudieran escuchar sus pasos, fue hasta la cocina y agarró el coñac con que las monjas preparaban sus postres. Se dirigió hasta el altar con una muda de ropa y sus sandalias de cuero en la mano. Tenía ya quince años y sabía que Nossa Senhora se merecía un trago de lo que a ella más le gustaba tomar. Se arrodilló, se bajó la mitad de la botella en tres sorbos y el resto se lo esparció a la virgen desde la cabeza. Subida a la mesa del altar donde la imagen de Nossa Senhora la miraba con cara amorosa y en gesto de aprobación, Alba la bañó en alcohol, la besó y se desnudó frente a ella dejando el camisón tirado en el piso del templo. Después se vistió y se fue del convento saltando los muros.

O que eu não sabia, era que a minha primeira oferenda era parte de outro tipo de celebraçoes y de altares, dice Alba sonriendo.

Después aclara que, aunque nunca llegó a hacer la peregrinación, en el camino fue conociendo hombres y con cada uno pensó que su

pedido podía ser concedido. Alba los nombra uno por uno mientras va anotando con los dedos de la mano hasta llegar a seis. Seis veces pensó: esta vez sí, este es el hombre enviado por Nossa Senhora, pero al poco tiempo comprobaba que aquellos hombres no estaban ahí para cuidarla sino para agudizar su instinto de supervivencia.

Alba se corre el pañuelo de la cabeza y me muestra la oreja izquierda. La curva se le hace discontinua, se le marca una ve como las que le hacen al ganado. Una noche de celos un tal Rafa la mordió hasta arrancarle ese pedazo que ahora le falta. La sangre manchó las sábanas y Alba salió corriendo al primer hospital que encontró en el camino recordando, mientras se sostenía la oreja con una toalla, la noche que se escapó del convento en busca de amor y protección.

Mais com cada martirio, eu ficava mais forte. Chega! Eu disse para mi mesma: Não vou voltar pra casa de homein neiúm.

Alba me aclara que ella tuvo suerte de haber perdido solo un pedazo de oreja, sabe muy bien que sus amores podían haberle costado la vida. Descalza y en camisón, sentada en la guardia de ese hospital donde ya llevaba dos horas esperando a ser atendida, la mujer a su lado la miró a los ojos. Que estaba buscando mal, que la fuerza estaba en otra parte, le dijo. Esa mujer se llamaba Jusmary y fue ella quien le curó la herida, la única persona en el mundo que le dio verdadero amor, hogar y alimento. Desde esa misma noche, recuerda Alba en un suspiro, ellas ya no se separaron más. Junto a Jusmary, Alba se inició en la religión umbanda, aprendió a jugar a las cartas y a hacer de eso su ingreso más importante. Porque de la religión no hay que sacar ganancia, los orixás solo aceptan almas, dice Alba.

Agradeço em cada roda a Jusmary por ter traçido a Umbanda na mía vida, dice y se le llenan los ojos de lágrimas.

Ese gesto que le transforma la cara al recordar me confirma que hay bondad dentro de Alba. Es el rastro del buen amor, lo que deja a su paso por las personas que lo han vivido, un agua limpia, una lumbre cálida que de pronto aparece en la mirada, una emoción infantil de la que no se desprenden todavía. Son pocos los que han recibido, en algún momento de su vida, un amor así. Con uno solo bastaría, ya venga de la madre, del padre, de cualquier ser sobre la tierra, con solo un poco de ese amor que no duela, que no cobre, que no tema, que no ahogue, podría una tal vez andar más entera por la vida. Muchas veces pensé que era imposible, que no era más que un ideal, un autoengaño de cuentos de hadas pero de pronto ahí está ahora, manifestándose en los ojos de Alba de una manera irrefutable. Eso es lo que la ha salvado, pienso, es lo que la hizo fuerte por encima de la magia.

Ta fazendo um ano que a Jusmary morreu.

Alba toma un sorbo largo del pico y después sirve mi vaso. Apoya

la botella con tanta fuerza sobre la mesa de hierro desvencijado que el hombre del puesto se da vuelta otra vez para llamarnos de malucas, que vamos a romperle la mesa, nos grita. Pero nosotras no le contestamos, nos quedamos en silencio mientras Alba me mira con sus ojos amarillentos de pena. Alba no me dice nada más sobre la muerte de Jusmary y yo tampoco quiero preguntarle, nunca me sentí a la altura con el dolor ajeno, como esas personas que pueden percibirse más valientes, acaso más valiosas frente a la miseria de los demás. Sin embargo, por primera vez en mi vida, me sale otra cosa y me levanto con la determinación de abrazar a Alba. Al principio es un abrazo torpe, su cuerpo no termina de acomodarse dentro de mí pero lo intento, segura de poder hacerlo. De pronto esa mujer tan grande, mãe de umbanda y madre de todos, se quiebra en llanto y por fin se afloja. Yo la sostengo mientras ella llora agarrada a mi cintura.

Nos quedamos así. Yo la acompaño hacia la pendiente del llanto, le acaricio el pelo mota y se lo voy acomodando detrás de las orejas. Mientras, nuestra respiración va sintonizando, poco a poco, el mismo ritmo.

Cuando Alba deja de llorar levanta la cabeza, se pasa las manos por la cara para despejarse los ojos y con la misma firmeza con la que anoche me dirigió las primeras palabras me dice:

Agora fala tú.

35

Me paro calculando la distancia y los pasos. Cuento hasta cinco y me siento en la banqueta del puesto. Si ese hombre me apuntara con un arma al darse vuelta, el caño rozaría mi frente. No queda lugar suficiente para que la bala recorra su trayecto. Emilio apretó el gatillo y le voló la cabeza al instante al negro sentado en la banqueta. Debió haberlo esperado, tendría el arma ya preparada, oculta entre las bolsas del pan y los churrascos.

Un xis, le pido al hombre que sigue de espaldas a mí concentrado en su trabajo.

Cuando vuelvo a mi silla en la mesa, me siento y como mi sándwiche mientras Alba sigue mis movimientos. Me espera paciente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para escuchar.

Hace dos años vi por última vez a Emilio, fue acá en Rivera. Eran los ochenta de la abuela y todos sabíamos que sería el último cumpleaños. La familia entera se juntó para festejarlo, estaban los trece hermanos, cada uno con su familia. Hijos, yernos, nueras, nietos, hasta algunos ex se arrimaron. Éramos demasiados para una fiesta íntima y no había cosa que nos movilizara más; dentro de la familia podían estafarse, acostarse con las mujeres de sus hermanos y dedicarse a meter fofoca cada vez que uno se daba vuelta para buscar un vaso de agua pero eso sí: a las fiestas familiares no se faltaba. Allá iban todos, hasta los que, como nosotros, vivían lejos de la frontera. Allá íbamos, aunque tuviésemos que pedir prestado. Y el cumpleaños de la abuela era un evento casi sagrado. El único inconveniente era que no entrábamos todos juntos en ninguna casa. Los de acá hospedaban a todos los que podían, nos repartíamos entre el Acuaró, Lavalleja, Mandubí, Pueblo Nuevo y, esa última vez de los ochenta, algunos se fueron a dormir al club Rivera Chico. La abuela era amiga de la mujer que limpiaba el club, ella tenía las llaves y les abría la puerta por la noche para que durmieran ahí. A la mañana siguiente tenían que madrugar, agarrar sus cosas y salir derechito para la casa de la abuela antes de que llegara alguno de la presidencia del club.

Y así pasaban los días entre los preparativos de la fiesta, durante el día la armonía duraba lo que duraba el abrazo de bienvenida. Las disputas por cualquier cosa estaban a la orden del día mientras compartíamos baño, cama, comida y a la abuela, porque sobre todo veníamos acá para eso, para compartir a la mãe velha, como le decíamos. Ella tenía a sus preferidos y lo hacía notar, siempre eran los

mismos los que paraban en su casa: los hijos varones mayores y sus familias. Ahí había solo dos dormitorios y un baño que si no se cerraba bien la puerta, el resto de la casa se inundaba de hedor a pis estancado mezclado con la humedad de las paredes. La casa de la abuela era el búnker donde íbamos a pasar el día hasta que anocheciera. Y había que estar lavando ese baño a cada rato, éramos treinta personas en una casa para cuatro. Los colchones se apilaban durante el día sobre la cama matrimonial de la abuela, pero también se armaban camas en los sillones de la sala o para los más chicos se improvisaban camastros uniendo con sogas dos sillas enfrentadas entre sí. Las comidas se servían en tandas porque no alcanzaban los platos ni los cubiertos y los que se quedaban en las casas de los vecinos traían su vianda ya preparada. Eso también era sagrado, se comía en la casa del cerro todos juntos, la misma necesidad de pelea y de reunión. Los hermanos no dejaban de verse ni un solo día.

Una vez que habíamos comido todo lo que había, preparaban unos cuantos mates y caipiriñas, la familia se acomodaba como podía bajo los árboles del patio de entrada, y cuando el patio ya estaba repleto, se ponían las banquetas en la sombra de la vereda y pasábamos lo mejor que podíamos el calor de la tarde. Todos menos la abuela, que dormía la siesta sin importarle la temperatura que hiciera dentro de la casa. Las conversaciones se multiplicaban, se cruzaban, subían y bajaban de tono pero nadie abandonaba su lugar a la sombra.

Eu me lembro, a mamãe pegó umas tijeras e cortó o seu cabelo no meio da rua, soltaba la tía Yica levantando la voz.

Cada año se repetía el mismo episodio: Yica, la mayor de las mujeres, era la que más se parecía a la abuela, tanto así que en Rivera se comentaba que Caxias, el marido veinte años mayor, se casó con la Yica porque en realidad había estado enamorado de la abuela toda su vida y la tía Yica venía a ser la única posibilidad de tenerla cerca. El pobre Caxias murió a poco de casarse por un golpe de calor, mientras vendía escobillones de paja puerta a puerta. Se cayó redondo al piso, su cabeza dio contra una laja caliente y filosa del empedrado y chau pinela. La tía Yica, ahora viuda, se mudó con la abuela y se dedicó a cuidarla hasta el último día. El rencor contra su madre era tan grande como su amor, por eso no desperdiciaba ocasión para humillarla. Y esa historia de la que la abuela jamás había vuelto a hablar, era la que a la Yica más le fascinaba contar. Hay que decir, por otra parte, que la Yica era una gran contadora de las historias familiares, año a año iba perfeccionando la técnica y mejorando los relatos que todo el mundo volvía a escuchar apreciando, en silencio, los pequeños cambios que siempre se inclinaban a hacer aparecer el lado más siniestro de la abuela.

Y ahí estaba esa tarde, dando su show para quienes quisieran escucharla. No tuvo siquiera que levantar la voz porque de a poco, los que estábamos ahí, nos fuimos callando y dirigiendo la mirada hacia el lugar de la historia ya conocida por todos.

La abuela tendría unos cuarenta años. Era el día de San Juan y ahí estaban todos sus hijos preparando las fogatas. Cargaban la leña almacenada desde semanas en el fondo de la casa. Las hijas mujeres cortaban papeles donde anotaban el nombre del chico que les gustaba para plantarlo debajo de los porotos de feijão germinados. El poroto que creciera con la luna de la noche de San Juan iba a ser el nombre del primer hombre que las amara. La abuela colaboraba cada año cocinando durante el día, haciendo chorizos con una máquina que el abuelo había traído en uno de los contrabandos al Brasil. Los chorizos se asaban en la hoguera cuando se transformaba en brasas después de los festejos, y todos comían en ronda sentados frente al calor que despedían los restos del fuego.

Pero ese año algo había pasado dentro de la casa. El abuelo no había aparecido hasta tarde y ella no se había levantado de la cama ni siquiera para cocinar. Lloraba abrazada a la almohada mientras los hijos iban pasando de a uno para preguntarle por los chorizos.

En esa casa no había tiempo para la aflicción. El dolor era algo que se llevaba puesto, que se hacía parte de la ropa, del sabor de la comida, del agua que lavaba los pisos, de la manera sin ganas de caminar al mercado con la canasta llena de pasteles para vender. La tristeza nunca tenía que convertirse en un espacio íntimo. Hacer íntimo el dolor era dejar de ser familia, poner a un lado las tareas grupales para relajarse en la pena. Cada uno en su puesto debía, cada día sin excepciones, proveer su parte del sustento aunque fuera un día de festejos.

La abuela esa noche, contrayéndose al ritmo de su lamento, no pudo sostener más ese principio. Comenzó por ahuyentar a sus hijos tirándoles con los zapatos que tanteaba al lado de la cama y después siguió con el velador de la mesa de luz. La bombilla estalló a los pies de mi madre, que en esta nueva versión era la misma Yica, y un pedazo del delgado vidrio se le incrustó en un dedo del pie. Uno de los hermanos tuvo que curarla y la abuela no le preguntó nada cuando la vio al otro día con el pie al aire libre y el dedo agigantado por la venda. Después del velador, sus hijos decidieron que sería mejor dejarla sola y a las puteadas se pusieron a hacer ellos mismos los chorizos corriendo el riesgo de no ganar la competencia de fogatas de ese lado del cerro.

Sin embargo, la hoguera iba creciendo y sus llamas se cortaban en el aire con un resplandor cada vez más intenso. Había vecinos, los más

viejos, que preferían irse del cerro y volver al día siguiente asegurando que, entre la altura y la cantidad de fuego que ardía en aquellas noches, faltaba el aire para respirar dentro de las casas. El ardor entre las piernas se iba haciendo cada vez más penetrante hasta llegar al punto en el que los chicos ya no podían saltar más las fogatas que crecían. Los cantos en portugués alrededor del fuego hacían que las mujeres se pusieran a bailar acompañadas de las sombras proyectadas por la lumbre.

La noche de San Juan se esperaba tanto como el carnaval a ambos lados de la frontera y los cerros vistos desde abajo eran una sola hoguera ardiendo, gigante y amenazadora, devorando la madera, las ruedas de autos, los colchones viejos. Todo lo que ya no sirviera dentro de los hogares iba a parar al fuego.

Los hijos ya casi habían olvidado a la madre tendida en la cama puertas adentro, hasta que entrada la noche reconocieron el paso lento de su padre que se acercaba entre las llamas. El abuelo volvía al hogar después de una semana de patrullar a caballo la campaña, buscando contrabando, corriendo a esos infelices hasta sacarles lo que traían encima. Ese botín que él les arrebataba era lo que serviría para alimentar a sus hijos durante un mes. A ninguno le gustaba recordar que su padre era un villano más, un impostor con arma reglamentaria y uniforme de policía que del otro lado de La Línea mantenía a una familia no reconocida.

Esa fue la explicación para lo que sucedió esa noche de San Juan. La abuela había descubierto que su marido la engañaba y, según dicen, la enfermedad le comenzó a invadir el cuerpo desde ese mismo día, a paso lento pero seguro, hasta dejarla así como la dejó.

Al ver el brazo alzado de su padre que se acercaba cargando sobre un hombro una bolsa repleta de comida, los hijos corrieron a rodearlo dispuestos a saquear el contenido. Pero el festejo de su llegada duró poco. Un grito seco se escuchó a sus espaldas, un gemido de animal que paralizó los cantos y las danzas. La figura fantasmal de la abuela, parada en la puerta de la casa en camisón, comenzó a correr a toda velocidad cuesta abajo donde la fogata crecía ayudada por el viento del otoño. Todos creyeron que se iba a tirar al fuego y corrieron para evitarlo. Solo el abuelo se quedó donde estaba, parecía esperarla como a un destino, una culpa conocida que tenía nombre y apellido.

Llevada por la furia, a trompazos y empujones, ella se deshizo de los hijos que la rodeaban intentando detenerla, tenía en la mano las tijeras de coser y revoleándolas en el aire los amenazaba.

Una vez que llegó frente a su esposo, se agarró el pelo y se lo cortó a mechones delante de él mientras las palabras se le confundían entre sollozos. Cuando su cabeza quedó completamente rapada, la abuela

lanzó las tijeras al fuego y comenzó a pegarle con los puños cerrados donde cayera el golpe. Él no hizo nada para detenerla, apoyó la bolsa en el piso y aguantó los escupitajos que le bajaban por la cara mientras se formaba una ronda de vecinos a su alrededor. Poco a poco, las hogueras fueron abandonadas por un espectáculo mejor. Esa mujer enfurecida de amor y de odio no podía haber sido más humillada. Cuando ya no tuvo más fuerzas para sostenerse en pie, cayó de rodillas frente a él. El abuelo la alzó entre sus brazos y la llevó adentro de la casa.

Ninguno de los hijos se animó a entrar en toda la noche. Los festejos siguieron acompañados de rumores en cada una de las fogatas vecinas, y la familia entera fue mirada con desconfianza. Para el resto del barrio ellos eran los hijos de una mujer desquiciada, que desde ese día y durante un año, salió a la calle con un pañuelo atado en turbante a la cabeza. La abuela ya no se dejó crecer el pelo más. Lo usó al ras del cuero hasta que se murió. Ella decía que podía perdonar, pero que de ninguna manera quería olvidarse de lo que le había hecho el hombre que ella amaba.

Para la noche del festejo se alquiló el salón del club Rivera Chico. El día anterior los nietos nos pusimos a inflar globos y a colgar guirnaldas hechas a mano con el papel crepé que mi madre había traído de Buenos Aires. Cómo no van a vender, dijo la Yica muy ofendida. Mencionó los ciento veinte friyopis que se disputaban la popularidad en La Línea.

Mi madre arqueó las cejas.

Tanto ella como su hermana exageraban, querían hacerse notar. Desde hacía un tiempo la tía Yica trabajaba en el free shop de su hija que le pagaba un sueldo, con almuerzo incluido, por abrir y cerrar la puerta a los clientes controlando que no se robaran nada. La Yica estaba haciendo un curso dos veces por semana, cuando terminaba su horario en el free shop, para aprender el correcto uso del portugués. Le enseñaban gramática y le corregían los modismos de la frontera. La tía se esforzaba por hablar correcto, por arrimar su acento al de los paulistas, cosa que era prácticamente imposible.

Mientras hacía las guirnaldas, la tía trenzaba el papel crepé y desde el otro extremo corregía el portugués de mi madre.

Vienen de todo el Brasil a comprarnos y nosotros que parecemos unos indios. Ni una cosa ni la otra hablamos bien, es una barbaridade, un pueblo bruto es un pueblo sin futuro.

Mi madre resoplaba con ganas para que la otra se callara.

Tú sí que estás toda entreverada, hermana. Imperdonable ese portugués tuyo, le insistía.

Pero lo que la Yica no le perdonaba a su hermana era que viniera

de Buenos Aires con esos rollos de papel crepé como si Rivera se tratara de una isla en medio del desierto. Nunca nos había visitado y a pesar de saber que mi madre estaba sola y que nos habían desalojado, se empecinaba en imaginar que por el solo hecho de vivir en Buenos Aires nosotras podíamos tener más. Mi madre nunca se encargó de aclararlo demasiado tampoco, disfrutaba cada gramo de la envidia que pudiera provocarle a sus hermanos, por más infundada que fuese. El resto de su familia no sabía cómo eran esos hoteles en Constitución con habitaciones minúsculas que se pagaban por día, nunca supieron que mi madre había limpiado la mugre de familias enteras, que había vendido cotillón en los corsos de verano, ni siquiera sabían, porque Emilio jamás se lo hubiese contado, que ella había terminado usurpando una propiedad privada por lo que los vecinos en el barrio nos llamaban ocupas.

Siempre odiamos esta frontera, por eso nos fuimos, decía mi madre. La frontera feliz, a fronteira da paz. Así la llaman los folletos turísticos, pero Rivera es una tierra roja y seca, ni un hilo de agua que refresque esta polvareda, estas lajas hirvientes que usan como adoquines.

Ahora por lo menos están los friyopis, pero con la miseria que se gana en Rivera, los únicos que pueden comprar aquí son los que vienen de afuera.

En eso mi madre coincidía con Emilio.

En Rivera no somos más que una mistura despatriada, decía Emilio entre la uruguayada que se juntaba en la casa del cerro a jugar al truco los domingos. Ni uruguayos ni brasileros. El Uruguay nos olvida porque le quedamos lejos y el Brasil se nos viene encima pero solo para meternos sus productos, pura cosa contrabandeada, fíos da puta.

Emilio hablaba como si él nunca hubiera contrabandeado nada.

Cala a boca, lo cortó una vez la abuela, y acto seguido le recordó los paquetes de tabaco que dos por tres le traía para esconder en su pieza hasta ubicarlos en algún negocio de la frontera.

Ese cumpleaños a mí se me ocurrió llevar a Pablo, un chico que a la semana de trabajar en la bacha del restaurante ya se había puesto de novio conmigo. A la mañana siguiente de nuestra primera noche juntos, me hizo ojitos de enamorado. Dentro del restaurante, Pablo me venía bien para joder al dueño, empecinado en mandarme a atender la mesa donde se sentaba a comer con su familia. Y en Rivera, el bachero servía porque lo último que quería era llegar sola para aquel festejo. Mis primas irían con sus novios o sus maridos, la mitad ya tenía hijos, todas las de mi edad ya estaban en planes o habían formado algo parecido a la familia propia sin importar si tenían casa o no, se iban amontonando en los fondos de las casas de sus padres o de sus suegros

y, aunque tener hijos no estaba en mis planes ni por asomo, un poco yo les envidiaba aquella vida organizada desde la progenie. Invité a Pablo a venir conmigo pensando en los comentarios de siempre: Vai te sosegar minina, quando vai se casar, ter fío, você nunca tras homein neiúm. Pero la razón más verdadera era que en ese cumpleaños de la abuela yo esperaba volver a ver a Emilio, aunque había alguna posibilidad de que no apareciera porque hacía rato que nadie sabía de él. La abuela, trastornada por el Alzheimer, no paraba de verlo en cada varón de la familia. Yo también lo veía, lo buscaba, lo esperaba en la puerta y volvía a entrar. No sabía qué iba a pasar pero estaba segura de que si venía, al menos habría una charla, o una escapada de noche mientras todos durmieran. Y esa espera me producía una ansiedad más grande que mi cuerpo. Pablo, aunque fuera nadie, me ayudaba a poner pies en la tierra, a poder controlar mi inclinación a rifarme el lugar de la humillada otra vez apenas lo viera.

Yo ya había llorado lo suficiente como para no querer más, ya le había pedido demasiadas veces que nos fuéramos juntos a alguna parte bien lejos de todo. Yo todavía sangraba a nuestro hijo cuando él se hizo humo después del aborto, justo en ese momento en el que más lo necesitaba a mi lado.

Ahora ya lo sé, para él esa sangre no fue más que un alivio.

Mejor así, dijo, sosteniendo mi mano al lado de la cama. Lo mejor para esa criatura era no verme la cara nunca.

Pero yo sabía que no hablaba del bebé. Emilio estaba hablando de mí. Él veía en mis ojos una dependencia inagotable, yo le suplicaba que no fuera a trabajar, que se quedara conmigo. Durante esos días y los que le siguieron después, me hubiera cosido a él para que no me dejara sola. Pero entonces yo no sabía que le estaba dando la mejor excusa, yo estaba tejiendo el momento más oportuno para que él saliera disparado. Yo iba a necesitarlo como nunca y él tanto no me podía dar. Era mejor que esa criatura que yo era no lo viera nunca más, que no pensara que en él había algún sostén posible.

La noche del festejo, la abuela estaba vestida con una falda de encaje y una blusa de satén blanca, abotonada de perlas hasta el cuello. El conjunto lo había diseñado y cosido la tía Yica que se daba maña con la máquina a pedal, las hijas le habían conseguido una peluca de rulos y la adornaron con unas argollas doradas que le estiraban a más no poder la carne de los lóbulos. La abuela estaba tan ida como siempre por aquellos días antes de morirse. Pero esa noche, su mirada no se alejó de la foto del abuelo que la Yica le había puesto en un portarretrato sobre la mesa principal, donde la abuela parecía esperar a que todo aquel barullo terminase de una vez.

A la semana del festejo se murió ella también, con la cabeza vuelta

hacia esa misma foto sobre la mesa de luz. Fue triste el velorio, cuentan, porque estaban todos los vecinos del cerro aunque la mayoría de los hijos tuvo que faltar para esa ocasión. Ya habían hecho el esfuerzo de viajar para la fiesta, no podían ahora repetir el gasto con tan poco tiempo entre un evento y el otro, se excusaron. La mejor vecina de la abuela le leyó los telegramas, uno por uno, sentada al lado del cajón.

Sacando las fiestas de carnaval, el club Rivera Chico nunca había estado tan bonito. No había quedado pared sin globos ni esquina sin guirnalda, las bombitas de colores cruzaban el techo en zig zag. El mismo Pablo se había subido a una escalera y había ayudado a colgar los cables y, como buen bachero que era, se encargó toda la noche de levantar copas y vasos, lavarlos y reponerlos en las mesas. Mi madre me decía al oído que se veía a la legua que ese chico estaba loco por mí, pero yo no sacaba la vista del reloj del salón. Ya eran las diez de la noche y habían llegado todos menos Emilio.

El calor de febrero derretía el merengue de la torta que se desvanecía en el centro de una mesa forrada con mantel de nylon celeste. De fondo, mezclado con el murmullo de las charlas, se escuchaba a Roberto Carlos cantando en español.

Había demasiados colados, comentaba la tía Yica preocupada por la comida, porque no habían calculado a tantos, si seguían llegando, no alcanzaría para todos. Vecinos del cerro, cambistas de La Línea, primos lejanos de los que nadie se acordaba el nombre hacían fila para saludar a la abuela. Ella los palmeaba en la espalda y los invitados enseguida rumbeaban para la mesa de la comida. Los más chicos corrían por el salón jugando al carnaval con una botella llena de agua.

Cuando lo vi entrar, se me cerró la garganta, mi boca, por dentro, era un papel secante. Yo estaba parada al lado de la mesa principal, frente a la torta que se derretía.

Emilio entraba acompañado de una de esas brasileras de turno. Ella con olor a cerveza, él con su portafolios y un pantalón de lino que le quedaba demasiado ajustado.

Atiné a agarrar un vaso y darme vuelta para llenarlo de cerveza. Dónde se había metido Pablo en ese momento. Hice tiempo buscando entre los sándwiches de miga, pero yo ya no escuchaba nada excepto su voz. Oi cara, faz tanto tempo. Algunos le contestaban con distancia y otros daban alaridos de sorpresa. La abuela se dio cuenta de quién acababa de entrar en el salón y fue como si despertara de su sueño. Se levantó de la silla y empezó a caminar hacia él.

Todo se sucedió en cámara lenta hasta que escuché cuando mi madre le presentó a Pablo.

Así que vos sos el novio.

Sentí sus ojos traspasándome la espalda antes de darme vuelta.

Emilio le hablaba a Pablo en un español aporteñado y no le soltó la mano hasta que me di vuelta. Nos miramos unos segundos. Me acerqué a darle un beso. Caminé lento, yo también sonreía. Empezando por Pablo, el resto de la gente se hizo sombras cuando Emilio me abrazó. Yo bordeé su cintura con la mano. Su cuerpo otra vez tan cerca del mío. Se me ablandaron todos los músculos del cuerpo, los pedazos del sándwiche que encerraba dentro de mi mano cayeron al piso.

Abrí los ojos, Pablo estaba parado detrás de él y nos miraba con intriga.

No me habías dicho que se parecían tanto.

Enseguida sentí una garra que me corría de aquel cuerpo. Era la abuela que se había acercado a Emilio a paso de tortuga. Cuando estuvo frente a él le estampó una cachetada con la mano abierta.

El salón entero se había callado. La brasilera se acercaba corriendo como si pudiera hacer algo para salvarlo.

Sein vergonha, cómo tú te atreves a venir aquí con esa puta.

36

Los últimos rayos del sol de la tarde recortan esa figura en blanco y negro que es Alba sentada frente a mí. Del otro lado de la mesa la contemplo como a una imagen celestial, una virgen irradiando luz desde su cuerpo.

Y você sabe o que vai fazer agora. Alba me pregunta aunque en realidad esté afirmando.

Yo tardo en responder, me tomo unos segundos para preguntarme a mí misma si en verdad lo sé.

Eu hacho que você sabe.

No, no sé, no sé. Todavía no puedo entender con claridad.

Sí, pode.

Cómo voy a poder. Y qué importa al fin y al cabo, le grito a Alba, queriendo que se calle, que ya no hable, que me deje en paz.

Pero en ese momento me llevo las manos al estómago, se está moviendo como si tuviera vida independiente de mi cuerpo, sube y baja en ondas que me llegan hasta la boca.

Siento un asco hondo y me envuelve la náusea hasta que de lo más profundo de mí sale un eructo cavernoso, y ahí nomás largo todo. En el piso salpica la cerveza con los pedazos del xis que comí hace unas horas, algo de todo eso llega a mis piernas y hasta alcanza la pollera blanca de Alba que permanece impávida frente a mi espectáculo.

La acidez que me quema la garganta es débil comparada con el alivio que siento después de que salió todo.

Pomba, me escuta. Tein que confiar en isso que viu no terreiro. Mientras habla, Alba me apunta con el dedo. Você sabe onde tá o mal como tambein onde tá o bein. Portanto sabe o qué que tein que fazer con eles.

Me pasa un vaso de agua para que me enjuague la boca y se para frente a mí.

João vai te ayudar a encontrar a Emilio, confía nele.

Alba se para atrás de mí, me sostiene la frente con una mano y con la otra me frota la espalda.

A Pombiña tá ficando limpa. É assim como tein que acontecer. Aceita e recebe o que você pediu.

Ahora Alba baja la voz y se pone a rezar una oración que no alcanzo a comprender.

Cuando termina siento un plop en los oídos que se me destapan, y los sonidos, como nuevos, empiezan a entrar en mí. Me limpio la boca con unas servilletas que Alba me alcanza de la mesa. No tengo la

necesidad de sentarme, no me siento débil y aunque ya casi es de noche estoy viendo mejor. La luz no me encandila, puedo mirar de frente los faroles de la Plaza Artigas. Y puedo ver las arrugas en la cara del hombre que sigue trabajando dentro del tráiler. Veo que está cansado y que esta noche va a volver a su casa a dormir, su mujer lo espera, le acaba de preparar la comida aunque él no pueda ya casi comer, está enfermo, es un mal que le recubre el hígado. La Plaza Artigas se ha llenado de gente que deambula a nuestro alrededor. Hablan, sonríen, discuten. Yo escucho lo que se dicen y aunque las voces se superponen, distingo las palabras con claridad. Hay un robo, un chico le saca la billetera a un hombre que pasa y ni siquiera corre, siguen caminando cada uno en dirección opuesta. Los pájaros, nunca había visto tantos pájaros en Rivera, están todos en sus nidos sobre los árboles y las madres no duermen para cuidar a la cría. Besos y palmadas, jugos de asaí y pases de merca se absorben y se aspiran al mismo tiempo en esta plaza, donde el suelo mismo está decorado con esas líneas blancas incrustadas entre las piedras negras. Las líneas blancas se bambolean para marearte dentro de las plazas brasileras. Cada ciudad tiene su diseño, dicen, pero en realidad, recién ahora puedo notarlo, son todas iguales. La línea siempre debe ser fina y ahí es donde está la trampa: sin confusión no hay juego. Somos de ningún lado, eso es lo único que se hace evidente al estar acá, en medio de esta gente y de esta línea divisoria y estúpida donde los cambistas hacen con el dinero lo que todos intentamos hacer con la vida: convertirla en alguna especie de ganancia mínima, en la que a fuerza de pérdidas nos quede un resto para seguir jugando. Avanzar, saltear, retroceder, dejar una línea en blanco. Alba dice que confíe en lo que vi. Y lo que yo vi fueron los restos de una mujer desesperada buscando a un hombre, apretando en la mano una dirección anotada en un papel cualquiera, unas letras que se van gastando en el papel como se le gasta el dinero entre las manos. Y ese hombre que no está ahí ni en ninguna parte donde ella lo busca. La mujer golpea pero nadie contesta a la puerta, ella está parada y lee y chequea por décima vez el nombre de la calle y el número de la casa. Rua dos Passos, así se llama la calle y a ella le parece un mal chiste y sin embargo se ríe, porque no quiere llorar, porque piensa que desde algún lugar dentro de esa casa, se están riendo de ella. Entonces se ríe pero lo que siente es furia, se vuelve para golpear la puerta durante media hora, primero con el puño cerrado, después con la mano abierta, insulta por lo bajo, mira por las rendijas de las ventanas clausuradas y cuando se va convencida de que era un trampa, decide que va a volver en diferentes momentos del día. Tiene miedo de levantar sospechas, de que la culpen por algo que no hizo, de que la culpen por el solo hecho de estar buscándolo. Ella lo busca a él, así es esta vez, así como su madre

alguna vez lo predijo, pero sin embargo, mientras golpea la puerta hasta que le duelen las manos, nadie se para a preguntarle a quién está buscando. Y por qué nadie lo hace si sus gritos son tan evidentes, por qué a nadie le llama la atención que ella esté al borde de la locura, con los puños que ya le sangran y sin dejar de golpear, por qué nadie le dice que pare, que ya está bien, que nunca hubo, que nunca habrá porque ella está sola, está llorando, ya de rodillas, nunca nadie del otro lado de la puerta.

37

Alba se levanta de su silla y se acerca al tráiler. Cuando regresa, liquida el último trago que quedaba en su vaso y nos alejamos de la plaza, caminando en silencio.

Cuando llegamos a la esquina de la terminal, un chico pasa corriendo con su bolso cruzado de lado y nos empuja sin percibirnos. Los micros están saliendo y los choferes anuncian las partidas a viva voz. Hay abrazos y cigarrillos aplastados en el suelo. Alba se frena de repente.

Até aquí eu te acompaño, tein que seguir sozinha.

Pero decime, eso que vi, como una repetición de todo lo que viví hasta ahora… Se supone que eso es lo que le pasa a los que se están muriendo, Alba.

Sim, mas você não viu todo, só viu uma última parte. Isso é o que se ve cuando há coisas que tein que ser terminadas. Mais ahí tá tudo, agora comprende, o que você tá procurando, né.

Te vas.

Sim, mais fico perto, Paloma.

Alba se da vuelta y así, con la misma naturalidad con la que llegó a mi vida, ahora la observo perderse entre la gente.

38

João mete la mano en su bolsillo trasero del pantalón, saca un papel que desdobla en cuatro y me lo pasa.

Es un plano dibujado a mano, un camino con dos árboles a ambos lados de una casa, un número, nombres, las calles, abajo de todo está escrito su apellido, el estómago se me arruga por dentro.

Lejana, la voz de João.

Eu vó contigo si você quizer.

Vuelvo a leer su apellido, ese nombre que yo no llevo, Faura repito para adentro, Emilio Faura, y entonces me sube desde el vientre un llanto viejo que va saliendo quebrado, atorándose en garganta cerrada.

João no me abraza ni me pasa una mano por la mejilla, no intenta consolarme ni me pregunta nada. Sin embargo se queda ahí, parado a mi lado, esperando que mi lamento se vaya apagando de a poco.

No puedo hablar pero agradezco que no se haya ido, me limpio la cara con los brazos, me acomodo el pelo, lo miro con tristeza.

Él sigue ahí, esperando mi respuesta como si fuera la confirmación de algo.

Vuelvo a mirar el papel, después a él.

Voy a ir sola.

Sola, repite él. Mais pode que seja perigoso…

Este viaje es mío, João. Gracias por la ayuda. Gracias, João, insisto.

Él reniega con la cabeza y me mira, ahora sí, con amargura. Espera a que le diga algo más pero yo no sé qué decirle.

Gracias por o qué. Você ainda não comprende. É uma pena grande… Gracias, me diz, e depois qué… vai embora así, tras esse cara o com esa negra kabokla.

La negra se llama Alba y por ella no te preocupes porque no creo que vuelva a verla.

Não me importa a Alba. Não é ela… Não me importa si você volta pra seu quarto o pra o meu cada noite. Não me importa si você tá namorada o tá dañada por esse cara, porque esse Emilio teu é um filho da puta, y não me importa si você se apercebe disso o não.

Aunque João me habla sin rabia, yo me voy alejando de él con cada palabra, es como si hubiese estado rumiando cada frase desde el primer día.

O que sí me importa, me dice clavando ahora su mirada negra dentro de la mía, é que não se aperceba cuando alguein gosta mismo de você. É isso o que não comprende, e tambein é isso o que me da

medo de você, que só escolha, que só veja a parte ruin das coisas.

Siento ganas de golpearlo para que deje de hablar pero no lo hago ni se lo digo, no le digo que se calle porque sé que estoy en falta, que no puedo responderle ni quererlo como él quiere. Pobre João, todavía piensa que es posible, que una un día se levanta y se dice a sí misma basta, de ahora en más voy a vivir bien, voy a amar bien, voy a darle frutos a esta tierra. No le digo que se calle aunque debiera, porque aunque João tiene razón en lo que dice que yo no sé hacer, él sabe bien que es uno más, junto conmigo, de los que se alimentan de la podredumbre del amor, porque no es verdad que haya para todos, que sea infinito, ni eterno, ni esté dentro de uno. Existe como existe todo en este mundo, finito, para pocos, nace, se reproduce y muere y es ahí donde entramos nosotros en el juego, es ese cuerpo muerto el que nos toca, y eso se define temprano en la vida, porque es así como él dice, porque estamos dañados, feridos, estragados. Qué importa dónde empezó la herida, lo único que importa es que está ahí y que hay que ganarle en tiempo, poder llegar a algún lugar antes de que nos trague por completo.

Me alejo unos pasos para ir a sentarme en el barranco, donde termina la calle más panorámica del cerro. João me sigue y los dos nos quedamos así, en silencio, mirando la ciudad allá abajo. De noche, la ciudad desde el cerro parece otra. Podría ser la vista de algún lugar turístico, con sus luces amontonadas subiendo y bajando por las ondulaciones de la geografía. Eso es lo más característico de la frontera a esta hora: los contrastes se diluyen y ya nada se distingue del todo. Cuando la noche tapa la ciudad, el mismo cerro mirado desde abajo podría pasar por un barrio como cualquier otro. No hay dealers, ni putas, ni cocinas de paco, ni caras hinchadas de garrote al borde de la mesa. Mirados desde abajo, los hogares del cerro son apenas un punto de luz: cada luz una casa, cada casa una familia, cada familia una cena.

De pronto rompo el silencio.

Cuántos amores, donde no vive nadie andarán por ahí…

João ahora sonríe y me mira.

Zitarroza, le digo. Ese sí que sabía.

Y você, me pregunta. Você não sabe.

Yo conozco bien este lugar, le digo. Cuando era chica y venía a Rivera a visitar a mi abuela, subía hasta este punto siempre en el mismo momento del día: la hora en la que baja el sol. Las casas iban quedando atrás y en la tierra se proyectaban las sombras de las pitangas, yo jugaba a contarlas. Pero ahora miro a mi alrededor y hay esto…

Qué, pregunta João. Qué tein que ver.

Que ahora no hay agujero del cerro donde no haya una casilla o un

aguantadero.

…

Es así, João, desde allá abajo alguien solo está viendo luces, como yo solo veía los árboles de pitanga. Quisiera poder ver otra cosa, pero para qué engañarse, lo ruin está en todas partes y yo necesito, por primera vez, reconocerlo en él con mis propios ojos.

João sigue ahí, con la mirada perdida en la lejanía del paisaje y sin embargo entre nosotros hay algo sin cuerpo que nos acerca.

Para qué me trajiste hasta acá, le pregunto.

Pra dizer adeus.

João se acerca despacio a mi boca sin cerrar los ojos, sin bajar la mirada. Empieza a besar el contorno de mis labios con besos cortos, húmedos apenas.

Nos miramos por unos segundos y él asiente con la cabeza.

Nos abrazamos y yo hundo mi cara en él, lo acaricio sobre la ropa y quisiera quedarme así por más tiempo mientras me pregunto por esta pena que siento al dejarlo ir.

Adeus, castellana, te cuida, sim, me dice João al oído y se va despegando de mí.

Le digo que sí, que voy a cuidarme y nos desabrazamos sin decir nada más.

Camino en dirección a la calle por la que subimos y cuando llego me detengo un momento, me doy vuelta para volver a verlo.

João sigue ahí, de pie junto al barranco.

Levanto la mano, la sostengo en el aire unos segundos pero él no responde.

Vuelvo a mirar el camino en pendiente.

Y empiezo a bajar.

39

En el horizonte se levanta un cerro solitario y verde, como la promesa de agua en algún lugar de esta frontera.

Não se esqueça que en você mora a Pomba, dijo Alba al despedirse. Mais a Pomba e forte só si você sabe se-quebrar.

Estoy sola en la ruta y el asfalto me envuelve en sus ráfagas de aire caliente, voy invocando a la Pomba, que me guíe y me guarde mientras camino en dirección a la casa. Y de alguna manera ella viene a mí porque percibo un estado de alerta animal, huelo el vapor en el aire, la sal del cuerpo, el pasto seco. El canto de las cigarras me aturde como si estuvieran a punto de estallar en mis oídos, este canto es lo único que rompe el silencio de la tarde, este canto y el trabajo de mi corazón, la aceleración de la sangre despertándome por dentro. Camino hacia la casa con la misma incertidumbre con la que corría junto a mi padre, con un mundo agitado de la boca para adentro que no logra ordenarse nunca, corría como camino ahora mismo, llena de palabras imprecisas porque sé que al final del recorrido, aunque una crea que ya no tiene nada, siempre queda algo que se puede perder, y ese algo, ese resto mínimo se transforma entonces en la única certeza: son los restos los que nos salvan.

Llego a la puerta de la casa donde no hay timbres ni campanas. Solo un agujero en el picaporte desde donde cuelga un pedazo de cadena con un candado abierto.

Empujo. La puerta es pesada y se abre apenas, la cadena cae al piso.

Me saco la mochila, la dejo del lado de afuera y me cuelo aplastando el estómago para no abrir más la puerta.

Me recuesto sobre la madera que rechina y espero. Ya estoy adentro, mi respiración en la oscuridad, algunos rayos de luz que entran por las rendijas de una ventana.

Trato de distinguir lo que hay en el salón y veo, hacia el final, una barra y dos mesas de billar con las sillas levantadas.

En el fondo, aparece recortada la figura de una mujer.

Quein anda ahi.

Su imagen se completa cuando prende las luces del salón. Dos perros la siguen y me ladran enfurecidos, esperan la orden de ataque.

Quein é você, caralho, insiste ella.

Pero yo no puedo reaccionar, mi boca está cosida por dentro y su pelo es negro como el de los perros, desde una cola alta de caballo le cae hasta los hombros.

Ella es tan joven y morena como yo. Y desconfía de mí no porque yo sea una extraña sino porque ella es su mujer, lo supe apenas la vi, como también supe en el cuerpo, ni bien crucé la puerta, que acá adentro yo soy menos que nadie.

Ella y los perros siguen ladrándome hasta que la voz de Emilio interrumpe la escena.

O qué acontece.

Su voz llega antes que él, desde la puerta del fondo llama a los perros y ellos van a su encuentro para escoltarlo. La voz de Emilio, esa aspereza que me hacía dormir, ahora llamando a los perros por su nombre y a ella de mi amor, meu amor o qué contece.

Emilio entra al salón y les acaricia la cabeza a los perros cuando por fin me mira.

Apenas lo veo cruzar la puerta se me destraba la boca, muevo la lengua, quiero decir mucho más, pero solo me sale su nombre.

Emilio.

Lo nombro, se me contrae el estómago con cada letra de su nombre que pronuncio.

Emilio.

Al nombrarlo lo estoy llamando, su nombre en mi auxilio.

Él no deja de acariciar a los perros, pero yo puedo notar cómo le brilla la mirada cuando me ve.

Viniste, me dice él y sonríe, mientras se agacha para estar más cerca de ellos.

La mujer lo examina buscando una explicación. Indignada, vuelve a mirarme.

Quein é ela.

Emilio deja a los perros y se levanta sacudiéndose las rodillas del pantalón.

Está flaco, parece tan cansado y distante que me cuesta reconocerlo, como si en vez de años hubieran pasado vidas entre nosotros.

É a garota nova, dice, y le pregunta qué le parezco.

Yo no quiero creer lo que está pasando. Busco en su cara algún rastro que me ayude, necesito volver a verlo como era.

Ella me inspecciona de arriba abajo con desconfianza.

El cuerpo me pesa, se me caen los hombros como si fueran de arena.

Ella ahora le habla a él, que pensaba que yo era más joven, pero que puedo andar bien, le dice.

Emilio asiente, sigue sonriendo.

Sim… mais além de puta tein que saber limpar, dice ella, levantando del piso una bolsa de plástico en cada mano.

La mujer me señala un balde con la cabeza.

Comenza agora, dice.

Emilio ya está tomando caña del otro lado de la barra, nos mira y me guiña un ojo. Es una broma, será una broma y se lo pregunto mientras espero que en cualquier momento él largue una de esas carcajadas y entonces ella comprenda que todo esto es un chiste, un chiste de mal gusto por el que Emilio después va a disculparse conmigo: es una bobada bundinha, y palmada en la cola, pero ella no comprende nada porque él la deja sacar un frasco azul de la bolsa y echar el líquido dentro del balde para mezclarlo con agua. Él deja que ella se me acerque, me agarre de las manos y me las ponga sobre el palo del lampazo obligándome a sostenerlo.

Qué hacés, Emilio, qué es esto, le digo cuando él solo arquea las cejas y me responde que yo haga lo que ella me pide. Y aunque insisto y le pregunto, me agacho hacia el balde.

Por qué estás acá, por qué hacés esto.

Y sin embargo obedezco y toda la sangre del cuerpo comienza a latirme en la cabeza, mientras la mujer sigue indagando cuando se sienta en la barra y le acaricia la frente.

Quéin é ela, Emilio.

Nuestras miradas se cruzan, la sangre por dentro me arde y es este mismo ardor lo que sujeta mi vergüenza.

Entonces Emilio se levanta, viene hacia mí y me dice que ya deje, que no limpie, me saca el lampazo de las manos, me abraza.

Llegaste por fin, susurra en mi cuello, y el aire vuelve a oler a él.

Yo no puedo abrazar su torso desnudo, su espalda transpirada y fría.

Sos una culebra, Emilio.

Solo hundo mi cara en el hueco de su clavícula, lo respiro, eso es todo lo que ahora existe. Su olor a noche, a colchón húmedo sin sábanas, la respiración de Emilio, mi cuerpo de a poco la reconoce, va cediendo a pesar de mí.

Ya estoy acá, le digo sin moverme.

La mujer interviene, ahora pregunta que o qué estão fazendo.

Él me mira, trata de sonreír, que es solo brincadeira, dice.

De a poco lo abrazo, mis manos ahora se pueden tocar por detrás de su espalda, puedo sentir sus costillas con mis dedos.

Abro los ojos, los palos de billar como fusiles contra la pared.

La mujer está viniendo hacia nosotros.

Sus costillas entre la carne, si hasta podría quebrarlas.

Por qué me llamaste.

Emilio deja de abrazarme.

Ela é a mía sobrinha, dice, a mía sobrinha tan querida de quein eu te falei.

Ella se ríe, trata de tranquilizarse echando la cabeza para atrás, las

manos en la cintura. La sobrina tan querida dice él que soy y ella respira profundo pero vuelve a inspeccionarme.

Ah, Emilio sempre com as mesmas piadas, dice.

Su voz tiene un canto que no es el de acá, ella viene de otro lado, la mujer viene del norte y usa esos tacos.

Boba, ibas a limpiar nomás, me dice él agarrándome la cara con las dos manos.

Me pregunta cuándo llegué, dice que estoy grande, que cómo crecí en este tiempo, que cómo me cambió la cara y ella afirma que sí con la cabeza, que ahora que me está viendo bien, dice, ahora que me ve de perto nos parecemos mucho y entonces se acerca a saludarme.

Yo miro la puerta.

La pisada de sus tacos marca la distancia que nos separa, cuando ella se acerca sonriendo, y yo retrocedo, que vamos a organizar una buena comida, en mi honor, dice él.

Hace tiempo que no cocino pero por vos sí, por vos lo volvería a hacer.

Yo miro la puerta de entrada y ella llega hasta mí, me sujeta del brazo, me da dos besos.

Ella pregunta que qué me pasa que no hablo ni digo nada.

Venho de longe. Que estoy cansada, que viajé mucho.

Y le doy un beso.

Um en cada, dice ella y pone la otra mejilla.

Vuelvo a besarla entonces sin decir una palabra.

Ella, que estaba saliendo para La Línea, va a aprovechar y traer algo bueno para que él prepare.

Seu tio é um especialista.

Esta noche jantamos juntos, dice él.

Los perros la siguen hasta la puerta. Ella se frena ahí mismo y nos mira.

Me perdoa, coração, dice. Pensé mismo que você era uma puta.

40

Quisiera pedirle eso, que vuelva a intentarlo, que se acerque, me abrace y sostenga este cuerpo que arrastro desde hace años. Yo también estoy cansada, tan cansada que tal vez vine hasta acá solo para eso, para volver a esa forma brutal del alivio, para perderme en su abrazo y vaciarme de mí, poder olvidar, por un instante, este peso insoportable de mi cuerpo sobre la tierra.

Qué pasó, Emilio. Qué es todo esto ahora.

Del otro lado de la barra, él agarra una de las copas que le cuelgan sobre la cabeza.

Yo siempre quise tener mi propio bar, tú te lembra, me pregunta mientras desenrosca la tapa de una botella de caña.

Sí, lo recuerdo.

Me ofrece un trago y evita mirarme a los ojos.

Emilio intenta contarme lo que pasó en este tiempo, lo que hizo con el negro, por qué tuvo que matarlo.

No me importa lo que hiciste, lo interrumpo. Nunca me importó mientras…

Mientras qué.

Ahora me mira y me alcanza una copa llena arrastrándola por el vidrio de la barra. Él espera mi respuesta, se prepara.

Mientras me cuidaras, le digo.

Emilio vuelve a servirse y niega con la cabeza.

Yo no soy tu padre, dice. Nunca lo fui.

Mi lengua atada al estómago, el estómago al vientre, un nudo que lo contrae todo. Entonces vuelve su imagen durmiendo en el sillón de la cocina, mi padre saliendo en silencio de la casa.

Para qué me llamaste, Emilio.

Yo despertándome por las noches, mi puerta trabada con llave.

Y tu madre, cómo es que está.

Mi madre está allá, guardada en sus recuerdos, más loca que nunca, pero no se lo digo.

Ella está bien.

Sabe que viniste.

No, no le dije.

A familia não presta, en cuanto uno anda mal se desaparecen todos.

Tomo otro trago. Ella pasando la llave, él abriendo la puerta.

Todos menos yo, Emilio. Yo dejé todo y vine a buscarte.

Entonces él apoya su mano sobre la mía y me mira, sus ojos son huecos.

Estaba te esperando, sabía que vendrías.

Su voz se va transformando, su voz no es la misma que me llamó pidiendo que viniera a buscarlo.

Para qué me llamaste… Si ya te habías ido.

Él me interrumpe, que me calle, que yo nunca entendí.

Cuando uno está en la mala, piensa en los que quiere, dice y pasa al otro lado de la barra, se acerca, me corre un frío por el cuerpo.

Y yo pensé en vos, en que quería volver a verte.

Emilio me agarra de los hombros, me frota los brazos.

Estás toda arrepiada, dice.

Entonces me llamaste solo porque querías volver a verme.

Sí.

Emilio me rodea por la cintura, empiezo a temblar.

Él me dice que tuvo tantas saudades de mí y me besa el cuello. Va bajando. Cierro los ojos.

Por qué te fuiste.

Callate.

Y al callarme yo empiezo a recordar. Un dolor punzante en el vientre, Emilio me lame como un perro, yo quiero rechazarlo de alguna manera pero él siempre me mandó callar. Poder sacarlo de mí, poder sentir asco y sin embargo me quedo, siempre me quedo, quiero quedarme aunque esté mirando a otro lado, aunque mi mente se vaya a otra parte y me ponga a pensar en cualquier otra cosa. Emilio tiene el olor de mi casa, son tantos lugares, tantas horas.

No podías separarte de él aunque quisieras.

Somos iguales, te preguntaba.

Vos y yo somos la misma cosa, bundinha.

Y esa era la única manera de salirte de tu cuerpo, irte a otra parte, la mente en blanco o pensar en cualquier cosa, como en morirnos al menos, todos nosotros, tu padre quizá ya estuviera muerto, es cosa del diablo lo que ustedes hacen, decía ella, pero a Emilio no podías odiarlo, como ahora mismo, no podés hacerlo, aunque en esos momentos deseabas que se muriera, ella también lo deseaba: tomara se mueran los dos para no pasar esta vergüenza. Vos querías sacártelo de encima, correr su cuerpo y simplemente salir caminando de aquel lugar, de este lugar donde estás ahora. Era eso lo que vos pensabas, lo que veías, tantas veces lo viste. Y ahora sobre esta mesa de billar sentís mucho frío mientras le hablás y él te manda callar, pero a vos no te importa y seguís, le decís que todo aquello era un cuajo de sangre que te bajaba desde adentro, cuando él te limpiaba con los trapos blancos de cocina, con las sábanas que habían usado tantas veces. Y no era una sangre limpia, pesaba mucho, bajaba lenta por tus piernas cuando te retorcías del dolor mientras él te agarraba de la mano, arrodillado al lado de la cama y ahora, a pesar tuyo, podés

sentir sus manos frías, podés ver sus ojos agujereados, ahora también él te dice que te calles, pero va a tener que escucharte. No mirés te decía, olha pra frente, y su mano en tu frente sosteniéndote la cabeza que se caía. Y te quedaste blanca, la sangre no se iba con el agua. Y ahora él vuelve a estar en tu vientre, donde estaba la sangre, y te mira desde ahí, su cabeza hundida en tus piernas, te mira sin reconocerte aunque se acuerda tan bien como vos de todo lo que hicieron juntos.

Ya pasó.

Ya pasó, repetías, pero ahora no lo decís igual que antes, cuando cocinabas para mí, para que cuando me despertara en la madrugada, para que cuando sintiera hambre hubiese algo de comer en la olla. Te preocupaba mi hambre, siempre te preocupó mi hambre, Emilio, y no volviste más, esa era la parte que yo no sabía, que te ibas a ir después de aquello. Que ibas a dejarme.

Sos un cobarde, Emilio.

Él ya no lo aguanta más y se aleja de mí, se pone de pie.

No voy a pedirte disculpas, chega. O te creés inocente.

Yo también me levanto. Las piernas desnudas, el vientre mojado, este olor a nosotros, necesito taparme.

Voy hacia mi ropa pero él la levanta del piso y la tira más lejos.

Tenés vergüenza ahora, bundinha… Tenías que haber tenido antes.

Me tiemblan las piernas, apenas llego hasta el pantalón y el llanto me invade.

Sos una boba, cuántas veces te dije. Yo no soy tu padre.

Emilio prende un cigarrillo y sigue hablando.

Me apoyo en la barra, me voy secando el llanto. Su voz me llega por la espalda. Emilio dice que lo piense, que me ofrece casa y trabajo.

No tengo nada que pensar, Emilio.

No te puedo odiar pero podría matarte.

Es una buena plata, dice.

Tengo la cabeza erguida.

Que si es por él vivimos todos juntos.

Romper esta copa y enterrártela en el cuello, podría hacerlo.

Ya me estás abrazando, volviste a intentarlo pero yo ya no tiemblo. Pensás que no, que no me animo, y te estás riendo.

O cravo saiu ferido, así recitabas vos antes de que transformaras todo en otra cosa, cuando te tirabas al piso y yo te lloraba encima para que no te fueras.

El clavel salió herido.

Ahora soy yo la que se va yendo.

Y la rosa despedazada.

Pero esta vez llevo conmigo mi cuerpo, cuento los pasos hasta la puerta.

No, Emilio, no somos lo mismo.

Afuera las nubes taparon el sol y el aire de lluvia es un aire viscoso.
Sin embargo, puedo todavía respirar, me llevo lo que queda de mí.
Las primeras gotas de lluvia empezarán pronto a caer.
Mientras la puerta detrás de mí se abre.
Ahora sos vos el que no se puede mover.
Y tu voz llega sin alcanzarme.
Tu voz ya es solo un eco.
Cuando gritás mi nombre.

AGRADECIMIENTOS

A Paula Pérez Alonso, por confiar en esta historia. A Claudio Zeiger, apuntalando siempre.

A mis amigas y lectoras de lujo: María Elvira Woinilowicz, Laura Meradi, Victoria Patience y Mara Laporte. A las preguntas de Antonio Dal Masetto, a David Rogers por el «yes you are» y la Toshiba. A Pocha Silva, iluminando en la sombra. A Hugo Soriani, que me dio a Idea. También a José Martínez, a Liliana Maneffa, a Cristina Pinal, a Sergio Olguín y a Hernán Ronsino. A la luz de Zoe y a la mirada de Nora Lezano. A mis hermanas de la tribu, porque entre nosotras nos apañamos. A la infatigable lucha cotidiana de mis padres. A mis hermanas Gimena y Cecilia, por el amor y el cuidado que nos dimos.

Le agradeceré siempre a Guillermo Saccomanno su inmensa generosidad al abrirme la puerta, y por enseñarme tanto sobre este oficio de narrar.

A Iona y Romeo, mis mejores correctores.

A Michael, por haber bajado de ese barco y elegir, cada día, quedarse de este lado del amor.